

CARTAS INÉDITAS
DE
HORACIO QUIROGA

Prólogo de
MERCEDES RAMÍREZ DE ROSSIELLO

Ordenación y notas de
ROBERTO IBÁÑEZ

TOMO II

INSTITUTO NACIONAL
DE INVESTIGACIONES Y ARCHIVOS LITERARIOS

27

416122

AEV03267

C116127

CARTAS INEDITAS DE QUIROGA — T. II

VEINTE ERRATAS

<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	
13	3	Léase: daña. [Resistencia, mediados de 1904]
19	37	Suprímase
22	34	Léase: intervención del mito
26	última	" : Octubre 19 de 1904.
33	31	" : su estío y en su otoño,
39	38	" : ...de 1907.
39	39	" : ...de 1908.
40	10	" : Con esto vivo bien.
40	35	" : por vanidad;
45	1	" : [Saladito, setiembre de 1904]
56	26	" : ingrata caridad
59	16	" : y nada hay más justo.
94	8 (2a. col.)	" : —me dije— no es de Maitland.
142	2	" : masturban
156	5	" : las horcas
163	penúltima	" : en Saladito, a fines de setiembre de 1904,
175	29-30	" : editado a principios
186	30	" : con cierto aire bíblico.
190	1	" : (7/VI/ [1934]) —
190	13	" : Estrada



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

Secretario de Estado:
Dr. EDUARDO PONS ECHEVERRY

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES Y ARCHIVOS LITERARIOS

Director:
Prof. ROBERTO IBÁÑEZ

SERIE I. *EPISTOLARIOS*:

4. — CARTAS INÉDITAS DE HORACIO QUIROGA. — TOMO II

CARTAS INÉDITAS DE HORACIO QUIROGA

Prólogo de
MERCEDES RAMÍREZ DE ROSSIELLO

Ordenación y notas de
ROBERTO IBÁÑEZ

TOMO II

21/6/27

INSTITUTO NACIONAL
DE INVESTIGACIONES Y ARCHIVOS LITERARIOS

AEX 3267

CARTAS INÉDITAS

DE

HORACIO QUIROGA

1894

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

En el año de 1894

EN EL DISTRITO FEDERAL

EN LA TIPOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

VOLUMEN II

INSTITUTO NACIONAL

DE INVESTIGACIONES Y ARCHIVOS HISTÓRICOS

LÁMINAS



Lámina I

Retrato de Quiroga por Augusto Torres.
(Óleo realizado especialmente para el
I. N. I. A. L., en 1958).



Lámina II

Quiroga hacia 1898. — Desorbitado...

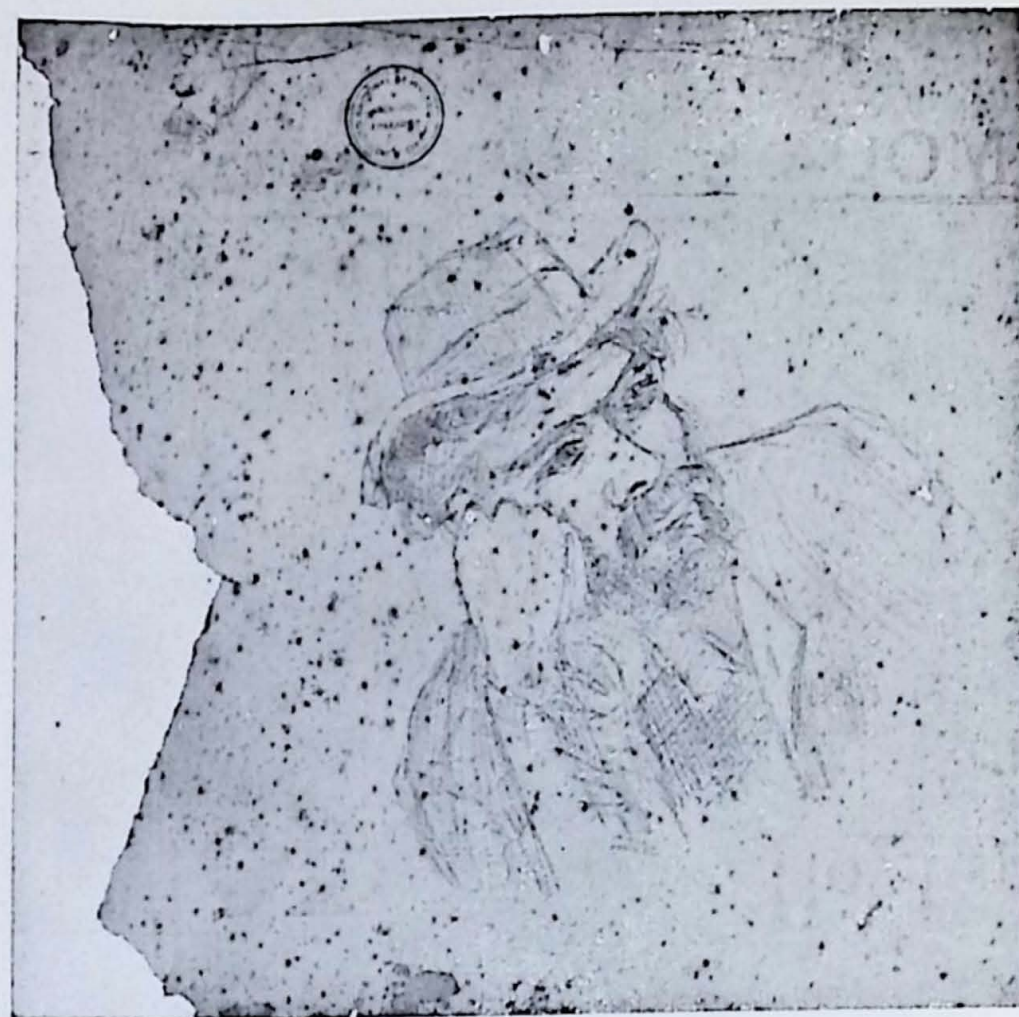


Lámina III

1. — Horacio Quiroga, Pontífice.

2. — Federico Ferrando, Arcediano.

Figuras del Consistorio (1901). Cuatro apuntes directos de J. M. Fernández Saldaña, Monago menor de la capilla.



3. — Julio Jaureche, Sacristano



4. — Alberto Brignole, Campanero

me cuando nte en el cielo go nte a' en lado. *ejecutando*;
 me mira largamente ya no puedo verla.
 - Haan ya pñica días me nte nte nte. Pñica
 de mis amores nte, o ella la más pura.
 Surja de nte en cuando, y o ella la parada
 del Claco, el Saladito, y nte obtiene grato.
 - Si' poco me desista. o lo lag nada más sensato
 me nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.
 Solo de tal gñica en mi tan indigñica
 de me produca gñica. me nte nte nte nte nte.
 Luego me pñica nte me nte nte nte nte nte nte.
 trajes, en el mundo de me nte nte nte nte nte.
 (Si' me nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.
 por nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.

Sin ganas para maliciar más, te deseo bienestar.
 Del o en mí, he me nte nte nte nte nte. - Cuando
 nte en alguna afica conocida, me nte nte nte.
 Lóni en la nte de Lenkowski, y de ahí la nte nte
 nte nte. nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.
 [redacted] donde nte, nte nte nte nte nte.

Solo he nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.
 Gñica. y nte nte nte nte nte nte nte nte nte nte.

[redacted]
 [redacted]
 [redacted]

Lámina VII

Carta de Quiroga a José María Fernández Sal-
 daña. — Facsímil de la segunda plana.



1 --- Quiroga a principios de 1905 cuando residía en Saladito. Fotografía tomada en Corrientes.



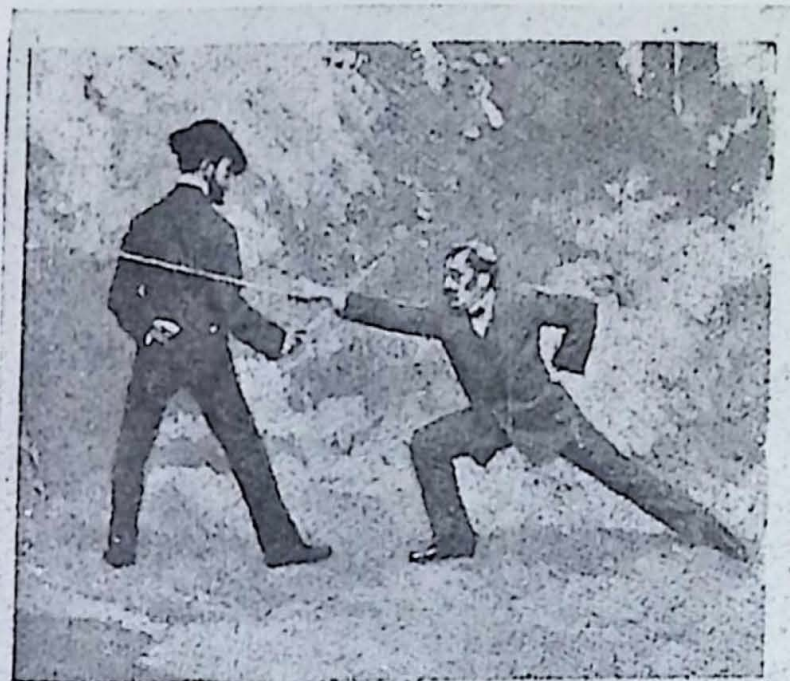
2 --- Quiroga hacia 1908, cuando publicó "Historia de un amor turbio".

Lámina VIII



Guardias respectivas: como se ve, el esgrimista de la daga tiene que colocarse á respetable distancia del sable, á trueque de ser tocado, aún sin tirarse á fondo

Fot. de CARAS Y CARETAS.



Fondo del sable: como es sumamente extenso, el tirador puede atravesar de parte á parte al dagueista, sin exponerse mayormente. En esta ilustración, la distancia entre ambos es mejor de lo que debería ser en realidad

Lámina IX

Quiroga, batiéndose con un adversario fingido. Fotografías publicadas en "Caras y Caretas". (V. nota 100).



REGUERDO
DEL
JARDIN ZOOLOGICO
Buenos Aires

Lámina X

Quiroga (a la derecha del lector) con Alberto Brignole, en 1917, cuando se editaron "Cuentos de amor, de locura y de muerte".



Lámina XI

Quiroga en sus postrimerías. (Misiones, 1936).

GUIÓN

Después de ordenar este conjunto —que no es el último de las “Cartas Inéditas...”— y fijar el texto, o descifrarlo muchas veces, encomendé el prólogo a Mercedes Ramírez de Rossiello¹.

Las notas respectivas, de las que sólo a última hora decidí encargarme, abarcan treinta y cinco años de la vida y la obra de Quiroga y tocan infinidad de cuestiones no sólo bibliográficas (así amplían y corrigen cuando es pertinente el catálogo del Colegio de Méjico²), sino biográficas y críticas. — Marginan, por ejemplo, el lendemain del Consistorio; la doble crisis del autor en los

¹ El uso de los puntos suspensivos entre paréntesis curvos se explica en el Prólogo, pág. 23; el de paréntesis rectos corresponde a cifras o palabras que no figuran en el original; el de paréntesis curvos con puntos suspensivos dentro de paréntesis rectos, a testaduras del propio autor —en una oportunidad—; el de puntos suspensivos entre corchetes, por último, a vocablos ilegibles —tres o cuatro—.

² V. “Hacia una bibliografía de Quiroga” por Emma S. Sperati Piñero, en “Nueva Revista de Filología Hispánica”, Año IX, N° 4, Méjico, octubre-diciembre de 1955, págs. 367 a 382. (La autora se redujo a reproducir y verificar, con grandes vacíos, apuntamientos del propio Q. facilitados por la viuda del escritor).

días del Chaco austral; sus retornos a la poesía, discontinuos y aun desgastados; el origen de su primera novela y de alguno de sus cuentos; la tenaz reiteración de dos versos italianos, deformados pero vivos y cantantes en su memoria durante más de seis lustros; sus estallidos de paciente (¿paciente?) hipocondríaco, amigdalítico y dispéptico; sus efusiones —metódicas— de mujeriego desaprensivo; su brusca transformación, cuando se enamora à contre-cœur de Ana María Cirés; el lúcido acierto de alguna autocrítica; sus años bonaerenses; sus primeros contactos con las Misiones; las páginas —muchas hasta hoy desconocidas— que improvisó como periodista a destajo; la actitud adoptada frente a hombres de su generación (Herrera y Reissig, por ejemplo, lo que permite esclarecer el otro lado del problema³); sus devociones y sus repulsiones en arte, con el íntimo contrapunto de Dostoiewski y D'Annunzio; no poco, en suma, de su inquieta existencia y su inquietante esencia personal.

R. I.

³ V. números 115 y 175, etc.—

PRÓLOGO

Con el propósito de dar a conocer la totalidad de la correspondencia de Horacio Quiroga custodiada en el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, publicamos esta nueva serie en un segundo tomo. Si es superflua la consideración de la importancia que todo epistolario tiene para iluminar más íntimamente al hombre que suele quedar en la penumbra de la obra, esta circunstancia debe, sin embargo, ser objeto de una breve meditación cuando el hombre y la obra que nos ocupan son Quiroga y sus cuentos.

Efectivamente, las cartas del narrador salteño forman el más considerable conjunto epistolar de cuantos se conservan en el Instituto. Ofrece notable variedad puesto que son múltiples los destinatarios, cada uno de los cuales está vinculado a Horacio Quiroga por distintos lazos de afecto o de interés. Las fechas que marcan el comienzo y el fin de esta vasta correspondencia abarcan un dilatado período, que va desde la época juvenil hasta poco antes de la muerte del autor. Y finalmente, en el caso de Quiroga, el interés se acrecienta porque el artista fue poco dado a hablar de sí, en la obra o en otros testimonios que pudieran mostrar el clima de su intimidad.

Desde otro punto de vista, las cartas son el mejor y, hasta ahora, único complemento de la ineludible biografía de Horacio Quiroga escrita por José Ma. Delgado y Alberto Brignole ⁽¹⁾, quienes, es obvio decirlo, si dispusieron del insustituible material que es la convivencia entrañable con el modelo de la biografía, no tuvieron acceso a la totalidad de las piezas epistolares que el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios se ha propuesto publicar.

Queremos hacer hincapié en el valor biográfico de esta nueva promoción documental, porque esta perspectiva coincide con un presunto propósito de Horacio Quiroga.

“Bien es verdad que en los últimos tiempos de su vida ‘El Libro

⁽¹⁾ “Vida y obra de Horacio Quiroga” — Montevideo, Biblioteca Rodó, Claudio García - 1939.

de San Michele' le suscitó la idea de escribir la historia de su vida en forma epistolar. No tuvo tiempo de realizarla; pero estamos seguros de que aquel propósito comenzaba ya a obsesionarlo y de que hubiera hecho otra nueva obra extraordinaria, porque el relato de Munthe hizo vibrar en él cuerdas desconocidas y lo deslumbró con el hallazgo de regiones inexploradas" (2).

La conjetura de Brignole y Delgado es seductora y es tentador para nosotros aventurar, imaginativamente, cómo hubieran sido aquellas cartas. De haber sido efectivo ese propósito que con tanta seguridad postulan sus biógrafos ¿habría Quiroga requisado estos materiales que ahora publicamos y trazado según ellos un retrato fiel a la vida y a sí mismo? ¿O habría fraguado una correspondencia ideal que siguiera los rasgos más característicos de su existencia, pero dejándonos, inconscientemente, la imagen armoniosa de un hombre que hoy, en cierta medida, esta correspondencia no podría ratificar? Es interesante el juego de imaginar a Quiroga soñándose y juzgándose retrospectivamente, puesto que sueño y enjuiciamiento constituyen, en definitiva, la materia de toda autobiografía. Seguramente, poesía y verdad, al modo goethiano, habría sido la trama de aquélla.

La biografía epistolar que ahora consideramos es menos artística, pero más verdadera, puesto que, espontáneamente creada durante más de treinta años, tiene la autenticidad de lo no deliberado. Y también, vamos a decirlo desde ya, la pequeña miseria.

Desde luego que no se trata de señalar las ventajas de la una, real, frente a la otra, hipotética; ni de poner a ésta sobre aquélla. De haber existido ambas tendrían sustancias intransferibles. Debemos, pues, atenernos a esta serie de documentos que constituyen una íntima, veraz e inmediata versión del hombre, que a veces el prestigio literario fija en un gesto inamovible. Y al dar a la imprenta estas nuevas y antiguas cartas de Horacio Quiroga, hacemos nuestras las palabras de sus dos grandes amigos: "Como a todos los hombres singulares, la leyenda —él ya lo presentía— va creando una imagen de Quiroga extraña a su real identidad. Ahora bien, si hay alguien que no precisa ninguna invención del mito para perfilarse agudamente con rasgos originales y admirables bajo distintos puntos de vista, ése es Quiroga. Cuanto más se le descubra en la verdad de lo que fue, más excepcional ha de aparecer" (3).

Anticipemos, ahora, el contenido de este volumen. Primera parte:

(2) Obra citada, página 357.

(3) Obra citada, página 13.

Una carta suelta — a Alberto J. Brignole — (donada en 1949). Segunda parte: Cartas a José María Delgado (treinta y siete, donadas —con excepción de tres recién recibidas— en 1949). — Tercera parte: Cartas a José María Fernández Saldaña —Maitland— (ochenta y ocho, donadas en 1951) ⁽⁴⁾.

Conviene advertir sobre esta última serie que el destinatario, doctor José María Fernández Saldaña, antes de entregar las cartas al Director del I. N. I. A. L., Profesor Roberto Ibáñez, procedió a testar diversos pasajes de las mismas. A esas testaduras responden los puntos suspensivos encerrados entre paréntesis curvos que se verán aparecer algunas veces, muy pocas, a lo largo de la lectura de los documentos.

En una sola oportunidad hemos procedido a la eliminación de expresiones que no consideramos adecuadas para la publicación ⁽⁵⁾. Podrá parecer objetable este criterio al lector especializado, pero al adoptar esa decisión, muy largamente meditada, hemos sido fieles a la voluntad del donante, quien en el momento de hacer efectiva la donación expresó su consentimiento, y aun el deseo de que se omitieran algunos pasajes que su censura hubiese inadvertido si algún día esas cartas se publicaban. En segundo lugar, hemos considerado las normas más elementales de una delicadeza que sin perjudicar el contexto, favorece el acercamiento simpático al hombre Quiroga. Finalmente, damos testimonio de que dicha supresión no afecta, en absoluto, ni el espíritu ni el entendimiento del tema que informa la pieza.

Hemos conservado, en los otros casos, expresiones que pueden resultar desagradables. Pero justamente porque la correspondencia muestra al hombre que es, al hombre "siendo" en sí y en cada día, no podía ser objeto de una censura indiscriminada que hubiera tallado una efigie más limpia, pero fraudulenta. Y entre los varios motivos de interés de esta colección, está precisamente aquel que nos muestra a un Quiroga juvenil, desenfadado, frecuentemente procaz, que los contenidos cuentos misioneros no dejan sospechar.

⁽⁴⁾ Esta donación constituye el epistolario más nutrido del Archivo de Horacio Quiroga y fue acompañada por la de otras cuarenta y siete piezas entre las que se cuentan varios dibujos de Fernández Saldaña consistentes en apuntes de Horacio Quiroga y otros integrantes del Consistorio, estudios para la carátula de los Arrecifes de Coral, varias fotografías, originales de Federico Ferrando, la Credencial Cívica de Horacio Silvestre Quiroga, etc.

⁽⁵⁾ Las supresiones operadas comprenden dos líneas de la carta XXVIII y sólo abarcan veintidós palabras.

El tomo II del epistolario de Horacio Quiroga recoge cartas —en su gran mayoría— anteriores a las del tomo I: Cartas inéditas de Horacio Quiroga — Prólogo y notas de Arturo Sergio Visca — Montevideo, I. N. I. A. L., 1959.

Ambos tomos permiten la reconstrucción íntima de distintos y bien caracterizados períodos de la vida y la obra del cuentista.

Las cartas de Horacio Quiroga a Asdrúbal Delgado, a Julio Payró y a Ezequiel Martínez Estrada iluminan la interioridad del escritor en sus dos años casi de silencio en lo relativo a la creación literaria y, paralelamente, nos muestran el período de mayor elocuencia en lo confesional y son, sin duda, los testimonios más ricos desde un punto de vista humano.

Horacio Quiroga, voluntariamente callado para lo literario desde el fin del año 1935 hasta enero de 1937, se confiesa con desesperada prolijidad ante sus amigos Payró y, especialmente, Martínez Estrada. La sensación que nos dejan las cartas de esa época es que Quiroga se encontró, asombrado, ante un hombre que nunca había esperado. Este hombre es el mismo Quiroga, sufriente y solitario, que casi no mira hacia atrás y se va agotando en el análisis de su vivir cotidiano. Por eso es explicable ese afán de registrar el lentísimo transcurso de las horas de su soledad en San Ignacio.

Vemos vivir a Quiroga tal como se veía vivir él, seguramente perplejo de que toda su existencia, aparentemente proyectada para culminar de otro modo, fuera confluyendo hacia el fin en medio de tanta soledad involuntaria y de tanto derrumbamiento.

El corresponsal de Ezequiel Martínez Estrada había perdido el amor, estaba enfermo, vio puesta en discusión la validez de su obra y no tenía de qué vivir. El corresponsal de José María Fernández Saldaña es un joven seguro y soñador; apasionado, intransigente, desdeñoso, que por designios de su voluntad y por azares de la propia peripécia vital se iba transformando poco a poco en el fuerte narrador de Los desterrados.

Por eso estas cartas pueden parecer más típicamente quiroguianas. Nos muestran a un hombre que suponíamos. Un personaje que pese a todas sus vacilaciones y desalientos juveniles, estaba de acuerdo consigo mismo o, mejor dicho, conforme con la imagen que de sí mismo tenía y esperaba. Era el comienzo de la plenitud. Y por ser comienzo, registro de los tanteos iniciales y balance de los sueños. Porque la del autor, como toda juventud, es la época de las grandes melancolías e incerti-

dumbres, bien distintas, ciertamente, de ese registro de tristezas que son las cartas del último período.

No podemos preguntarnos cuál de los dos Quirogas es más verdadero. Ambos son Quiroga. Son el primero y el último acto de su drama de hombre.

“Cuando yo sea grande y tú estarás aún vivo, y vengan a decirme que tengo gran talento...” (6).

Cuando Quiroga se radica en Buenos Aires en 1902, había publicado Los Arrecifes de Coral, experiencia en la que todos los integrantes del Consistorio del Gay Saber habían depositado su fe y su entusiasmo. Es revelador del espíritu de confianza y orgullo por el joven escritor, esta página que transcribimos. Pertenece a Federico Ferrando y fue compuesta hacia el fin de siglo (7).

“Quiroga, Horacio. Más conocido por su pseudónimo Arquitectura Quiroga. (1878-1915). Célebre poeta. Fundador de la escuela cristalina que tantos genios ha producido desde entonces. Quiroga fue el poeta que mayor número de admiradores y entusiastas conquistó; y esto lo tuvo bien merecido, pues ahí están sus versos trinitarios, como una luz que alumbró su nombre para siempre y alumbró y muestra a las generaciones venideras los misterios inefables de la palabra, del ritmo y del color... Sépase que la temblorosa mano del escoliasta que borronea estas notas estrechó un día —inolvidable día— la del bardo singular. Sépase que mis ojos han visto su figura árabe, conocida hoy de todo el mundo por las ediciones múltiples e ilustradas que se han hecho de sus obras; sépase que de mi boca han salido apagadas notas en forma de palabras, que agradecieron a la suya, hoy difundida en el espacio, sus agasajadores juicios sobre mi seco ingenio... Murió el 1º de enero de 1915; y aún hoy, 45 años después de aquel día de duelo, no ha nacido quien se atreva a recoger el pendón de oro que él arrojó al suelo al morir”.

Descontemos los rasgos de humorismo y amaneramiento del gra-

(6) Carta de H. Q. a Alberto Brignole - [1904].

(7) “Páginas arrancadas a un diccionario biográfico que vio la luz en París en el año 1960”. Donación José Ma. Fernandez Saldaña.

días del Chaco austral; sus retornos a la poesía, discontinuos y aun desgastados; el origen de su primera novela y de alguno de sus cuentos; la tenaz reiteración de dos versos italianos, deformados pero vivos y cantantes en su memoria durante más de seis lustros; sus estallidos de paciente (¿paciente?) hipocondríaco, amigdalítico y dispéptico; sus efusiones —metódicas— de mujeriego desaprensivo; su brusca transformación, cuando se enamora à contre-cœur de Ana María Cirés; el lúcido acierto de alguna autocrítica; sus años bonaerenses; sus primeros contactos con las Misiones; las páginas —muchas hasta hoy desconocidas— que improvisó como periodista a destajo; la actitud adoptada frente a hombres de su generación (Herrera y Reissig, por ejemplo, lo que permite esclarecer el otro lado del problema³); sus devociones y sus repulsiones en arte, con el íntimo contrapunto de Dostoiewski y D'Annunzio; no poco, en suma, de su inquieta existencia y su inquietante esencia personal.

R. I.

³ V. números 115 y 175, etc.—

PRÓLOGO

Con el propósito de dar a conocer la totalidad de la correspondencia de Horacio Quiroga custodiada en el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, publicamos esta nueva serie en un segundo tomo. Si es superflua la consideración de la importancia que todo epistolario tiene para iluminar más íntimamente al hombre que suele quedar en la penumbra de la obra, esta circunstancia debe, sin embargo, ser objeto de una breve meditación cuando el hombre y la obra que nos ocupan son Quiroga y sus cuentos.

Efectivamente, las cartas del narrador salteño forman el más considerable conjunto epistolar de cuantos se conservan en el Instituto. Ofrece notable variedad puesto que son múltiples los destinatarios, cada uno de los cuales está vinculado a Horacio Quiroga por distintos lazos de afecto o de interés. Las fechas que marcan el comienzo y el fin de esta vasta correspondencia abarcan un dilatado período, que va desde la época juvenil hasta poco antes de la muerte del autor. Y finalmente, en el caso de Quiroga, el interés se acrecienta porque el artista fue poco dado a hablar de sí, en la obra o en otros testimonios que pudieran mostrar el clima de su intimidad.

Desde otro punto de vista, las cartas son el mejor y, hasta ahora, único complemento de la ineludible biografía de Horacio Quiroga escrita por José Ma. Delgado y Alberto Brignole ⁽¹⁾, quienes, es obvio decirlo, si dispusieron del insustituible material que es la convivencia entrañable con el modelo de la biografía, no tuvieron acceso a la totalidad de las piezas epistolares que el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios se ha propuesto publicar.

Queremos hacer hincapié en el valor biográfico de esta nueva promoción documental, porque esta perspectiva coincide con un presunto propósito de Horacio Quiroga.

“Bien es verdad que en los últimos tiempos de su vida ‘El Libro

⁽¹⁾ “Vida y obra de Horacio Quiroga” — Montevideo, Biblioteca Rodó, Claudio García - 1939.

de San Michele' le suscitó la idea de escribir la historia de su vida en forma epistolar. No tuvo tiempo de realizarla; pero estamos seguros de que aquel propósito comenzaba ya a obsesionarlo y de que hubiera hecho otra nueva obra extraordinaria, porque el relato de Munthe hizo vibrar en él cuerdas desconocidas y lo deslumbró con el hallazgo de regiones inexploradas" (2).

La conjetura de Brignole y Delgado es seductora y es tentador para nosotros aventurar, imaginativamente, cómo hubieran sido aquellas cartas. De haber sido efectivo ese propósito que con tanta seguridad postulan sus biógrafos ¿habría Quiroga requisado estos materiales que ahora publicamos y trazado según ellos un retrato fiel a la vida y a sí mismo? ¿O habría fraguado una correspondencia ideal que siguiera los rasgos más característicos de su existencia, pero dejándonos, inconscientemente, la imagen armoniosa de un hombre que hoy, en cierta medida, esta correspondencia no podría ratificar? Es interesante el juego de imaginar a Quiroga soñándose y juzgándose retrospectivamente, puesto que sueño y enjuiciamiento constituyen, en definitiva, la materia de toda autobiografía. Seguramente, poesía y verdad, al modo goethiano, habría sido la trama de aquélla.

La biografía epistolar que ahora consideramos es menos artística, pero más verdadera, puesto que, espontáneamente creada durante más de treinta años, tiene la autenticidad de lo no deliberado. Y también, vamos a decirlo desde ya, la pequeña miseria.

Desde luego que no se trata de señalar las ventajas de la una, real, frente a la otra, hipotética; ni de poner a ésta sobre aquélla. De haber existido ambas tendrían sustancias intransferibles. Debemos, pues, atenernos a esta serie de documentos que constituyen una íntima, veraz e inmediata versión del hombre, que a veces el prestigio literario fija en un gesto inamovible. Y al dar a la imprenta estas nuevas y antiguas cartas de Horacio Quiroga, hacemos nuestras las palabras de sus dos grandes amigos: "Como a todos los hombres singulares, la leyenda —él ya lo presentía— va creando una imagen de Quiroga extraña a su real identidad. Ahora bien, si hay alguien que no precisa ninguna invención del mito para perfilarse agudamente con rasgos originales y admirables bajo distintos puntos de vista, ése es Quiroga. Cuanto más se le descubra en la verdad de lo que fue, más excepcional ha de aparecer" (3).

Anticipemos, ahora, el contenido de este volumen. Primera parte:

(2) Obra citada, página 357.

(3) Obra citada, página 13.

Una carta suelta — a Alberto J. Brignole — (donada en 1949). Segunda parte: Cartas a José María Delgado (treinta y siete, donadas —con excepción de tres recién recibidas— en 1949). — Tercera parte: Cartas a José María Fernández Saldaña —Maitland— (ochenta y ocho, donadas en 1951) ⁽⁴⁾.

Conviene advertir sobre esta última serie que el destinatario, doctor José María Fernández Saldaña, antes de entregar las cartas al Director del I. N. I. A. L., Profesor Roberto Ibáñez, procedió a testar diversos pasajes de las mismas. A esas testaduras responden los puntos suspensivos encerrados entre paréntesis curvos que se verán aparecer algunas veces, muy pocas, a lo largo de la lectura de los documentos.

En una sola oportunidad hemos procedido a la eliminación de expresiones que no consideramos adecuadas para la publicación ⁽⁵⁾. Podrá parecer objetable este criterio al lector especializado, pero al adoptar esa decisión, muy largamente meditada, hemos sido fieles a la voluntad del donante, quien en el momento de hacer efectiva la donación expresó su consentimiento, y aun el deseo de que se omitieran algunos pasajes que su censura hubiese inadvertido si algún día esas cartas se publicaban. En segundo lugar, hemos considerado las normas más elementales de una delicadeza que sin perjudicar el contexto, favorece el acercamiento simpático al hombre Quiroga. Finalmente, damos testimonio de que dicha supresión no afecta, en absoluto, ni el espíritu ni el entendimiento del tema que informa la pieza.

Hemos conservado, en los otros casos, expresiones que pueden resultar desagradables. Pero justamente porque la correspondencia muestra al hombre que es, al hombre "siendo" en sí y en cada día, no podía ser objeto de una censura indiscriminada que hubiera tallado una efigie más limpia, pero fraudulenta. Y entre los varios motivos de interés de esta colección, está precisamente aquel que nos muestra a un Quiroga juvenil, desenfadado, frecuentemente procaz, que los contenidos cuentos misioneros no dejan sospechar.

⁽⁴⁾ Esta donación constituye el epistolario más nutrido del Archivo de Horacio Quiroga y fue acompañada por la de otras cuarenta y siete piezas entre las que se cuentan varios dibujos de Fernández Saldaña consistentes en apuntes de Horacio Quiroga y otros integrantes del Consistorio, estudios para la carátula de los Arrecifes de Coral, varias fotografías, originales de Federico Ferrando, la Credencial Cívica de Horacio Silvestre Quiroga, etc.

⁽⁵⁾ Las supresiones operadas comprenden dos líneas de la carta XXVIII y sólo abarcan veintidós palabras.

El tomo II del epistolario de Horacio Quiroga recoge cartas —en su gran mayoría— anteriores a las del tomo I: Cartas inéditas de Horacio Quiroga — Prólogo y notas de Arturo Sergio Visca — Montevideo, I. N. I. A. L., 1959.

Ambos tomos permiten la reconstrucción íntima de distintos y bien caracterizados períodos de la vida y la obra del cuentista.

Las cartas de Horacio Quiroga a Asdrúbal Delgado, a Julio Payró y a Ezequiel Martínez Estrada iluminan la interioridad del escritor en sus dos años casi de silencio en lo relativo a la creación literaria y, paralelamente, nos muestran el período de mayor elocuencia en lo confesional y son, sin duda, los testimonios más ricos desde un punto de vista humano.

Horacio Quiroga, voluntariamente callado para lo literario desde el fin del año 1935 hasta enero de 1937, se confiesa con desesperada prolijidad ante sus amigos Payró y, especialmente, Martínez Estrada. La sensación que nos dejan las cartas de esa época es que Quiroga se encontró, asombrado, ante un hombre que nunca había esperado. Este hombre es el mismo Quiroga, sufriente y solitario, que casi no mira hacia atrás y se va agotando en el análisis de su vivir cotidiano. Por eso es explicable ese afán de registrar el lentísimo transcurso de las horas de su soledad en San Ignacio.

Vemos vivir a Quiroga tal como se veía vivir él, seguramente perplejo de que toda su existencia, aparentemente proyectada para culminar de otro modo, fuera confluyendo hacia el fin en medio de tanta soledad involuntaria y de tanto derrumbamiento.

El corresponsal de Ezequiel Martínez Estrada había perdido el amor, estaba enfermo, vio puesta en discusión la validez de su obra y no tenía de qué vivir. El corresponsal de José María Fernández Saldaña es un joven seguro y soñador; apasionado, intransigente, desdeñoso, que por designios de su voluntad y por azares de la propia peripécia vital se iba transformando poco a poco en el fuerte narrador de Los desterrados.

Por eso estas cartas pueden parecer más típicamente quiroguianas. Nos muestran a un hombre que suponíamos. Un personaje que pese a todas sus vacilaciones y desalientos juveniles, estaba de acuerdo consigo mismo o, mejor dicho, conforme con la imagen que de sí mismo tenía y esperaba. Era el comienzo de la plenitud. Y por ser comienzo, registro de los tanteos iniciales y balance de los sueños. Porque la del autor, como toda juventud, es la época de las grandes melancolías e incerti-

dumbres, bien distintas, ciertamente, de ese registro de tristezas que son las cartas del último período.

No podemos preguntarnos cuál de los dos Quirogas es más verdadero. Ambos son Quiroga. Son el primero y el último acto de su drama de hombre.

“Cuando yo sea grande y tú estarás aún vivo, y vengan a decirme que tengo gran talento...” (6).

Cuando Quiroga se radica en Buenos Aires en 1902, había publicado *Los Arrecifes de Coral*, experiencia en la que todos los integrantes del Consistorio del Gay Saber habían depositado su fe y su entusiasmo. Es revelador del espíritu de confianza y orgullo por el joven escritor, esta página que transcribimos. Perteneció a Federico Ferrando y fue compuesta hacia el fin de siglo (7).

“Quiroga, Horacio. Más conocido por su pseudónimo *Arquitectura Quiroga*. (1878-1915). Célebre poeta. Fundador de la escuela cristalina que tantos genios ha producido desde entonces. Quiroga fue el poeta que mayor número de admiradores y entusiastas conquistó; y esto lo tuvo bien merecido, pues ahí están sus versos trinitarios, como una luz que alumbró su nombre para siempre y alumbró y muestra a las generaciones venideras los misterios inefables de la palabra, del ritmo y del color... Sépase que la temblorosa mano del escoliasta que borronea estas notas estrechó un día —inolvidable día— la del bardo singular. Sépase que mis ojos han visto su figura árabe, conocida hoy de todo el mundo por las ediciones múltiples e ilustradas que se han hecho de sus obras; sépase que de mi boca han salido apagadas notas en forma de palabras, que agradecieron a la suya, hoy difundida en el espacio, sus agasajadores juicios sobre mi seco ingenio... Murió el 1º de enero de 1915; y aún hoy, 45 años después de aquel día de duelo, no ha nacido quien se atreva a recoger el pendón de oro que él arrojó al suelo al morir”.

Descontemos los rasgos de humorismo y amaneramiento del gra-

(6) Carta de H. Q. a Alberto Brignole - [1904].

(7) “Páginas arrancadas a un diccionario biográfico que vio la luz en París en el año 1960”. Donación José Ma. Fernández Saldaña.

cioso augur de esta biografía y el valor emocional que adquieren sus palabras hoy, en el borde de ese 1960 imaginado por Federico Ferrando, quien en 1902 había de caer atravesado por el balazo involuntariamente disparado por el propio Quiroga. Esa página nos muestra, en primer lugar, la certera definición del seudónimo adjudicado a Quiroga: Arquitectura. Todos los poemas de "Los Arrecifes de Coral", así como los que aparecen en esta correspondencia, tienen efectivamente un carácter arquitectónico, lógico. Si el viraje del destino de creador se produjo hacia una dirección no esperada ⁽⁸⁾, el cuento, no podemos decir que esa característica señalada por Ferrando haya desaparecido del estilo de Quiroga en su obra de madurez. ¿Qué otra cosa que la postulación de una arquitectura rigurosa en el cuento es el Decálogo del perfecto cuentista?

Las palabras de Ferrando son el augurio de la gloria. Varias cartas de Quiroga confirman que la idea del éxito literario no abandonó al escritor, quien a poco de llegado a Buenos Aires dio impulso, con *El Crimen del Otro*, a una profusa bibliografía.

En la época de este epistolario que publicamos, Horacio Quiroga está viviendo un período espiritual que despierta vivo interés para el conocedor de su obra. Los estados de ánimo se suceden en una cambiante secuencia y muestran una ambivalencia característicamente juvenil. Hay, por un lado, certeza de la posesión de la futura gloria literaria: "Yo aguantaré por todos nosotros, diré cosas tan bellas que crepiten las tumbas y las losas diciendo: quien tal dice, luchó pero ha triunfado" ⁽⁹⁾. Hay también vacilaciones, días de desesperanza y anulamiento: "...si vieras los tormentos que he tenido en estos seis meses, el desaliento diario, sin fe absoluta en mí —y lo que es más triste, sin creer ya en el arte— convencido de que estaba muerto para escribir, sentado en un cajón de kerosene, repitiendo horas enteras un párrafo de un cuento, incapaz de hacer algo más, en el derrumbamiento de toda mi vida valiente..." ⁽¹⁰⁾. Pero certeza y desaliento no son nada más que síntomas de un organismo en crecimiento. Si por algo en especial tienen valor positivo estos años que anteceden al establecimiento de Quiroga en San Ignacio, es, precisamente, por esa conciencia, doloro-

⁽⁸⁾ No obstante, el primer éxito literario de Horacio Quiroga se lo debe a su "Cuento sin razón pero cansado", que obtuvo el 2º premio en el concurso organizado por la Revista "La Alborada" en diciembre de 1900. El primer premio lo obtuvo Oscar G. Ribas con su cuento "La fruta de los olivos". El tribunal estuvo integrado por Javier de Viana, Eduardo Ferreira y José Enrique Rodó.

⁽⁹⁾ Carta de H. Q. a Alberto Brignole ya cit.

⁽¹⁰⁾ Carta de H. Q. a José Ma. Fernández Saldaña - Octubre 14 de 1904.

samente llevada, de que el camino que señale el arte será el único. Para quienes tienen fijada la imagen del cuentista exitoso y bien remunerado, colaborador de las más cotizadas publicaciones bonaerenses; la del catalizador de la peña literaria Anaconda en su casa de Vicente López; para quienes piensan en el Quiroga consagrado de los años 1917 a 1934, nada mejor que el conocimiento de este epistolario en el que la aridez y el desaliento de los primeros pasos quedan patéticamente registrados y son una evidencia más de que en todo verdadero artista la creación es agonía y no facilidad.

“Ten la seguridad de que ésa ha sido la mejor época de nuestra vida...” ⁽¹¹⁾.

1902. Han quedado atrás la adolescencia salteña, el decepcionante viaje a París, los años juveniles del Consistorio del Gay Saber, Los Arrecifes de Coral, la muerte de Federico Ferrando. Quiroga parte hacia Buenos Aires, dejando en el Uruguay la primera cáscara de su envoltura: el dandy de circunstancias que perdió su jaquet en París, el Pontífice del Consistorio, el autor de Los Arrecifes de Coral.

No es aventurado suponer que la muerte de Ferrando —el Arce-diano del Consistorio, el romántico y talentoso Cirano, nombrado dolorosamente una única vez por Quiroga en carta a Fernández Saldaña — fue el hecho que determinó la radicación del futuro narrador en Buenos Aires. Pero esa trágica muerte, que no habría de ser la única que sacudiera el corazón de Horacio Quiroga, dio culminación a un proceso de desarraigo que necesariamente tenía que producirse. Tal parece ser el signo de muchos grandes artistas nacionales —los grandes evadidos: Florencio Sánchez, radicándose en la Argentina; Julio Herrera y Reissig, fracasando en igual intento; José Enrique Rodó, viajando a Europa; Eduardo Acevedo Díaz, desterrándose.

El ambiente montevideano ya le había dado a Quiroga todo lo que era esperable. Junto con sus amigos, Alberto Brignole, José María Delgado, Julio Jaureche, José María Fernández Saldaña, había explorado los misterios del decadentismo y el modernismo en la Revista del Salto primero, y en las alocadas experiencias consistoriales. Las actas que las registran, hechas por el propio Quiroga, constituyen un valioso material para el conocimiento de las raíces y proyecciones de esa litera-

(11) Carta de H. Q. a J. M. F. S., Buenos Aires, junio 18 de 1903.

tura. La aparición de Los Arrecifes de Coral fue la piedra de toque de las posibilidades de esos intentos y tal vez le dio al mismo Quiroga la señal de que se imponía un cambio de rumbos.

Por otra parte los destinos del grupo se iban fatalmente polifurcando. Todos los integrantes de la peña del Gay Saber, pese al desorden de la vida bohemia, a las desconcertantes novedades e irreverencias con las que pretendían escandalizar a los buenos burgueses de Montevideo, fueron prosiguiendo con tesón las profesiones liberales que los acercaban al codiciado título de doctor. Y Quiroga se quedó solo con su destino hostil a todo encasillamiento, radicalmente inconciliable con toda disciplina que viniera desde afuera. El, que fue un paciente y honesto trabajador —químico, fotógrafo, carpintero, mecánico, curtidor, ceramista, fabricante de canoas, de vino de naranjas, de carbón—, no se sometió jamás a las exigencias de ningún régimen de esfuerzo que no estuviera elegido por su gusto o su capricho.

Muchas de las cartas, en especial la dirigida a Alberto Brignole, y varias destinadas a Fernández Saldaña, nos muestran a Quiroga como el depositario de los sueños del grupo; el único que permaneció fiel a la rebelde consigna del Consistorio.

Así como el fracaso de Los Arrecifes de Coral le impuso el abandono del amaneramiento decadente, los caminos elegidos por sus amigos le imponen una rectificación vital. La tragedia le da el espaldarazo y Quiroga en 1902 se va a vivir a Buenos Aires, la Cosmópolis rubendariana, la urbe de las grandes virtualidades.

1903 es la fecha que abre los dos epistolarios fundamentales de este tomo: a José María Delgado y a José María Fernández Saldaña. ¿Quién es, qué es y cómo es Quiroga en esta época? La lectura de las cartas lo dirá elocuentemente. Pero vamos a permitirnos insinuar el esbozo de algunas líneas temáticas que reaparecen a lo largo de aquéllas.

“...trepar sobre los años que vienen...
con la escalera hecha con mi pasada vida...” (12).

El lector advertirá en las tres series epistolares de este tomo, cartas informadas por un puro interés circunstancial, de valor anecdótico-biográfico, pero de escaso interés desde el punto de vista íntimo o con-

(12) Carta a Alberto Brignole ya cit.

fesional. Para el desentrañamiento de estos temas es preciso, a veces, romper las coordenadas cronológicas o las series documentales. Si lo hacemos, encontraremos un posible tema radicado en las cartas del primer período. Es el de la segura mutación que se va operando en Quiroga a partir de 1903.

No es necesario hacer consideraciones preliminares sobre las transformaciones de una misma sustancia que se va operando a lo largo de los años en todo hombre, en toda vida. Pero este devenir sucede, en Horacio Quiroga, con caracteres que lo hacen bien singular. No es ya el cambio de ambiente, el abandono definitivo del Uruguay, sino algo más profundo. Es un proceso que ya hemos insinuado. Un ir perdiendo capas superficiales, por el empuje de un lento ímpetu interior, como sucede en la maduración de los vegetales. Esa transformación que se iba operando a expensas del pasado, tenía la ciega certidumbre de una semilla en crecimiento y su misma irreversibilidad.

La primera etapa del cambio la constituye la imposibilidad de la vida de Quiroga con el grupo veinteañero del Consistorio. Solo va a Buenos Aires y solo vive, pese a su estrecha vinculación doméstica con el hogar de su hermana María, casada con el catedrático Eduardo Forteza. En soledad vive, aún con la compañía de Alberto Brignole antes del casamiento de éste. Pero a esa soledad Quiroga lleva todo lo que no pudo arrancarse con un desgarramiento voluntario cuando partió. Ha hecho apostasía de su pontificado consistorial, ha abjurado de Los Arrecifes de Coral, pero ha llevado a Buenos Aires los sueños de gloria, la certeza de su destino de escritor, su desdén petulante, su dandysmo interior.

“..... mi vida se dilata/como un metal al rojo,
mas sin cambiar de peso” (13).

Ese metal dilatado va rompiendo sus límites y resquebrajando los ornamentos de la anterior superficie. Así, la segunda etapa del proceso es el cambio operado en las apetencias literarias. Véase la profusa y certera discusión mantenida con Fernández Saldaña acerca de la validez psicológica y dramática de Gabriel D'Annunzio. En varias cartas hace un análisis del Calvo Rapagnetta; lo escruta, lo pulveriza, tanto más cuanto su interlocutor lo defiende; y salva, con las manos inocentes de un delicado romanticismo de lo sentimental —que informa Pasado

(13) Idem.

Amor, Historia de un amor turbio, Las Sacrificadas y tantos cuentos—
dos versos en medio de tanta ruina:

*“lontano come un grande, passato dolore
grande come un passato, lontano amore”.*

La pasión que pone Quiroga en su desdén por D'Annunzio implica mucho más que el ejercicio lúcido de una crítica circunstancial. Es la ruptura violenta con las falsedades románticas, a las que en cierta medida el poeta de Los Arrecifes rindió tributo. Es contra algo personal suyo, que en la nueva etapa se le hace aborrecible, contra lo que reacciona con tanta vehemencia. Como la oruga que se revuelve y contorsiona para dejar su envoltura, así se sacude de D'Annunzio.

Paralelamente la transformación se completa en un sentido constructivo y aparece en las cartas la apología de los autores y las obras que lo apasionan en esta nueva etapa: “La familia Polaniecki” de Sienciekiewicz, “El deseo” de Sudermann, “Padres e hijos” de Turgueniev, “Los ex-hombres” de Máximo Gorki, “Madame Bovary” de Flaubert, cuentos de Mirbeau, “El Idiota”, “Los Poseídos”, “Crimen y Castigo”, “Humillados y Ofendidos” de Dostoievsky.

Como una raíz tiene los tropismos selectivos para la vida de la planta, así el joven Quiroga se orienta decididamente a un tipo de literatura que sirve de sostén a su nueva estética.

No es casual que el autor subraye en la carta XII ⁽¹⁴⁾ los adjetivos profundo, extraño, disparatado, absurdo; en carta XIII ⁽¹⁵⁾ el adverbio verdaderamente, los sustantivos abstractos sinceridad y naturalidad, el adjetivo legítimo. Estos valores constituyen toda una estética y toda una profesión de fe vitalmente sustentada. Y acaso puedan postularse a modo de definición de caracteres de la futura obra de Quiroga.

La lectura de estas piezas revelará al lector la importancia de estos documentos en su relación con la obra del cuentista, tema que por no competer a este prólogo dejamos insinuado.

“Lleno de viejo dandismo, arribé a esa plaga estricta...” ⁽¹⁶⁾.

La biografía escrita por Delgado y Brignole ilustra un carácter de

⁽¹⁴⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S. — Diciembre 26 de 1904.

⁽¹⁵⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S. — Saladito, enero 29 de 1904.

⁽¹⁶⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S. — Saladito, mayo 31 de 1905.

la personalidad de Quiroga: el dandysmo. Ese dandysmo fue evidente en la época juvenil, puesto que se manifestaba obviamente en la indumentaria y reapareció por última vez en 1922, con motivo de un cargo circunstancial de Secretario de Embajada, en misión a Brasil ⁽¹⁷⁾.

Pero la elegancia, refinamiento y originalidad de la vestimenta no alcanzan para definir la presencia de un dandy. Hay un dandysmo mental y hasta puede hablarse de un dandysmo sentimental.

Cuando Quiroga va en 1902 a Buenos Aires, ya ha abandonado el empaque del señorito bien vestido, pero conserva de éste la modalidad íntima que se revela en el epistolario de esa época. Parece tener conciencia de la expectación admirativa con que sus cartas serán recibidas. Sabe que esperan de él lo nuevo, lo original, lo raro, y no defrauda esa avidez amistosa pues nutre los temas con una elegante y bien dosificada versatilidad. Desarrolla los asuntos calculando efectos. Bien insinúa apenas una perspectiva, o bien desarrolla ampliamente un aspecto. A veces se muestra hipersensible, a veces es un comentador desapasionado de su peripecia sentimental. Los arrestos del dandy, ya imposible en lo exterior, se ejercen en esa relación afectivo-intelectual con sus amigos. Manifestación de esta índole es ese "sabor a moderno" que tienen todas sus cartas (y toda su obra). Pensemos que las primeras piezas de esta colección están fechadas hace cincuenta y seis años. No obstante, no tienen el menor vestigio finisecular. Parecen escritas ayer. Y ése es el mérito de un estilo instintivamente elegante, de trazo esquemático y nervioso, que jamás hizo concesiones al gusto ornamental de la época. No en vano su modalidad vital, lúcida y alerta hizo de Quiroga no sólo "un hombre al día", sino un hombre tenso hacia el futuro, un pionero.

Cuentan como signos de ese dandysmo del estilo sus alardes de precisión en el uso de la terminología médica —ya señalado por Arturo Sergio Visca en nota N° 17 de las cartas a Asdrúbal Delgado— y el placer con que acuña neologismos, siempre acertados.

Es evidente en este Quiroga de los veinticuatro años la posición magisterial que tuviera en el Consistorio como Pontífice, pese a su exclamación: "Animo, mucho ánimo, dice el pontífice, ¡ay! sin altar ya" ⁽¹⁸⁾. Ejerce un magisterio que abarca lo artístico y lo intelectual. Sobre el primer punto, basten como ejemplo las cartas a José Ma. Delgado, en las que Quiroga oficia de crítico y censor de la poesía que su amigo le somete a consideración. Y en cuanto al magisterio intelectual

(17) Obra citada, pág. 255.

(18) Carta a José Ma. Fernández Saldaña. Resistencia, octubre 14 de 1904.

que se arroga, véase la carta dirigida a José Ma. Fernández Saldaña —Maitland— y Alberto Brignole, Saladito Junio 23 de 1905, en la que con pedantería muy juvenil aún, les informa de sus hallazgos a propósito de los silogismos.

“Es cosa bien ambigua y ciertamente sería tener tal confitura dentro del pecho mismo; con todas mis crueldades y todo mi cinismo intelectual ser suave al amoroso empuje...” (19).

Este epistolario puede ser objeto de sumo interés para la comprensión de la vida sentimental de Horacio Quiroga, y del reflejo que de ella aparece en su obra.

Las cartas a Ezequiel Martínez Estrada mostraron el fracaso del último amor del cuentista.

“La desdicha familiar que lo adhirió a mí tan estrechamente, es de un carácter sagrado y no puede ser tratada con el alma impura” (20), dice el destinatario. Dejemos pues ese capítulo con el mismo espíritu con que lo eludió quien estuvo ligado a él por la más estrecha confidencia. Por otra parte no atañe a la obra, puesto que la tragedia íntima de su amor con María Elena Bravo corresponde al período del silencio literario final. La relación cierta entre aquel fracaso y ese silencio tal vez podría establecerse, pero está instalada en la zona puramente conjetural y en lo más entrañable del misterio del alma del creador.

Las cartas que nos ocupan ofrecen la imagen de un Quiroga polifacético que la cita que encabeza este capítulo esclarece bien, aunque no totalmente. Nos revelan, por un lado, al enamorado ya casi no de una mujer, sino de un sueño; y por otro al aventurero frío, sensual, no ajeno a la perversidad, y luego al postulante casadero en trance de noviazgo, al esposo, al padre. Y algunas de estas facetas sí son importantes desde el punto de vista de la creación ya que han sido motivo de muchas obras posteriores.

Cabe señalar, siquiera esquemáticamente, algunas características a propósito del amor en cuanto tema literario en la obra de Horacio

(19) Carta a Alberto Brignole ya cit.

(20) “El Hermano Quiroga” por E. M. E. - Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1957.

Quiroga. El concepto del amor como trasfondo de la obra fue extraído principalmente —nos atrevemos a suponerlo— de dos experiencias reales de distinta envoltura anecdótica pero de las cuales es posible deducir igual significado. Estos dos episodios vividos ahincada, desesperadamente por Quiroga, son su primer amor, María Esther, y Ana María, sustancia real de la protagonista de "Pasado Amor". Ambos amores tienen igual carácter: la correspondencia mutua de la pasión; la atracción paralelamente desarrollada con una radical imposibilidad de armonización; la ruptura impuesta desde afuera; la separación. También fueron vividos con ese signo de absurdidad que parecen tener todas las cosas que integraron la vida del autor de *El salvaje*. Tan posibles y tan imposibles al mismo tiempo, como en otro plano fueron sus quimeras de plantador de algodón o de fabricante de vino de naranjas. A cada afirmativo y tenaz "¿por qué no?" de Quiroga, el azar, la vida, una fatalidad enigmática contestaron con el fracaso o la frustración ⁽²¹⁾.

Creemos advertir que estas dos experiencias ciegas —no como aquellas lúcidas y casi voluntarias que se hilvanaron en la vida de Goethe— fueron la más importante fuente de inspiración literaria del tema sentimental que aparece en la obra de Quiroga. En ella, la mujer, siempre rodeada de un vaho delicadamente trágico que la hace inasible en última instancia, deja en el hombre algo peor y mejor, a la vez, que el desengaño: la sombra de lo que pudo ser. El último proceso de esa vivencia sentimental es el cuento *Más Allá*, en el que esta índole del amor es llevada a su última consecuencia cuando los fantasmas de los amantes suicidas se desvanecen después de unirse en un primero y único beso.

José M. Delgado y A. Brignole han escrito sobre la vida amorosa de Quiroga: "Todas las grandes pasiones de Quiroga parecen destinadas a girar alrededor de una María. Esta ⁽²²⁾, después de María Esther, la de la primavera, y de las dos Ana María que brillaron en su otoño, es la estrella que viene a completar la constelación: una verdadera cruz del sur polar en que su corazón quedó crucificado" ⁽²³⁾.

"Soñé con la rubia de Surkonski y de ahí la retahila anterior" ⁽²⁴⁾. "La rubia me atormenta con su recuerdo eterno, tengo la

⁽²¹⁾ Dejamos apuntado como un tema de posible desarrollo aquel que podría llamarse "la frustración en la narrativa de H. Quiroga", cuyo epílogo no casual es justamente su último relato: "La tragedia de los ananás".

⁽²²⁾ María Elena Bravo, su última esposa.

⁽²³⁾ Obra citada, pág. 316.

⁽²⁴⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S. - Resistencia, 1904.

boca dulce y el corazón tan tierno..." (25). Esta es María Esther, el primero, "grande passato dolore, passato lontano amore"; el primero y definitivo; arquetipo que enmascaró el rostro de las otras mujeres de carne y hueso que pasaron por la vida del cuentista, desgarrándola. Así como María Esther y Ana María fueron, respectivamente, las protagonistas de *Las Sacrificadas* y *Pasado Amor* (26), hay un episodio intermedio —el noviazgo con una joven que se nombra por primera vez en carta fechada en junio 23 de 1905—, que da origen a "Historia de un amor turbio".

Es significativo que el amor haya sido objeto de dos novelas, "Historia de un amor turbio" y "Pasado Amor", y de un fallido intento teatral: "Las Sacrificadas".

Hubo en el narrador una vocación de novelista, no justificada con la calidad efectiva de serlo. El mismo reconoce su falta de maduración para ese intento, cuando emprende la composición de "Historia de un amor turbio", pero ese sentido de autocrítica no le impidió reincidir en las postrimerías de su carrera literaria. A pesar del juicio que le merece la novela como género literario, "Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea", *Pasado Amor* testimonia que ese género constituye una vieja y persistente tentación cuando el creador emprende sus experiencias de psicología sentimental.

No es esa imagen de amator de lo imposible, de contemplador de ruinas sentimentales, la única que surge del epistolario. En otra zona, seguramente periférica, hay un Quiroga donjuanesco que reconoce con un poco de amaneramiento su crueldad y su cinismo y que se complace en anunciar a su amigo J. M. Fernández Saldaña, sus planes de seductor: "El 29 voy al Salto por varios días. Me revivificaré un poco entre faldas y su consiguiente perversión" (27); o que describe con prolijidad digna de mejor causa su técnica de conquistador, "no desprovisto de cierta ternura femenina bajo los tonos calientes de su rudeza barbuda" (28).

(25) Carta de H. Q. a Alberto Brignole - ya cit.

(26) Los versos de D'Annunzio tan recurrentemente citados, son la condensación del clima sentimental que le deja a Quiroga, su primer amor. Sin embargo, dan título a la novela "Pasado Amor" (como lo señalara A. S. Visca en el primer tomo), que registra la historia de otro amor posterior: el de Ana María. Véase la elucidación de Roberto Ibáñez en la nota 51 de este volumen.

(27) Carta de H. Q. a J. M. F. S., Resistencia, octubre 19 de 1904.

(28) Carta de H. Q. a J. M. F. S., Saladito, diciembre 5 de 1904.

Fernández Saldaña es el especial destinatario de esas confidencias, a menudo subrayadas con un comentario obsceno.

Otras mujeres aparecen —hoy, 1959— como figuras de una galería de fantasmas. Y entre todas, la más conmovedora, Ana María Cirés, su alumna del Colegio Nacional, su primera esposa y madre de los dos hijos suicidas de Quiroga, Eglé y Darío. Muerta en 1915, ha ingresado en la biografía del narrador como su víctima propiciatoria y, en su obra, como la gran ausente.

Pese a la profundidad del sentimiento que llevó a Quiroga al matrimonio, cuando informa a su amigo de sus propósitos conyugales afecta una indiferencia elegante, muy propia de su modalidad.

“El 30 de éste me caso. Supondrás la tanda de reflexiones que me ha acarreado esto. Pero a la verdad estaba ya mortalmente cansado de mi vida perra, entre complicadas herramientas que me llenaban toda la casa, y mi disparatado estómago que el diablo se lleve. No hallo manera de hacerlo entrar en caja y seguirá siempre mortificándome si no pongo fin a esto. El fin es cambiar de soltería, de casa, de país e irme allá con las lagartijas y escarabajos de la madera” (29).

El casamiento de Horacio Quiroga con Ana María Cirés marca el fin de un proceso evolutivo que se ha estado operando en él desde su radicación en Buenos Aires. En el joven cuajó el hombre y se afirmó la convicción de un amor que iba a echar raíces en un suelo ansiado y necesario: Misiones.

A los treinta y un años, en Quiroga queda poco del dandy fin de siglo. Ya ha encontrado un camino en la literatura. Un camino colateral pero que lo va acercando a su futura producción medular. En cuatro años ha publicado dos libros —El Crimen del Otro, e Historia de un amor turbio— (obra, esta última, a que añadió un relato hecho tres años antes: Los Perseguidos), y una profusa e irregular serie de narraciones en las revistas porteñas. Amor, hijos, selva y tragedia madurarán en Quiroga al grande narrador de El salvaje y El desierto.

“¡Qué inmundos pillos estúpidos! Si algo deseo es tener un poco de plata, echar al diablo a todos los hombres y encerrarme en otro Saladito” (30).

(29) Carta a J. M. F. S. - Buenos Aires, diciembre 3 de 1909.

(30) Carta de H. Q. a J. M. F. S. — Buenos Aires, mayo 17 de 1906.

En un párrafo antes citado, y no es el único, Quiroga une sus proyectos de casamiento con la idea de la vida en Misiones. Ambos planes están condicionados recíprocamente como formas de una misma maduración integral. Pero con respecto al segundo, las cartas muestran que ese propósito no es un súbito capricho sino el cumplimiento de una larga vocación por la vida agreste. La expedición científica a las Misiones jesuíticas, dirigida por Leopoldo Lugones, a quien Quiroga acompañó en calidad de fotógrafo en 1903; la empresa algodonera en Saladito, Chaco, en 1904, decidida después de suntuosas elucubraciones económicas y concluida con estrepitosa bancarrota, son otros dos intentos previos, de distinto origen pero de igual significado. La primera representaba la aventura. La otra contemplaba una reiterada índole quiroguiana: su vocación, sin aptitudes, de hombre de negocios. Todas sus empresas comerciales se iniciarían bajo el auspicio de una sensatez aparente y concluirían en el fracaso. En su radicación en Saladito hay mucho de entusiasmo literario ⁽³¹⁾. Pero en estas tentativas hay algo que es profundamente auténtico: es su condición de honesto hombre de trabajo que sabe vivir de la tierra sin violarla. Si la aventura de la vida natural comenzó por el prestigio de un mito y el impulso de la hazaña, posteriormente significó algo entrañable a su esencia. Allí él fue auténticamente quien quería y quien debía ser: el amigo de los seres y las cosas, el hombre que sabía inclinarse hacia la tierra con paciencia y amor. No hay nada de literario en el final, no ratificado por la realidad, que planeó para su existencia: "He de morir regando mis plantas y plantando el mismo día de morir" ⁽³²⁾.

Sobre el tema de la hurañía de Quiroga para con los hombres nos remitimos al invalorable libro de Ezequiel Martínez Estrada, "El Hermano Quiroga", donde se esclarecen los límites y significado de la so-

(31) "Amigos del alma: es la 1 p. m. de un día tan lleno de primavera tibieza que me he sentado en el corredor con la guitarra, el monte claro al frente; y he tocado deires de enérgica melancolía. El viento del Norte me trae no sé qué quejidos lejanos de yacarés del Tocantinos, siestas de sol y ocho años, cuando uno es chico y se tiende en el patio con las manos sobre la cara. Una bandada de patos ha cruzado por encima mío, buscando la bisectriz de su eterno triángulo en marcha. He sentido claramente la música de sus regímenes [sic] contra el aire, música con algo de órgano y desesperada libertad". Carta de H. Q. a J. M. Fernández Saldaña —Maitland— y Alberto Brignole. — Saladito, junio 23 de 1905. También en carta al primero, fechada en Paraguay, Puerto Alegre, enero 29 de 1907, dice: "El otro día vi pasar dos papagayos, asustados aún de Orellana".

(32) Carta de H. Q. a E. M. E., del 21 de mayo de 1936.

ledad del cuentista. Pese a la exclamación que transcribimos antes, "¡Qué inmundos pillos estúpidos!", Quiroga no puede pensarse como un misántropo. Por el contrario, hay en él una tendencia de acercamiento hacia los hombres que pasaron por su existencia y a los que atrajo con objetividad, pero con simpatía, hacia el mundo de su narrativa. Quiroga nunca echó a los hombres al diablo: fueron su gran tema.

"Yo he dado tal vuelco en cuestión de miras y procedimientos de arte que de cinco años a esta parte he mudado de pellejo con ideas y todo" ⁽³³⁾.

Las cartas de Quiroga a José Ma. Fernández Saldaña fechadas entre 1903 y 1913, y las de Quiroga a José Ma. Delgado fechadas alrededor de la aparición de *Cuentos de locura*, de amor y de muerte, 1917, son dignas de una atención especial puesto que coinciden con épocas de intensa creación literaria. Desde este punto de vista permiten una penetración tal en la intimidad del escritor que nos dan a conocer el clima espiritual del artista, sus planteamientos estéticos y franquean el conocimiento del proceso de composición de un cuento —"La lengua"— y algunas circunstancias sentimentales que darán origen al tema de *Historia de un amor turbio*.

Ya hemos señalado el significado vital y biográfico que tenía el cambio de gustos literarios y no escapará al lector que en la enérgica manera de detestar a D'Annunzio se compromete algo más que una opinión del crítico: es la piedra de toque de una nueva personalidad. Por eso nos ha parecido elocuente el epígrafe: "...he mudado de pellejo..." y lo hemos elegido para caracterizar el período de la creación literaria en la época pre-misionera de Quiroga.

Así como antes habíamos considerado a través del epistolario la evolución y maduración del hombre en su estilo, en sus sentimientos, en su vocación, cabe ahora desentrañar lo relativo a la creación. Y no es ciertamente menos revelador bajo este aspecto. La primera etapa de la evolución del escritor se opera entre la publicación de *"Los Arrecifes de Coral"* y la aparición de *"El Crimen del Otro"*. En ese lapso, Quiroga tuvo otra de esas intuiciones avizoras de la nueva época que llegaba. Porque hay algo que es evidentísimo en su personalidad de crea-

(33) Carta de H. Q. a J. M. F. S., diciembre 24 de 1906.

dor y es su cualidad de "adelantado" del gusto. Siempre plantó los límites de la literatura un paso más allá y señaló con su propia obra el advenimiento de una nueva estética. En la primera época novecentista, cuando Montevideo vivía los arrobamientos sentimentales de un romanticismo tardío, Quiroga, desde la *Revista del Salto*, desde el *Consistorio del Gay Saber*, y luego con *Los Arrecifes de Coral*, agita la bandera del decadentismo, estética de transición y de escasa viabilidad, pero que hace entrar en juego valores técnicos que hasta entonces no contaban. No abrimos juicio sobre la validez de su intento, ni pretendemos establecer una interferencia con el proceso operado por Julio Herrera y Reissig desde *La Torre de los Panoramas*. Señalamos una simple circunstancia. En la época que ilustran estas cartas, Quiroga rompe con el decadentismo e ingresa en lo que podríamos llamar el sincerismo literario. "Sabe Dios que el mote de sincerista que me aplicaste es toda mi guía, mi esperanza y mi fe" ⁽³⁴⁾.

La nueva promoción de sus lecturas le ha abierto el horizonte de la avanzada europea y sabe que ya no es el tiempo de los amaneramientos. "Me alegra en ti la discreción de estilo, fuera ya de las torceduras del 1900" ⁽³⁵⁾. No hay en él nunca signos de detenciones ni de aferramientos a viejos estilos. Camina con la época y la traduce con su obra. "Sabes que las revistas están un poco cansadas de cristalinos poemas hueros y decadentes" ⁽³⁶⁾.

En cuanto a su propia obra, tenemos el testimonio de "El Crimen del Otro" como narrativa de transición entre el "Cuento sin razón pero cansado" y "Los perseguidos". La escasa narrativa creada por Quiroga antes del período bonaerense ⁽³⁷⁾ tenía por característica el exotismo, el amaneramiento, el aire enrarecido de la anécdota, pero sobre todo el cultivo del estilo formalmente decadente. "El Crimen del Otro" consagra el predominio del clima poeniano y la truculencia más desenfrenada, traducidos con una afectada impasibilidad ante el horror. Esta línea, que no es la mejor de la narrativa de Quiroga, había de proseguir hasta muy avanzada la evolución de su obra. Un camino colateral, decíamos, pero camino al fin, puesto que por él avanza hacia lo más esencial de la creación. En este período el escritor no ha encontrado todavía su tema, pero ya sí su estilo. Entre "El Crimen del Otro"

⁽³⁴⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S., diciembre 24 de 1906.

⁽³⁵⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S., octubre 19 de 1904.

⁽³⁶⁾ Carta de H. Q. a J. M. Delgado - Buenos Aires, mayo 9 de 1907. "nio", Año I, N° 9 y "Episodio", Año I, N° 19.

⁽³⁷⁾ En la *Revista del Salto*, véase, por ejemplo: "Para noche de insomnio", Año I, N. 9, y "Episodio", Año I, N. 19.

y el "Cuento sin razón pero cansado" no hay vestigios de comunidad. No es difícil descubrir las influencias que la literatura europea tuvo en este cambio, no ya de estilo en lo formal, sino en ese algo más completo y complejo que son las normas estéticas. Delgado y Brignole dicen: "Su cultura, su sensibilidad, eran totalmente europeas, y aún más en ese entonces, 'dernier cri'" (38). Lo cierto es que pese a su formación europea, Quiroga sabía oír las voces auténticas y sabía distinguirlas de las falsas.

Comentando un poema de José Ma. Delgado, dice: "¿No preferirías cambiar de árbol? ¿Localizar más el idilio? Tropo Europa..." (39); y más tarde: "A más reniego de la choza: me huele a Europa o a sentimiento falso" (40).

Hay en el narrador un claro instinto de lo auténtico y no está contra lo europeo por prurito americanista ni a favor de Europa por originalidad. Las influencias literarias de este período están natural e inteligentemente asimiladas. El influjo de Dostoievsky sobre "Historia de un amor turbio" está filtrado a través de una sincera y real experiencia de su propia vida y no se advierte el mínimo rasgo de imitación alentada por el entusiasmo juvenil ante el escritor recién descubierto, sino una total compenetración estética.

Expresaba veintiocho años más tarde: "Bien por su Dostoiewsky. Sabe Vd. que es uno de mis dioses. El hombre que ha visto con más profundidad los subsuelos del alma. Descuello en toda su obra a «El Idiota» y «Los Poseídos» (Besi). Releí no hace mucho la primera de estas novelas y «Crimen y Castigo», con el deseo de confrontar mis impresiones dispares sobre ambos libros. Como en mi primera juventud (creo haber sido el primero, tal vez en Sud América, que se empapó en Dostoiewsky. En «Historia de un amor turbio» se nota fuertemente su influencia). (1907)" (41).

Aparte de esta depuración y orientación del gusto hacia lo auténtico, queda por cumplirse el otro gran paso de su maduración de escritor: el encuentro del estilista con su tema. Éste habría de proporcionárselo Misiones.

Otra faceta interesante de los documentos que publicamos es la que nos descubre al escritor instalado en su época. Los primeros treinta años de este siglo muestran una constelación de buenas publicaciones

(38) Obra citada, pág. 94.

(39) Carta de H. Q. a J. M. Delgado - Buenos Aires, 9 de mayo de 1902

(40) Carta de H. Q. a J. M. Delgado - Buenos Aires, 19 de abril de 1903.

(41) Carta de H. Q. a E. Martínez Estrada - Agosto 19 [de 1936].

literarias que daban cabida a la producción de la no menos rica pléyade de excelentes escritores montevidéanos y bonaerenses. Ciertamente Horacio Quiroga fue una de las figuras más cotizadas de este período literario, cuyos alcances no han sido todavía avaluados. Mucho ha escrito en el período de 1905 a 1912 y de 1917 a 1927 para las revistas, especialmente para *Caras y Caretas* ⁽⁴²⁾.

Durante una buena parte de su vida, Quiroga vivió de la pluma. "Vamos bien por aquí, aunque un tanto pobre. Vivo de lo que escribo. C. y C. me pagan \$ 40 por página, y endilgo 3 páginas más o menos por mes. Total: \$ 120 mensuales. En esto vivo bien. Agrega además \$ 400 de folletines por año y la cosa marcha" ⁽⁴³⁾. La producción de esta época consiste en una narrativa de compromiso. ⁽⁴⁴⁾. Entre las decenas de cuentos escritos bajo la urgencia del dinero, sólo unos pocos tienen la calidad creadora del gran Quiroga. El resto implica el desgastado ejercicio de una técnica adquirida desde tiempo atrás. Esa necesidad de escribir urgido por el plazo, hizo que Quiroga fuera un ávido buscador de temas. Así se nos muestra en el epistolario a Fernández Saldaña, donde curiosamente el lector podrá seguir el proceso de creación de uno de sus cuentos de compromiso. Las cartas XXXII, XXXIII y XXXIV se refieren a la composición de *La lengua*, cuento que en sí mismo no justifica ninguna generalización sobre el proceso creador en Horacio Quiroga, puesto que es sólo una endeble muestra narrativa ampliamente superada, pero que nos permite conocer una de sus técnicas de composición.

"Hay que excusar a los amigos, cuando pasan quebrantos de verdad" ⁽⁴⁵⁾.

⁽⁴²⁾ La viuda de Quiroga, Sra. María Elena Bravo, tiene en su poder un registro completo, llevado por el escritor, de todas las colaboraciones en las revistas y la remuneración recibida en cada caso.

⁽⁴³⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S., San Ignacio, marzo 16 de 1911.

⁽⁴⁴⁾ Recordemos lo que expresa Horacio Quiroga a Ezequiel Martínez Estrada en carta del 26 de agosto de [1936]. "Valdría la pena exponer un día esta peculiaridad mía (desorden) de no escribir sino incitado por la economía. Desde los 29 o 30 años soy así. Hay quien lo hace por natural descarga, quien por necesidad; yo escribo por motivos inferiores, bien se ve. Pero lo curioso es que escribiera yo por lo que fuere, mi prosa sería siempre la misma".

Pese a lo expresado por el propio Quiroga nos atrevemos a expresar que gran parte de su narrativa tiene el estigma de lo apresurado y lo deleznable debido a esa circunstancia de la creación.

⁽⁴⁵⁾ Carta de H. Q. a J. M. F. S., San Ignacio, setiembre 26 de 1935.

Decía Arturo Sergio Visca en el prólogo del primer tomo de las *Cartas Inéditas de Horacio Quiroga*: "Cuando observamos dos retratos de un mismo ser en dos épocas de su vida, lejana una de la otra, nada más interesante que comprobar como el tiempo ha ido modificando ese rostro hasta convertirlo casi en otro distinto a pesar de la existencia en ambos de algunos rasgos persistentes". El grupo de cartas más importante de este tomo, las destinadas a José M. Fernández Saldaña, muestran una galería de rostros de Quiroga. Una galería que despierta curiosidad, emoción, a veces desagrado, siempre interés. Un primer retrato, el del joven escritor de veinticuatro años, seguro de sí mismo pese a la incertidumbre del porvenir; petulante, con aires de magíster, pide cuentas del destino de sus amigos y ejerce la crítica con tono autoritario. De una u otra manera, es todavía el Pontífice del Consistorio. Desde 1913 hasta 1934, un largo silencio epistolar que sabemos cargado de vida intensa: la muerte de Ana María Cirés, la crianza y educación de Eglé y Darío, la creación de lo mejor de su obra, su segundo casamiento. Y entonces, a través de once cartas aparece el último retrato de Quiroga, a los 54 años. Es el rostro de un hombre doblegado, sencillez; un poco inhibido ante sus amigos influyentes. Le cuesta encontrar el tono adecuado para solicitar sin genuflexiones y sin altanería. Pero su innata elegancia de estilo por un lado, y el afecto fraterno del destinatario hacen que lo encuentre.

Este último Quiroga, presentado en un escorzo nuevo, menos profundo, menos confesional que aquel que surge de la correspondencia a Ezequiel Martínez Estrada, tiene en cambio la simple franqueza que usa en la vida familiar. Por eso se ha producido ese desglosamiento tan significativo y lógico. El nuevo amigo es el depositario de lo más sustancial de la etapa 1934-1937. A él se aferra y le confía su intimidad temblorosa y asombrada de sí misma; el derrumbamiento de los años viejos y esa pequeña pero poderosa voluntad de vida que lo apega a la lenta sabiduría de la tierra y las plantas. Y los viejos amigos que fueron testigos de su señorío intelectual, que festejaron sus detonantes posturas de dandy, que vivieron a la sombra de su prodigalidad, ven volver a un Quiroga enternecido que ya no tiene, para asombrarlos, nada más que sus desdichas.

Esta es tal vez la última imagen —melancólica imagen— que nos deja este epistolario. Como decía el pequeño filósofo Azorín, "vivir es ver volver". ¿Pero quién es éste que vuelve por el camino de la vieja

[*Saladito, octubre o noviembre de 1904*] (1)

El mar estaba en calma, pero una calma noble
como los viejos cetros de corazón de roble.
El cielo amoratado, cuajado ya de estrellas
que reflejaba el agua en trémulas centellas,
era tan dulce como la fruta consabida.
Con 25º gozar es de la vida,
aún más cuando el invierno cede a la primavera,
y la feliz pareja se encuentra en la Riviera.
La dama, ya no joven, tenía el decadente
perfil de quien ha sido muy fría y muy ardiente
según sean los libros últimos que ha leído.
El tenía la fiebre del terciopelo ardido;
paseaba por Europa su airón de doctorado,
sobre el muñón antiguo que duerme sepultado
en dos libretas viejas, escritas a un amigo.
No obstante bien prendida la tiene en el ombligo
la vieja cepa heroica, que a veces no retoña
pero que libra al tronco de todo lo que es roña,
positivismo y todo, aunque mentir queramos.
La vida sigue el curso; vamos a donde vamos,
aunque el equivocado sea el que ríe fuerte.
La sensatez que huele a tapafalta y muerte,
maldito quien la impuso como un termocauterio.
No es nada ser hipócrita, ser bandido o ser serio;
la infamia es convertirse en cuerdo siendo loco,
meter todo el pasado dentro del mismo foco
—cajón de almacenero o agricultor mentido (2).—
Debajo de la blusa se escapa mi resorte
y brotan mis dos alas, por más que me las corte.
Ah infamia de ser cuerdo, procurador de arados,
o médico —que un poco te toque en los costados—
trepar sobre los años que vienen —puta vida—

con la escalera hecha con mi pasada vida,
 peldaño por peldaño, mi profesión perdida,
 mi viejo sobretodo de tela ya raída,
 metiendo la cabeza, heroica de talento,
 dentro de la solapa para atajarme el viento.
 Maldito quien dispuso la vida de este modo
 hundiendo mis pies finos en el espeso lodo
 que dejan los arados cuando ha llovido en grande
 Uno por uno, todos se van en el desbande:
 Tú, al cabo, con tu dama lo pasas felizmente.
 Pero yo estoy perdido, y doy diente con diente
 al verme tan cobarde, tan lírico y tan triste.
 Todos los viejos males de cuando tú viviste
 conmigo algunos años, me abordan estos meses.
 Y cómo me he engañado, y cómo pago a creces
 la estúpida creencia de ser hombre de plata ⁽³⁾.
No sirvo para nada: mi vida se dilata
 como un metal al rojo, mas sin cambiar de peso.
 Ahora, con más años, más calmas y más seso,
 no valgo más que entonces, cuando recién sufriste
 de neurastenia. Amigo: el caso es duro y triste.
 Mas estas desazones ¿son de naturaleza?
 Será verdad que todo lo que hay en mi cabeza
 es duda, desaliento, dichas retrospectivas?
 Estas mis confidencias, tan nobles y efusivas,
 dicen que yo estoy muerto para la gloria de antes?
 Oh mis pasados años, nuestro tesón de Atlantes,
 la fe que nos teníamos, la luz de la mirada,
 esa franqueza regia de no dudar de nada,
 perdida: lloro, amigo, la dicha que perdimos.
 A ti, grato entre todos, pregunto: di, qué hicimos?
 ¿Es por ventura grande ser médico o abogado?
 Eres capaz, responde, de ir hasta el pasado,
 pensar en él un rato, dejar las ironías,
 —mediocridades áureas que entonces no sentías—
 virginizar la puta de todo trapo justo
 que hace creer que siempre fué su ropaje augusto,
 y ver el vergonzante estado del presente:
 tú tienes la carrera, tendrás plata decente.
 Dices: la vida es vida, la dama es buena cosa.
 Insano es el esfuerzo, tengo color de rosa,

luchar no es bueno. Al cabo, quien venga atrás que arree.
Perdona que la fuerza antigua te desec.
Antes eras más fuerte, El mío es otro caso.
Yo di más martillazos, con más heroico paso
pero no es nada. Gloria, gloria es lo que deseo.
Aún más que gloria quiero talento que no veo.
Yo como tú comprendo que es bueno hacer el tonto,
dejar que otros se ahoguen cruzando el Helesponto,
y echar un velo a aquello difícil de tenello;
pero lo que uno piensa de niño es lo más bello;
¡lástima que al ser hombres perdamos la energía.
Y aunque digamos todos con gritos a porfía
que la locura es mala, que es justo ser sensato,
cuando algún libro leo, libre de vil recato,
siento que la agonía me baja todo el pelo.
Yo quiero ser el mismo de nuestro viejo anhelo,
tender sobre mi nombre la pose de gran hombre;
quiero tener talento, aun genio, y que se asombre
mi amigo, cuando lea un nuevo libro mío.
Yo aguantaré por todos nosotros, diré cosas
tan bellas, que crepiten las tumbas y las losas,
diciendo: quien tal dice, luchó pero ha triunfado.
Y tú, ¡lástima grande que al fin te hayas quedado,
con un talento sacro, tan sacro como el mío.
Siempre te he respetado como a un doncel bravío
capaz de marchar junto conmigo, que te escribo.
Cuando yo sea grande, y tú estarás aún vivo,
y vengan a decirme que tengo gran talento,
y miren con respeto mi pelo ceniciento,
y sin notar siquiera que tú estás a mi lado,
yo te daré un abrazo y me pondré al costado
tuyo, diciendo: este otro pudo haber sido heroico.
Qué lejos se ha quedado tu aspiración a estoico,
cual reza en la libreta donde te presentaste!
Con cuánta noble envidia tú mismo me miraste,
y te miré yo mismo, pues éramos iguales.
Teníamos tal fuerza para los vendavales
futuros, que temíamos sobrepasar a Hugo!
Pensar que al poco tiempo tú fuiste el verdugo
de tanta bella gracia de adolescentes puros.
Vencido —o sobrepuesto— a tus estudios duros,

fuiste como el gusano de seda que con ansia
se teje su mortaja con su propia sustancia.
Y junto a esos recuerdos Jaureche saca muelas
y Asdrúbal se estremece pensando en las viruelas (*),
aunque es verdad que el pobre tiene un pulmón deshecho.
Sabrás que le han herido en la mitad del pecho
con una bala. Estuvo muy mal según dijeron.
Quedó yerto en el campo, y no le recogieron,
teniendo que arrastrarse de roca sobre roca,
echando bocanadas de sangre por la boca.
El bizantino! Ahora creo que está curado.
Julio me ha escrito y dice que se vendrá a mi lado
por unos meses. Cosa muy buena de pensarlo.
De noche. Son las 8. Tengo melancolías
de amor, como quien llora por los más dulces días.
La rubia (5) me atormenta con su recuerdo eterno;
tengo la boca dulce y el corazón tan tierno
que río acongojado con fugitiva histeria.
Es cosa bien ambigua y ciertamente sería
tener tal confitura dentro del pecho mismo;
con todas mis crueldades y todo mi cinismo
intelectual, ser suave al amoroso empuje;
por cierto no el amante desflorador que ruge,
sino el enamorado de todas las amadas,
dulces como las dichas por siempre ya pasadas,
tan tiernas como el pecho de las sobrinas caras.
Amo a las inconstantes, cuyas gargantas claras
arrullan. Fuera de esto, yo arrullo por lo mismo.
Yo, como León Plozowski, tengo el bizantinismo
de enamorar, y luego dejar que otro la lleve.
(Plozowski es el amante de aquella amada leve
que Sienckiewicz nos pinta en su "Sin dogma" cierto)
Siempre naufrago cuando ya estoy dentro del puerto,
con todo el subsiguiente llorar de los fallados.

Corto tan rara versificación y continúo en vil prosa. Como hacía tiempo que ni siquiera disparataba en verso, esta retahíla me ha consolado un poco. En consonancia con todo lo anterior, más o menos verdad, admiro tu carácter en eso de tu aventura. ¿Cómo diablos haces para no apasionarte, cosa la más ineludible para mí en tales casos? ¡Curioso individuo! Preciso es convenir en que tu romanticismo

es todo intelectual, pues sino: una dama de mundo, en Europa, a ti, perdido allí, viajes juntos, etc. — Yo estoy al palo hace seis meses; por donde haz una cabalgada por mí. A propósito: ¿no practicas con ella lo consabido en Francia? Me gustaría saberlo, a falta de hacerlo.

De Muñecas ⁽⁶⁾ no he tenido noticias. Temo que lo de la enfermedad de Madame sea el cuento del amor; aunque ojalá fuera cierto y diera en desaparecer, para dicha del amigo. Dime cómo hallaste a Muñecas en literatura: rumbos, etc. Creo no andará contigo.

Lugones publicó "El Imperio jesuítico", producto de nuestro viaje a Misiones. Es historia con algunos toques de escritor. Si antes no leíste "La familia Polaniecki" de Sienckiewicz, léela. Para mí es casi el ideal de lo que quisiera hacer, en cuanto fondo. Siempre esta maldita lucha de las ideas. Pudiendo decirlo más o menos bien, apenas se me ocurren asuntos. Muñecas, en cambio, sin la facultad de realizarlo, tiene ideas espléndidas de cuentos. Así en todo, desde el peinado hasta esto, es decadente el tal.

No vendrás hasta principios del entrante año. Hacia Febrero iré a B. A. y Salto por unos meses, de donde es posible nos veamos en tal época. Mucho charlaremos. Ahora que recuerdo, "El haschich" ⁽⁷⁾ gustó bastante, siendo el cuento que más llamó la atención cuando le publiqué. Es el que *me reveló*.

Adiós amigo, y que seas feliz en todo lo que emprendas, vicioso o magistral, hasta que nos veamos

HORACIO.

SEGUNDA PARTE

CARTAS A JOSÉ MARÍA DELGADO (I a XXXVII) ⁽⁸⁾

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

I

Buenos Aires, Abril 1º 1903

Mi querido amigo: Antes de ayer llegó tu carta con profusos versos, demasiado profusos para ser buenos. Con la sinceridad que entiendo debe usarse en estas cosas, una de las composiciones — “El Sueño de René” no me gusta. Está escrita muy a la ligera, y su misma pobreza se explica por la falta de rima: ésta será la dificultad del verso, pero es también su fuente de riqueza por aquello de lo mucho que puede sugerir una sola palabra. Después, el tal sueño es muy impreciso; y como al mismo tiempo es largo, resulta cansado. — “Alma de los trópicos” es mejor, aunque débil a su vez. Los versos 5º y 6º son buenos, lo único legítimo. Las dos composiciones se resienten de pobreza de asunto, que es hermoso divagar, pero cuando el cuadro y personajes están bien delineados. Lo que mata esos versos es su facilidad. Hay que trabajar un poco más, mi buen amigo. La poesía es cosa muy seria para entretenerse como quien se corta las uñas distraído para pasar el tiempo. Por lo tanto, esmérate con esos versos, retócalos o haz nuevos que sería lo mejor. Sin que todo esto implique un desánimo bochornoso, porque si hacer versos malos es malo, abandonarse es peor. Todo esto que te digo a ti me lo vengo diciendo desde hace 5 ó 6 años, razón de sobra para que creas en mi buena voluntad al decirte todo esto.

En cuanto a mis cosas, todo lo que hago ahora son cuentos largos, y por lo mismo difíciles de mandar, aunque tendría opimo gusto en ello. Te enviaré los primeros versos que haga.

Finalizo rogándote entregues esta carta que te envío a Brignole lo más pronto que puedas — Recuerdos a Asdrúbal y un abrazo

HORACIO QUIROGA.

II

Buenos Aires, Junio 13 de 1903 (º).

Mi buen amigo: En vísperas de un largo viaje —del cual por cierto estoy encargado de llevar el diario— te envío un buen abrazo de amistad y estímulo, este último ¡ay! bien poco común en esa tierra de perpetua meditación estéril. Me supongo continuarás en las trece de hacerte un nombre, sana y dolorosa cosa. Si algo tienes hecho mándamelo. De paso te diré que leí a Lugones algunos versos tuyos, y —como yo— halló que eran una firme promesa. No por eso te vayas desgraciadamente a cristalizar en esa forma fácil y deshilvanada. Yo, que he pagado a ello buen tributo, voy regenerándome a fuerza de trabajo. Si algún día puedes leer el artículo de Maupassant que sirve de prólogo a su novela “Pedro y Juan”, hazlo, porque se aprende.

He escrito bastante; algún día leeremos. Días pasados comencé a escribirte una larga epístola-historia en verso, con el sano objeto de pasar el rato. Te la envío inconclusa.

Que trabajes y un cordial abrazo.

HORACIO.

Mi nacimiento, en suma, fue como el de cualquiera:
mi madre sonreía con su candor de cera,
la sirvienta prolija buscaba ropas blancas,
y el médico admiraba sus formidables ancas.
En tanto yo gritaba y me callaba a ratos,
tal como los canarios cuando ven a los gatos.

Después vino la infancia con sus descomposturas,
despertando con ella las vocaciones puras.
Todas las criaturas que jugaban conmigo
llevaban de mis dedos la marca en el ombligo;
si bien algunas veces —y éstas no fueron pocas—
ponía mi hombradía ya sólida en sus bocas.
El tiempo iba corriendo, y con él avanzaba
mi afán de hacer posible todo lo que miraba.
Aquellas amiguitas de mi infancia primera,
untuosas por la savia de mi audaz primavera,
continuaron jugando conmigo todo el día,
Inés, Teodora, Antígona, Berenice y María.

Inés era graciosa como una pluma blanca;
hija de una familia poderosa en la banca,
su regia compostura daba placer al hombre.
Mi boca era tardía en pronunciar su nombre
en fuerza de gustarle como una golosina.
Su voz precipitaba la fiebre vespertina
que mata a los amantes de las baladas rusas.
Sus manos deponían ilusiones confusas
en todo. Pocas veces se entregaba de veras.
Era rápido el tiempo llorado en sus caderas.
¡Qué más! Poco duraron nuestros momentos claros.
Teodora fue enseguida con sus placeres raros.

.....
.....
Todos los sinsabores del dolor a mansalva
moraban en los pliegues de su infranqueable valva.
Su vientre recusaba toda función tranquila,
e iba, triste, siguiéndola, como un perro a la esquila.
Sus sedas exhalaban monótonos delirios,
sus ojos se incendiaban en ardientes colirios,
y entre sus muslos blancos mi vida se fundía
ante el cristal de aquella decadente María.

Fue Antígona la casta doncella. Sus caricias
son para mis recuerdos adorables albricias.
Paseábamos de noche por las frondas caseras
bajo los paraísos que bordan las aceras.
Vivía al lado nuestro; su familia era pobre
como las cercanías de un manantial salobre.
Desde la puerta hablábamos cuando había llovido,
y entonces recogía con su mano el vestido.
¡Cuántos besos volaron en las tardes mojadas!
El viento sacudía sus enaguas caladas,
sus aros, que tenían un ópalo en el centro;
como a los dos a un tiempo nos llamaban de adentro,
soplábamos un beso, riendo, sobre las manos.
Estos idilios blancos son siempre bien humanos.
Todo pasó, no obstante. Una gran epidemia,
temblores, fiebre, vómitos; ya casi al fin, uremia,
arrebató su vida, como una cosa fácil,
y así revive ahora su cuello largo y grácil,
la plazoleta, Antígona y su pobreza tierna.

Berenice es el símbolo de la belleza eterna,
su vida es un esfuerzo hacia la forma estricta;
todo lo que —en resumen— la desazón nos dicta
cabe en su esencia, puesto que el sufrimiento crea
el verso, el embarazo mensual de la marea,
la vida, que es un simple esfuerzo, y por lo tanto
llena de contracturas dolorosas; y el llanto
de las recién paridas es igual al chirrido
del cabrestante, el torno o el alambre torcido
que llora con el mismo dolor de las paridas.
Como las Adalgondas nevadas, o las Idas,
Berenice, mi amor celeste era alta y flaca.
Sus manos se afilaban en tersuras de laca;
por la noche leíamos bajo el parral sombrío,
del cual se divisaba la palidez del río.
Berenice tenía dieciocho años. Nada
era tan silenciosa como su voz velada;
tenían los rubíes de sus manos desnudas
el trágico decoro de las princesas mudas
que entierran por sus manos a sus amantes muertos...

III

[De una carta perdida, enviada en 1905 o 1906] (¹⁰).

EL PAYASO DORMIDO

Dormía como un niño, con su clara
vestimenta de clown; ancho consuelo
daba la ingrata claridad del suelo
a su fastuosa noche de algazara.

Su boca carmesí, de tinta rara
reía alegremente bajo el cielo,
afirmando esa púrpura hasta el pelo,
el almidón espeso de su cara.

Desvirtuaba ese cáustico diseño
toda posible placidez de sueño.
Movido a compasión tracé a su frente

en las dos comisuras de su risa,
una pequeña diagonal de tiza
a fin de que durmiera gravemente.

IV

B. Aires, Mayo 9 - 7

Mi querido amigo: Esta mañana llegó tu carta, tan inesperadamente como grata a mi cariño. Enteréme de que tío Pepe —creo se llamaba así— había muerto. Nada sabía, y supongo no habrá impedimento para que continúes tus amores hortelanos.

Al leer tus versos ⁽¹¹⁾ he corroborado la opinión —imprecisa antes [de] ahora— que de ti tenía: paréceme que eres poeta de verdad, incontestablemente. Y lo que es más raro y más bello, poeta de la pena melancólica. Con todo esto excuso decirte que me han agradado. Pensé en seguida darlos a C. y C. ⁽¹²⁾, pero he notado algunos ligeros descuidos —perfectamente nimios para nosotros— pero importantes para C. y C. Te los diré, por si quieres corregirlos.

Verso 18: cesura un poco forzada. No podías poner “*en* cuya sombra”, en vez de “*a* cuya sombra”? El sentido sería poco menos el mismo, y el verso ganaría mucho. Mejor aún si pudieras corregir más, reforzando el ritmo.

Versos 22 y 23: C. y C. hallará mal que el paso llegara a llenarle la boca de pan. Creo que tendría un poco de razón. Si puedes y quieres corregir en este sentido, más o menos:

.....cual si oyera el leve paso
de la que no hace aún un año, a la hora del ocaso,
etc.

Tal vez te sepa a prosaico eso *de la que*; cuestión de gustos, amigo.

Verso 25: — También diéresis forzada: oscura *a* una, etc.

En todo esto que te he indicado se detendrá C. y C. Acuérdate de la vez pasada. Yo creo que si puedes corregir, todos ganaremos: tú, yo, C. y C. y el bello ritmo y la clara expresión.

Ahora te haré indicaciones mías.

Verso 8: Más natural y dulce sería: ... “*a* besarme *las manos*”, que es lo que hacen los buenos perros. Para eso habría que retocar el 1er. verso de la estrofa. Ahí cabría bien un sirviente de cabellos canos o cosa así. Me gustaría más que el esclavo africano. Sobre todo para conciliar con el tono de sencillez poética de cosa que ha pasado,

que predomina en el tono general, y en especial con el perro *que anda sin alma*, lo mejor para mí de la poesía.

Verso 10. Las hojas, en general, andan *por* no *sobre* el aire. No cuesta nada, verdad?

Estrofa 4ª — Para mí, está de más. No refuerza ni aclara, ni creo esté a la altura de las otras, ni mucho menos. En quitándola, como en la estrofa siguiente se repite en seguida *buscando*, se haría algo por el estilo:

“Así vamos yo y el perro, entre la niebla flotante.

Allí esta la verde encina, en cuyo,” etc.

¿No preferirías cambiar de árbol? ¿Localizar más el idilio? Tropo Europa...

Verso 20: Signo admirativo en instante. En las melancolías de amor no quedan mal esas cosas.

Verso 24: No te gustaría más:

...“llegaba riendo a llenarle de azúcar y pan la boca”—? Aunque más no sea para romper el *pan de azúcar*. El ritmo gana.

Verso 25: diéresis dura: oscura a — una, etc. La posible composición sería aquí más difícil; pero el verso, amigo!...

Verso 28 - No te agrada:

...“y que en el viento *se fueron*”, etc? — Esto es pura cuestión de gusto.

Ahora, joven poeta, te aconsejo que trabajes más tus versos. Si una elegante negligencia de amateur es linda, mucho más lindo es hacer versos completos para ti y todo el mundo. Cuesta un poco, pero la conciencia tranquila vale mucho en literatura, cuando uno deja la pluma satisfecho, sabiendo que ha hecho humanamente todo lo que se puede dar. — Si el trabajo te asiste y la voluntad de hacer obra completa va a ti, te pronostico tranquilamente el primer puesto entre los poetas de ésa y de ésta, incluso *yo* y excluso Lugones.

Como sé que a C. y C. gustaron tus versos del Regimiento, estoy seguro de que éstos le agradarán más. Sabes que las revistas están un poco cansadas de cristalinos poemas hueros y decadentes. Una nota como el “Jardín destruido”, fresca, juvenil, es excelente para C. y C. (13).

Otra cosa: Si trabajas, te vas a caracterizar por golpes de romántico naturalismo: “la ansiedad del agua en las raíces” — “el perro sin alma” — “llenarle la boca de pan” — etc.

Y se acabó. Contéstame cuando lo creas conveniente. Da recuerdos a Asdrúbal cuando le escribas, pincha a Maitland ⁽¹⁴⁾ para que se venga de una vez, y un abrazo.

HORACIO.

V

B. A. Julio 26 - 7

J. M.: Me dijo Pardo de C. y C. que había perdido o extraviado tus versos. Te manda pedir copia, urgente. Mándamela a mí. Abrazo.

HORACIO.
Maipú 951

VI

[Buenos Aires, agosto de 1907] ⁽¹⁵⁾

...Esto es una estupidez, pero como Pardo es retórico, español y comerciante, exige eso. ¿Qué te parece? Supongo que en primer momento te indignarás, y nada más justo. Si quieres mi consejo, te diré que en tu lugar corregiría, desde que no se te pide anulación de idea, sino limpidez de versificación. Y como hay que sembrar para recoger, y como se siembra sudando y no jugando, y como, en el fondo, uno cree que lo que ha hecho, no puede admitir corrección sólo por haberse acostumbrado, te aconsejo en tal sentido...

VII

B. Aires. Octubre 14 - 7

Querido José María: Te escribo, entre otras cosas, para hacerte saber que desgraciadamente tu dinerito de C. y C. llevó el mismo destino que el de Maitland. También como con éste, resultó que cobré tus 20 \$ un sábado de tarde, y como ya no había tiempo de girar, quise hacerlo el lunes; pero como entre tanto me había quedado sin

plata, la emprendí heroicamente con tus 20 \$, diciéndome que haciéndome más falta eso a mí que a ti, justo era los gastara yo. Esta es la historia del precio de "Jardín Destruído".

Sabrás que estamos llenos de revistas, C. y C., Pebete, Pulgarcito, Papel y Tinta, Tipos y Tipetes. Esta última paga muy bien, y Papel y Tinta está muy urgida de colaboración. ¿Por qué no aprontas algo?— Maitland va marchando con suerte en C. y C., aunque ya Cao le ha mandado decir que *dibuje bien*, magüer los asuntos sean lindos.

Deberías hacer otro viajecito. Si se te ocurre, ya sabes que aquí el asunto comida y cuarto es cuestión nuestra.

Entre tanto un fuerte abrazo

HORACIO.
Maipú 951

VIII

B. Aires, Abril 19 - 8 .

Querido José María: — Recibí tu carta, con versos. De éstos diré que no me agradan mayormente, tal vez por parecido (inconsciente, claro!) a cosas ya hechas por poetas franceses, acaso por resentirse de la facilidad con que los hiciste, según propia declaración. En detalle, gústame toda la 2ª estrofa y versos sueltos de las otras. A más, hallo un poco débil el ritmo. A más, reniego de la *choza*: me huele a Europa o a sentimiento falso. Pero como todo esto no es sino impresión mía, sigamos adelante. Darélos a C. y C. cuando me los mandes, aunque pareceríame mejor sin ilustración de Maitland.

En el 4º y 5º verso hay dos *bajo*: ¿no te sería más rico variar eso?—

Las chozas no tienen tejado; mas si te parece lo mismo, déjalo.

Si tienes prontas *las campanas*, envíamelas. Sabrás ya de sobra que ese tema es viejo y famosamente tratado por Poe y Schiller. De modo que mucho cuidado, y fuerte con la expresión e impresión personales.

Por aquí andamos tal cual, Brignole con su mujer, sus sociedades, su pipa y su amargura, y yo, como Dios me da a entender, madurándome siempre para mi definitivo viaje a Misiones.

De modo que punto final, y un abrazo.

HORACIO.

IX

B. Aires. Noviembre 1º - 8

Querido amigo: Mando hoy a Maitland un libro para ti ⁽¹⁶⁾. Como vives en un país tan endemoniado, he temido no alcanzaran hasta ahí los carteros cargados.

¿Qué tal? Tiempo hace no sé nada de ti. Si aún vives y no te han ganado esa tu seudo barba de antes al póker o juegoito similar, Dios te ayude y vente a pasar un par de días por aquí. Un buen abrazo.

HORACIO.

X

Buenos Aires, marzo 29 de 1917

Querido José María:

Recibí hoy tu carta. Creo que Brignole, F. Saldaña y el amigo Gil, no entienden un zorro de estas cosas. ¿Por qué creen que no debes publicar ningún trozo de la tal Perla? ⁽¹⁷⁾. Si es porque así no se puede apreciar debidamente, poco argumento es, desde que con todo trozo pasa eso, ya sea del mismo Hugo. Lo que se pretende con la publicación de un trozo, no es precisamente dar a gustar una maravilla trunca, sino dar una idea de lo que podrá ser el conjunto. Tal un beso de una mujer deseada. Desde que el mundo existe, ningún escritor ha escapado a ese preliminar levantamiento de falda: si el resto, luego, no responde, no es culpa del lector, precisamente.— Dilo así al terceto, o léeles todo esto.— Pero si a ti no te parece bien adelantar un trozo, tú eres perfectamente parte y juez.

Me acuerdo, a este respecto, que la idea que te di para completar *La Perla* — cuando leíste la cosa, era muy buena, de un efecto poético y escénico seguro. Pero como no te pareció bien, no insistí, por simple deber de mutuo respeto: eras muy dueño de ver a tu manera, y de entender más que yo en tus asuntos.

Tal temperamento te aconsejo, respecto de los mirones de afuera. Si te parece bien, hazlo. En todo caso tendrías de tu lado mi opinión, que vale en esto de publicación, diez mil veces más que la de los tres mirones.

En cuanto a lo de Asdrúbal, éstos son asuntos exclusivamente tuyos.
No dejes de responderme. Tuyo

HORACIO.

XI

Buenos Aires, junio 8 de 1917

Querido José María:

Hoy me llegó tu carta —y más sabrosa no se puede. Dada la estimación romántica que tengo por tu trabajo, aquélla me halaga sobremanera. No se me escapaba que *La meningitis*, *Estación de Amor* y sobre todo *Isolda* te iban a gustar —y en particular ésta, por lo que tienen de amor llorado. Pero no esperaba eso de los cuentos de monte. Tanto más me agrada, pues, tu opinión sobre éstos. Para mí, uno que no has nombrado es de lo mejorcito: *Alambre de púa*. Creo que la sensación de vida no está mal lograda allí.

Cuando he escrito esta tanda de aventuras de vida intensa, vivía allá, y pasaron dos años antes de conocer la más mínima impresión sobre ellos. *Dos años* sin saber si una cosa que uno escribe gusta o no, no tienen nada de corto. Lo que me interesaba saber sobre todo es si se respiraba vida en eso; y no podía saber una palabra. Cuando venía por aquí cada dos años, apenas si uno que otro me decía dos palabras sobre esas historias, que a lo mejor llevaban meses ya de aparecidas cuando veía a alguien. De modo que aún después de ocho años de lidia, la menor impresión que se me comunica sobre eso, me hace un efecto inesperado: tan acostumbrado estoy a escribir para mí solo. Esto tiene sus desventajas; pero tiene en cambio esta ventaja colosal: que uno hace realmente lo que siente, sin influencia de Juan o Pedro a quienes agradar.— Sé también que para muy muchos lo que hacía antes (cuentos de efecto, tipo *El Almohadón*), gustaba más que las historias a puño limpio, tipo *Meningitis* o los de monte ⁽¹⁸⁾. Un buen día me he convencido de que el efecto no deja de ser efecto (salvo cuando la historia lo pide), y que es bastante más difícil meter un final que el lector ha adivinado ya: tal como lo observas respecto de *Meningitis*.

En fin quisicosas que aprovecho ahora para contarte.

Me agrada —y sobre todo me interesa, como comprenderás—

que el amigo Brum las vaya con su ex decadente amigo ⁽¹⁹⁾. Yo me entendía que el hombre no tenía idea de lo que yo hago ahora, por no leerme nunca; de aquí su sorpresa. Me interesa mucho también que el otro amigo Mezzera guste del libro. Tengo bajo sus auspicios un negocio de libro de lectura —los cuentos para chicos, de que creo te he hablado— que no desearía dejar enfriar para nada ^(19 bis). Cuando vaya un día de éstos charlaremos. Hazme el favor de no estar poco ni mucho resfriado.

Muy bien los versos. Con poco más, quedaban serios del todo. Indudable fluidez para los finales llorones. Yo también me he ocupado de parafrasear los tuyos, a raíz de la primera lectura de *El Regimiento* ⁽²⁰⁾:

Concluyó la batalla.
Sobre el césped cuajado de esmeraldas,
los soldados de ayer yacen de espaldas
deshechos por los cascos de metralla.

Aún la atmósfera sufre
la angustia de la pólvora quemada.
En el aire glacial no queda nada,
a excepción de ese vago olor de azufre.

Y aquí me quedé. Te los envío, como documento de impresión causada. Da recuerdos a la gente ésa. Afectos a tu casa, y un buen abrazo

[HORACIO]

XII

Buenos Aires, agosto 22 de 1918

Querido José María: Te mando la cosa ⁽²¹⁾. No hay como ser director de una revista que no paga, para tener prisa. Confío en que ahora me dejarás respirar por un par de números, por lo menos. Dentro de poco nos vemos ahí. Abrazos. Recibí el 2º número. Muy bien, aunque lástima que no tenga más volumen. Bianchi me ha prometido conseguirte algo.

HORACIO.

XIII (22)

Buenos Aires, diciembre 9 de 1918

Querido José María:— Acabo de hablar con Mercatali, el imprentero que hace los libros de la COOPERATIVA BUENOS AIRES. El libro te costaría a razón de 35 pesos por pliego (el pliego consta de 16 páginas), lo que hace \$ 280 para un libro de 128 páginas, \$ 315 para uno de 144, y 350 \$ para uno de 160. Esto, papel. El libro podrá estar pronto en 15 días. De la forma de pago no hablé por olvido, pero en el peor de los casos se arreglaría con la mitad adelantado. Los tres precios, al tipo actual del oro, hacen más o menos 107, 120 y 133 pesos oro uruguayo.

Amigo: ni que pensar entonces. Mercatali me dice que tiene ahora un papel más encorpado que el usado en la COOPERATIVA, por lo cual un libro chico luce más. Pero hay que andar rápido, pues el papel es ahora muy solicitado. Habla con Asdrúbal y respóndeme en seguida, mandando original si es posible.

Un abrazo.

HORACIO.

Reconquista 586

XIV

Buenos Aires, diciembre 13 de 1918

Querido José María:

Recibí tu brulote. Hojeándolo, no he hallado de tu fuerza *Una estación de amor*. No así *La muerte de Isolda*. Fuera de esta razón (equivocable, por lo demás), el hecho de que haya dos comentarios sobre un autor, puede insinuar idioteces a la gente, que no hay para qué fomentar. A más, como pienso decir unas cuantas cosas sobre tu libro, no estaría de más que quitaras la sección a mí dedicada, por la misma razón anterior. Eso quitaría bastante fuerza a lo que yo pudiera decir. Quiero decir que suprimieras la dedicatoria. Como los otros dedicados no son militantes, va bien; pero yo, crítico posible de tu obra, estaría trabado. Para mi orgullo, basta con que sepa que la dedicatoria existe para nosotros. Piensa bien en todo esto, y contéstame mañana mismo, por lo que paso a decirte.

Acabo de hablar con Mercatali. No dejaba de hacerme cosquillas el pensar que acaso el gringo se había referido a presupuesto por composición, sin papel incluso. Pero no; en tal precio entra todo. Sobre la forma de pago, me dijo que en efecto es costumbre de la casa entregar la mitad con los originales, y el resto al final. Le advertí que tratándose de una obra para Montevideo, habría interés en dar facilidades, etc. Asintió; pero si puedes mandar \$ 50 oro lo más pronto que puedas —sobre la marcha, si posible— encantaríamos al mercader. Dime también si tienes interés en que tu libro alcance a la fuerza a 128 páginas, porque me parece que no va a dar. Cierto que todo es cuestión del tamaño de la página, composición, etc. Realmente, si tienes unos pesos, valdría la pena hacer la página desahogada. Infórmame bien sobre todo esto. Y rápido, porque el gringo se apura por aquello del papel muy encorpado que tiene, útil para libros chicos.

Ciao

H. QUIROGA

XV

Buenos Aires, diciembre 17 de 1918

Querido José María: Acuso recibo de carta y cheque, que acabo de entregar a Mercatali, previo recibo. El hombre aprontará casi el libro para el sábado, de modo que lo verás compuesto si vienes. Creo como tú que conviene quitar dedicatoria y el último soneto. No *La muerte de Isolda*, porque ése te va a deparar muchas simpatías femeninas. Y cuando se tiene la profesión de poeta, ¡guay de ponerse mal con el bello sexo!

Ojalá Asdrúbal no cambie de parecer. No te olvides de avisarme. Tuyo

HORACIO

XVI

Buenos Aires, diciembre 23 de 1918

Querido José María: Te mando las pruebas, que es bueno corrijas con la velocidad posible. Hazlas corregir también por otro, porque el autor lo hace siempre mal. Trata de que a fin de semana estén de

vuelta. No te olvides de que éstas son pruebas de galera, no distribuidas aún. Dime luego las observaciones pertinentes, aunque sería bueno que vinieras para el momento. Te mando también el recibo de Mercatali.

Ciao

HORACIO

XVII

Buenos Aires, enero 8 de 1919 ⁽²³⁾.

Querido José María: Mercatali acaba de traerme las segundas pruebas, ya en página. El total da 275 páginas, con distribución que dispusiste. Cuestión de \$ 600 m.n., más o menos 230 pesos de tu país. Confío en que tendrás plata. En diez días más estará listo el libro. Qué resuelves? Venir o no? Si vienes, traes la plata.

Te voy a pedir ahora un favor en retribución del que te he hecho, según tu deseo: Mezzera sigue empeñado en no mandarme mi drama ⁽²⁴⁾, a pesar de que su secretario me dijo allí que le constaba estaba mi pieza en el Ministerio. Saldaña, a quien encargué de la cosa, no ha podido triunfar, por lo visto. ¿Quieres hacerme el gran favor de ver qué pasa? Son terriblemente informales allí. Y a lo mejor el libreto se pierde, y me dicen después que soy un buen escritor uruguayo. Hazme el gran favor. Por Asdrúbal podrías obtener algo.

Reconquista 586

Un abrazo
HORACIO.

XVIII

Buenos Aires, enero 13 de 1919

Querido José María:

Hoy llego al consulado después de tres días de paro, sin tranvías ni nada. Lo cosa ha estado muy buena. Cuando se vuelva a hacer en serio —porque esto de ahora subió adonde no se pensaba— tendremos cambio total de situación social. Es la seguridad de todos los que han asistido a ésta. Por de contado, yo estoy siempre dispuesto a afilar de nuevo mi machete para cultivarme mi tierra.

Mercatali no ha venido a buscar tus pruebas. Las tengo listas para que se las entreguen. En el precio aproximado que te enviaba están incluidos los 50 ya remitidos. Lástima que no puedas venir. Aquí parece que se aplacará todo poco a poco. Ya te tendré al corriente del asunto Mercatali.

Gracias por la gestión ministerial. Mucho me temo que las cosas superiores anden, en ese ministerio, tan en serio como el asuntillo manuscrito

Un abrazo

HORACIO

XIX

Buenos Aires, enero 21 de 1919

Querido José María: Acabo de telefonar a Mercatali para que venga a buscar tus pruebas. Supongo — habrás recibido mi carta. En cuanto al manuscrito del drama, avísame cuando lo cobres y retén-melo ahí. Anímate a venir cuando esté pronto tu libro, y de paso te pondré en charla con la Storni, quien me enteró del tiroteo contigo, y a quien enseñé alguna cosa tuya; quiere conocerte. Contesta a ésta, a fin de saber si la recibes o no.

Ciao

[HORACIO]

XX

Buenos Aires, enero 23 de 1919

Querido José María: Acaba de llegar manuscrito, y dentro giro. Asdrúbal me enteró ayer de los trabajos para conseguir aquél. Por lo que respecta a las escenas del drama, puedes hacerlo; no me daña mayormente que allí se conozca algo de la pieza; y acaso me beneficie ⁽²⁵⁾. La situación ésa de la entrada del padre en escena, es efectivamente violenta; pero confieso que no hallé como meterlo mejor. No podía dejar de hacerlo, pues es capital la escena del padre con el hijo.

Mercatali me dice que a fin de semana entrante —hacia 31 de enero— estará listo tu libro. Con la plata que me has mandado creo

que habrá de sobra para todos los gastos. Mejor es que tú mismo envíes desde allí tu libro a los tipos de aquí, y aún del resto de América; yo te daré algunos nombres.

Los maximalistas —de los que formo humildísima parte— te dejarán venir y no tocarán a tu dinero. Decídete, pues, por un día o dos. Me informaré de la mejor manera de mandar libros a ésa.

Recuerdos a los muchachos

[HORACIO]

XXI

Buenos Aires, enero 28 de 1919

Querido José María: — Acaba de traerme Mercatali la muestra del papel de la tapa: amarillo casi crema, muy lindo. Títulos en negro. Lo malo es que han resultado 17 pliegos y medio, lo que hace 602.50 pesos, contra 574.44 que me has enviado. Faltan, pues, como 30 pesos, que se podría extender hasta 60, para gastos de remisión, etc. Mercatali se encarga de enviarte los ejemplares, que estarán listos para pasado mañana.

Para la satisfacción de tu bolsillo, te diré que tendrás un libro de un soberbio lujo, tal como desea el autor para su primer obra. Y con el despilfarro que has de [ver] en la composición, te aseguro que es baratísimo.

Mándame pues el dinero en seguida, porque —ay de mí!— cada día yo más escaso de eso. Si te parece bien, me quedaré con diez ejemplares, que pueden hacer falta aquí. Hazme telegrama, y mejor si puedes enviarme giro telegráfico, pues no quisiera descontentar con atrasos al gringo Mercatali.

Fastidioso todo esto, amigo, pero indispensable.

Cariños

[HORACIO]

XXII

Buenos Aires, enero 30 de 1919

Querido José María:

Mercatali me ha traído 10 ejemplares de tu libro. Me parece ha quedado muy bien. Di uno en tu nombre al viejo Milhas. Te mando ahora tres, y espero órdenes tuyas para el resto. La cuenta

subió a \$ 612. Faltan 33 para el saldo final. Pero entre gastos de despacho de consulado, de aduana, de carga, de Mihanovich y el diablo, se irán fácilmente 50 más. Te hablo muy tranquilo de estos excesos de presupuesto, pues me dijiste que por *peso más o menos* no me inquietara, con tal de que el libro quedara bien.

Respóndeme en seguida qué hago, y también cuándo pondrás en vidriera tu libro, a fin de mandar las líneas sobre él, conjuntamente con la fecha.

Cariños y un abrazo

[HORACIO]

XXIII

Buenos Aires, febrero 6 de 1919

Querido José María:— Recibí los 80 pesos, que acabo de entregar a Mercatali para pago del saldo de 33 pesos por su trabajo, y los que sean necesarios para gastos de flete hasta ésa. Mañana te los remite por Villalonga a tu dirección. Ahí Villalonga te comunicará, o ponte al habla con la casa con tiempo, pues acaso haya gestiones de aduana, etc. Acaso sobren unos pesos, pero serán pocos.

Va la lista de la gente de ésta a mandar *Relicarios*.

Leopoldo Lugones (Consejo Nacional de Educación)

Arturo Capdevila

Fernández Moreno

Manuel Gálvez (Pampa 2502)

Alfonsina Storni (Acevedo 2161)

Gabriela Mistral (Punta Arenas, CHILE)

Benito Lynch (77-734 LA PLATA)

Julio Barrios (Universidad. SANTIAGO DE CHILE)

Director de LA NACION, LA PRENSA, LA RAZON, EL NACIONAL, ULTIMA HORA, CRITICA, LA EPOCA, EL HOGAR, FRAY MOCHO, CARAS Y CARETAS, PLUS ULTRA, MUNDO ARGENTINO, ATLANTIDA, NOSOTROS

En verdad, por ahora no recuerdo más. Pero pienso que Salaverri te dará muchas más indicaciones que yo a este respecto. Escribe en cuanto lleguen los libros a tu poder. Ciao

[HORACIO]

XXIV

Buenos Aires, febrero 13 de 1919

Querido José María:

Mercatali me dijo ayer que Villalonga no admitía encomiendas para ésa. Hoy le he dicho que mande por Mihanovich, y confío en que mañana te la despachará, pues aquí le facilitaremos los inconvenientes. En cuanto a que te perjudique la demora, qué vamos a hacer! Hay que tener un poco de paciencia literaria, señor paseante de playas.— Luego de despachada la encomienda (tres cajones: dos grandes y uno chico), te diré lo que ha sobrado de tu capital. Abrazos

[HORACIO]

XXV

Buenos Aires, febrero 18 de 1919

Querido José María: Pasado mañana, jueves 20, salen tus libros por encomienda de Mihanovich. Gracias al amigo Etchegoyen, cónsul de distrito de ésta, a quien conoces, se ha conseguido que Mihanovich admita los doscientos kilos de tus libros como encomienda. De modo que el miércoles tienes ahí tus cosas. Los gastos, veremos luego. Dile a Asdrúbal que Etchegoyen solucionó el envío de tus libros.

Ayer estuve una hora aquí con la Storni, a quien di un libro tuyo, a cuenta del que le mandarás tú. Yo creo que si vuelves a leer con detención *El dulce daño*, te vas a reconciliar de pleno con la dama.— Otro tu libro daré a Luis Pardo, ex general en jefe de C. y C.— Si pudieras mandarme pruebas del trozo de drama, vendría bien. Y con esto, hasta otro momento

[HORACIO]

XXVI

Buenos Aires, febrero 28 de 1919

Querido José María: Recibí ayer carta. Contento de que haya llegado todo bien. Días atrás di un libro tuyo a Pardo. Ayer lo vi (el que enviaste a PLUS ULTRA) sobre la mesa. Lo han de tratar con cariño. De aquí a un rato tengo charla con la Storni, y algo me

dirá de tu libro. Lo de los posibles errores de *Las sacrificadas* estaba ya perdonado; y mucho más ahora que Brignole metió la pata. Otra compañía nacional tiene el libreto en estudio, pero mucho me temo que por motivos iguales a los anteriores lo desdeñen.

El próximo martes me voy a Misiones. De allí te mandaré unas líneas sobre *El Relicario*, pues bien pensado mejor eso después de un tiempo de aparecido el libro.

Si algo se te ocurre, en cualquier orden, escribe a la dirección del pie. Mándame lo que se diga sobre tu libro, y PEGASO. Y en llegando la ocasión, dile a Asdrúbal que no pase conmigo lo que con Darío, Rodó, etc.: llantos después de muerto, y poca comida mientras vivo.

Un buen abrazo, amigo.

[HORACIO]

XXVII

[Buenos Aires, octubre de 1920] (26).

Querido José María:

Magnífico *Los hijos* (27). Hace tiempo que no veía cosa así de ti. Lo que es mayúsculo sobre todo es la técnica: ocho o diez estrofas buenas de apronte para un final número uno.

Macanudo, amigo, y un fuerte abrazo

HORACIO

Iré por ahí del 20 al 30 noviembre

XXVIII

B. A. Junio 6 - 21

Querido José María: ¡Qué frío, amigo! — Antenoche oí a unos guitarristas cantar una copla más o menos así:

Tiene mi hermosa morena
ojos tan pardos y bellos
que no se hicieron para llorar
sino para que se llore por ellos.

¿Qué tal? Se difunde "El Relicario".
Hasta pronto

HORACIO

XXIX

Nubre 3 - 21

Querido José María: Hazme el favor de contestarme a estos dos puntos: 1º Si mandaste a Zum Felde el libro que te mandé para él 2º El domicilio de Lasplaces, a quien quiero también retribuir la amabilidad que conmigo tuvo (²⁸).

Un abrazo

HORACIO

XXX

B. Aires, Dbre 16 - 21

Querido José María: Como ando con ganas de pasar 15 días allí con los chicos, te hago una pregunta, cuya excusa es la seguridad de que será bien comprendida: ¿Tendrías allí una cama de más para mis chicos? Pensé en Brignole, pero entiendo que éste tiene larga familia adyacente con él. De todos modos consulta el caso con él, a ver quién es el más capaz de hospedarme sin trastorno. Más fraternalmente no se pueden plantear las cosas. Mi bolsillo no resistiría a 15 días de hotel para 3 personas. ¡Ay, hermano! Cuanto más viejo y más glorioso, más pobre.

Hazme el bien de estudiar la cosa. ¿O alguna gente conocida de Vds. que nos hospedara por poca monta?

El viajecillo sería para principios de enero. Mis chicos no dan ni darían trabajo alguno, fuera de que andarían buena parte del día conmigo. De todos modos una respuesta rápida es indispensable, a fin de planear otra cosa.

Buen abrazo

HORACIO

XXXI (²⁹)

B. A. dbre 23 - 21

Querido José María: Recibí en efecto tu carta anterior. Muchas gracias, y cuento con tu casa o la de Brignole. No es urgente sin embargo la cosa. Posiblemente para principios febrero. Yo les avisaría con tiempo. Para ese momento, y coincidiendo con mi viaje, el grupo

Anaconda (cosa que ignoras, y que tiene 1½ años de existencia), se trasladará a pasear por 4 días (yo quedaré 15) a ésa, y contamos con Vds. y aún con Buero y Brum para que nos agasajen. Forman en exclusivo *Anaconda*: Alfonsina, Centurión, Rossi, Ana Weiss de Rossi, Emilia Bertolé, Mora, Petrone, Amparo de Hicken, Ricardo Hicken, Berta Singerman, Enrique Iglesias y yo. Toda gente de arte. Salud, pues

HORACIO

XXXII

Mayo 11 - 22

Querido José María: El sábado 13 me largo para allí con los chicos. Casi seguro que irá también Alfonsina. Podríamos comer todos juntos. Si Juanita Y. ⁽³⁰⁾ nos acompañara, mejor. Desocúpate pues para todo el día. Hasta entonces

HORACIO

XXXIII

Julio 22 [de 1922]

Querido José María: El jueves 27 estaré en ésa, por diversos motivos, y *solo* como un hongo. Esto lo advierto para que lo comunique a tu mujer. Hago hoy igual comunicado a Brignole, no sea cosa que me coman vuestras esposas. Si no a comer, quisiera pasar un buen rato con Vds. Infórmame en seguida, y un buen abrazo

HORACIO

XXXIV

Agosto 9 - 22

Querido José María: Claro que nada sabía de lo de Asdrúbal. ¡Qué historia! Pero es lo cierto que el hombre ése tiene el privilegio de raspar a la muerte como ninguno. Como según aprendí de Vds., una colación de pus drenada y abierta no implica mayor peligro, me tranquilizo un tanto a pesar de tus reservas. Lo que es indispensable es que me informes al recibir ésta del estado de Asdrúbal. En un momento despachas dos líneas, que es lo que necesito.

¡Pero qué broma! Ahora resulta que Milhas me dice que en "La

Prensa" de ayer anunciaban la operación de Asdrúbal. ¿Cómo anda el estado general? Hazme un cuadrito clínico somero, pues yo, como cualquier médico (³¹), edifico mis palpites.— Si por apuros o demás no tienes ni un momento de tiempo para escribirme, dile a Brignole que lo haga.

Con hermano y mujer averiados, no debes de andar a gusto. En fin, hazte el racionio de aquel tipo que perdió una pierna, y se reía de gozo al pensar que tan fácil le hubiera sido perder ambas.— Un fuerte abrazo

HORACIO

XXXV

Agosto 25 [de 1922]

Querido José María: Salgo para ésa el lunes 28; de modo que tengo para tres días allí. Ve de arreglar una comida con seu Guimaraes, cuya familia no se me ha apartado del meollo. Ahora estoy —o estaré allí— millonario, de modo que no hay que inquietarse por el pobre peculio de vosotros.

¿Bien, [...] Delgado? Un abrazo

HORACIO

XXXVI

Junio 25 [de 1923] (³²).

Querido José María: No hay que asustarse; ésta no es un petardo para hacerte saltar tras de las poetisas, sino una buena carta de amistad exclusiva. Hoy iba a mandarles "H. de un amor turbio", recientemente corregido y reeditado, y pensé que mejor es lleve ejemplares a los que no lo tienen. Calculo que iré muy pronto (pues en este afán de matar dos pájaros de un tiro, no sabe uno nunca cuando parte). ¿Qué tal por ahí? Aquí, buenos. Sospecho también que este verano no llevaré a los chicos a Misiones, y sí a ésa, objeto de bañarse en el mar. Después te pediré detalles sobre esto.

Ignoro en un todo qué es de Vds. y como por tu parte tú te das

el lujo de pasar por aquí sin anunciármelo con una línea, a fin de que te encuentre, seguimos distantes.

En fin, hállete feliz ésta, y hasta otra o hasta pronto.

HORACIO

XXXVII

Enero 25 [de 1936] (33).

Querido José María: Por todos lados me informan de que para los premios literarios de este año anterior se acordarán de mí—, según impresión tuya. Mas es el caso que nada sé de ello, y me extraña el silencio de jurados y amigos al respecto.— Te agradeceré en consecuencia me mandes dos líneas informativas.

Con el viejo cariño de siempre

HORACIO

Continúo maltrecho aquí, sin poderme mover de ésta.—

TERCERA PARTE

CARTAS A JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ SALDAÑA
(I a LXXXVIII) ⁽³⁴⁾.

THE GREAT WALL
OF CHINA
A HISTORY
BY
H. H. H. H.

I

[Buenos Aires, noviembre o diciembre de 1902].

Querido Maitland:— Como dicho te he ayer, permitiría la publicación del chisme social que te envié, en el solo caso de llevar el seudónimo que le he acordado. Por algunas razones:

1º: Por ser yo el autor.

2º Porque, aun muy ligera cosa, la quiero por ser mía, de donde debe llevar mi apellido.

3º Porque todo creo, menos que tú seas el dueño de esa revista (tu pobreza es evidente). Por lo tanto, duéleme dejar que el dueño o Director de la revista se vista con plumas ajenas, vale decir mías.

Entiendo que serás prudente. Verdad es que siempre hay tiempo para entenderse por carta.— Puede también no gustar a ti o a Vds. la tal endecha de ayer; en ese caso no la publiquen, por más que bien estúpido sea recordarlo a los dueños. Sobre todo, no mutilen eso: ¡Guay!

Y si tanto charlo y me escudo, es porque en mi recuerdo existe la pésima condición moral de cuantos hasta hoy han dirigido revistas o puedan dirigirlas en los tiempos venideros.

—Que se te dijera llorando lo de los 20 \$ de Lugones— púselo por la exorbitancia del precio para un *tema libre*. Supónganse que Leopoldo les mande artículo sobre cerámica calchaquí o visigoda (que al fin y al cabo no sería extraño, pues se dedica a tan noble instrucción). De afuera, te aconsejo qué le pidas —si de pedir colaboración llega a tratarse— versos o cuento.

Y después, ¿cómo vas de salud? Yo en casa de Forteza ⁽³⁵⁾ suelo comer muchos huevos que me sientan muy bien.

Tú que tienes un alegre carácter y eres más animoso que todos éstos, debías escribirme a menudo. Yo te escribiría también, lo que siempre fue mi norma.

Una anécdota que me acaeció:— Hace como un mes seguí hasta

su casa a dos doncellas, una de las cuales era agradable al ver. Volví un mes después. Casa de alto. Desde la esquina, hícele señas de que bajara. Bajó a la puerta, donde me dijo que volviera al otro día. Volví. Me hizo señas que no comprendí. Al día siguiente le insinué, con la cabeza a un costado, que saliera. Salió y yo atrás de ella. Me dijo: —¿por qué no entró ayer cuando le dije?. Prometí hacerlo enseguida. En efecto, subí donde ella sola, muy encerrada, se escapaba de mis palabras. Al fin díjela: —Hablemos claro— Y ella: —Hablemos claro. Continué: —¿cuánto es? Y concluyó: —doscientos pesos. De como huí como un loco. Un abrazo

HORACIO

II

Buenos Aires, Abril 14. 1903

Querido Maitland:— Recibí carta y dibujos. Estos me gustan bastante, sobre todo el hombre. La mujer tiene la cara fea, no así el otro. Curiosa perversión la de saber pintar bellezas masculinas. Te daré un consejo: fíjate en el lindo efecto que se consigue vistiendo una mujer a la moda del momento en que aparecerá el dibujo. Tu dama del palco con una capota plana con dos cintas colgando detrás —como las de ahora,— quedaría magnífica. Y esto te digo porque es muy fácil copiar un sombrero o una silueta de vestido.— No he llevado ambos dibujos al Gladiador porque no sé cuando aparecerá el cuento. Creo que [en] el número entrante —de la semana que viene (³⁶). Si es así, veré a Livingston y le diré todo. Espero satisfacción, pues este chico hablóme de la absoluta carencia de dibujantes. Lugones comienza en este número con un cuento gladiadoresco. Le pagan bien, cosa que trataré de conseguir con el próximo cuento.

—Voy tal cual. Me curo la nariz y estornudo menos. Ya algo se consigue en la vida cuando se consigue estornudar poco. Pobre, eso sí. Si de otro modo fuera, te mandaría enseguida un pasaje de ida y vuelta. Ve de procurar con Sequeira una buena manera de viajar quasi gratis. Vendrías con él y te irías ídem después de una semana. Loquearíamos siete días. Aquí los gastos corren por mi cuenta.

Asdrúbal no me ha escrito aún, extrañándome mucho tal resolución.— Bien por tu novela. Me figuro ya los zarpazos que habrás echado sobre el D'Annunzio. Si no puedes venir, mándame algo de ella. Es curioso al fin y al cabo que de toda aquella banda de escritores, tú

sigas sosteniendo derecha la bandera de la acción literaria —cosa rara en un pintor. ¿Si será verdad lo que te predije un día sobre tu vocación? Brignole abandonado, Cirano (³⁷) muerto, Asdrúbal abandonado, Julio ídem, Muñecas ídem. Quedamos los dos. ¡Quién sabe!...

Por mi parte, tanto he hecho con Lugones que le he decidido a hacer versos, cosa que ya no laboraba de dos años atrás. Concluirá hoy 30 estrofas endecasílabas que pasado mañana iré a leer, leyéndole a mi vez un cuento que acabaré mañana. Ya ves que esto es muy inocente y primitivo, pero muy sano. Con el Lugones nos hemos hecho íntimos; así va pasando la vida triste, esperando un empleo cualquiera, pues apenas me sostendré un mes más.— Da recuerdos a esa gente, un abrazo y contesta pronto. Sobre todo ven.

HORACIO

III

B. Aires, Junio 18 - 1903

Querido Maitland:— Acaba de llegar tu carta. No te escribí simplemente porque —pese a tus protestas epistolarias— habías suspendido ese juego, de tiempo atrás.— Esos sinsabores y desesperanzas son muy conocidos míos, y por eso te compadezco de verdad. Y debe ser grave la cosa cuando te afecta a ti que —si no eres un solitario, tienes por lo menos algunos días de retraimiento. ¡Qué vamos a hacer! Yo hace un año casi que estoy solo, y aún allá en los últimos tiempos no socializábamos mucho más. Aquí tengo a Lugones, pero con intervalos de días. Muñecas no satisface del todo porque es uno solo. Lo que hay es que nos faltamos los cuatro, tú, Alberto, Asdrúbal y yo. Ten la seguridad de que ésa ha sido la época mejor de nuestra vida —retornable?— ¡Quién sabe! Tal vez dentro de algunos años nos reunamos de nuevo, pero no será como cuando teníamos 21 años. Por otro lado, no me quejo del todo. Trabajo siempre, y como no noto decadencia, antes bien grata ascendencia, marchó confiado. Entre paréntesis, Lugones ha calificado mi último cuento de obra maestra. Tal vez se publique en algún número especial de *El Gladiador* (³⁸). Como supondrás, esto es bueno. En fin, ya veremos cuando terminen Vds. los graves cursos universitarios.

Creo que saldremos el 24 o 26.— Si te pide el ánimo, escribe antes y te contestaré. Si no, un gran abrazo y hasta la vuelta

HORACIO

IV

Concepción de La Sierra, Julio 29 [de 1903]

Querido Maitland: Por aquí anda Venancio Paiva, y ayer ha discutido toda la tarde con Lugones de política partidista uruguaya. ¿Qué tal por ahí?— Aquí seguimos la caravana. Hace 16 días salimos de Posadas, habiendo pasado por Ombucito, Santo Tomás, San Carlos, San José y Apóstoles.

Hoy salimos para Santa María de Mártires ⁽³⁹⁾.

Hay bandadas de loros. Lo demás para charlado— Un abrazo y recuerdos

HORACIO

Contesta a Posadas, Misiones

V

Salto, Febrero 16 - 04 ⁽⁴⁰⁾

Querido Maitland: Ayer vino Klinger con tu carta. En verdad, tú haces respecto a cartas cuentas completamente tuyas: la verdad es que tú quedas siempre debiendo cartas, no lo contrario.

Sabía de Vds. por el propio Sequeira. Además, hace 20 o 30 días estuve con Asdrúbal y Julio ⁽⁴¹⁾ en Monte Caseros; diome éste primero noticias tuyas. Creo andará ahora por Libres, Santa Anna o cualquier cosa. Idea tengo de que regresará al Sur muy pronto.— Sabiendo tus ideas emolientes, tu gordura pacífica y tu inalterable amor a la vida, lejos estuve siempre de creer que la tal G. N. te agradaría. Dios [te] ha librado de ese concepto, como deseo me libre a mí. Tengo mil excepciones y libesconductos, eficientes para que procure divertirme lo más posible —¡ay! imposible— Anteanoche bailé en Concordia; iré otras veces.— Hoy, por ejemplo, tengo tanta melancolía que el [que] me oyera se sentaría en una piedra a llorar. El amor me tiene mal, pese a mis 25 años y otras locuras, no creídas reversibles. ¡Qué hacer!...— Por otro lado, frecuento la relación de una muchacha —tú le tocaste las manos en un baile— cuya proximidad podrá tener bárbaras consecuencias —Para los dos—

Estuve hará cerca de un mes en El Chaco con Muñecas. Volveré allá en Abril, donde quedaré para siempre, salvo las escapadas consiguientes. Creo hacer gran fortuna, de lo cual aprovechará tu inteligencia y tu estómago ⁽⁴²⁾.

A fines de éste voy a B.[uenos] A.[ires]. Quiero apresurar mi libro (⁴³), que tendrás en las manos en Marzo. Conoces la mitad de él; en cuanto a la otra, no espero te guste: o tú te has quedado atrás, o yo me he abierto por correr más. Allá será.

Trata de leer Sudermann y Gorki, sobre todo el primero. Tienes tiempo de contestarme aquí. Si prospero en mis negocios y tú te desocupas por algunos meses —algún día— iremos al Chaco con Amycus (⁴⁴). Si doy un golpe fuerte con este libro, acaso nos veamos antes.

Un abrazo

HORACIO

VI

B. Aires, Marzo 10. 4

Querido Maitland: Contéstame enseguida por motivo de cierta urgencia si es que aún vives y estás ahí.

HORACIO
Florida 278

VII

B. Aires, Marzo 14. 4: — Recibí ayer tu carta. La urgencia de que hablaba era debida a la necesidad de un artículo que pensaba pedirte antes de irme, lo cual es bien pronto. Pero como el tal artículo era un *Primus* —cosa, aunque rica, no indispensable— puse *relativa* a la *urgencia*. ¿Era cosa, para que entendieras dos modestos sustantivo-adjetivo, enviarte la explicación de hoy, necesaria en estos momentos por tu curiosa manera de hacer crítica literaria? — Mejor que todo esto hubiera sido me contestaras en seguida como te pedía. Aún hay tiempo: pide en Rincón y Cerro catálogo o precios de varias medidas *Primus*, bondades de los diferentes números, etc. En general, preciso 2 como aquel que teníamos allí, más de 2 litros. Me voy el 21, tiempo preciso para que contestes en seguida.

HORACIO.

VIII

[*Resistencia, mediados de 1904*] (⁴⁵).

- Son cerca de las 8 p.[asado]m.[eridiano]
Y pienso en el amigo, por cierto bien lejano,
que ha tiempo no me escribe, pena me da decirlo.
La agreste sinfonía de un transnochado mirlo
(hay aquí muchos) toda la tarde me ha obsediado,
y pienso becquerianamente en mi gran pasado
de viejas amistades tan frescas como el agua;
pienso en Vds. todos, y en la caldeada fragua
de aquella pieza de alto, consistorial y todo.
¡Oh qué melancolía tan grande! de qué modo
mi corazón regresa como un viajero antiguo.
Un siglo de recuerdos es capitel exiguo
para el divino friso de una cabeza rubia:
que fuerce el consonante: ¡de una cabeza rubia!
Que el Dios en que no creo conciba su fragancia;
que sus espaldas sean la flor de lis de Francia;
Que el beso nunca dado sea un millón de besos,
que sus muñecas guarden los lánguidos excesos—
consecutivamente— de mi mentón maduro;
que hasta su nombre sea bizantinismo puro;
que el suelo donde puso la planta se convierta
en secular Medina del alma sobreabierta;
que mi índice mojado bautice su recuerdo;
que cuando esté en el cielo (⁴⁶) yo esté a su lado izquierdo;
que viva largamente ya que no puedo verla.
- Hacen ya quince días que esto está escrito. Perla
de mis amores viejos, es ella la más pura (⁴⁷).
Surge de vez en cuando, y es ella la frescura
del Chaco, el Saladito, y este destierro grato.
- Sé poco qué decirte. No hay nada más sensato
que estar viviendo en donde se vive buenamente.
Gozo de tal gordura —en mí tan indigente
de ese producto graso— que empañó los espejos.
Tengo un fusil certero que limpio con los viejos
trapos, con el cuidado de bien petrolizarlos.
(Leí que Job vivía frotándose con marlos,
por ser su contextura apta para tal uso).

Sin ganas para macanear más, te deseo buena salud. Tal es en mí, bien que triste a ratos.— Cuando sueño con alguna chica conocida, me reavivo. Soñé con la rubia de Surkonski y de ahí la retahila anterior. Averíguame qué hace, con quién vive, si es ya (...) o no, dónde vive, etc.— Poco te costará.

Estoy hace quince días sin noticia ninguna del mundo. Escríbeme y te abrazaré bien cuando nos veamos.

HORACIO
Resistencia
—R. A.—

IX

Resistencia, Octubre 19 - 4

Querido Maitland:— Hoy llegué del Saladito portando la carta vieja que adjunto, y recibí la tuya, muy digna en todo de una de las de antes. Ciertó, al fin de toda exaltación hemos quedado los dos amando y llorando esos bríos de 1900. Brignole, con su sonrisa satisfecha de sano, sonrío un tanto desdeñosamente a aquella época en que estuvo enfermo. Se han retirado. ¿Qué hacer? ¿Seremos los dos los que tenemos la verdadera llama del arte hasta el desacierto, no sé si el madero para arder?— Tú te quejas de tu soledad, con las agallas resacas fuera del agua; pero si vieras los tormentos que he tenido en estos seis meses, el desaliento diario, sin fe absoluta en mí —y lo que es más triste, sin creer ya en el arte— convencido de que estaba muerto para escribir, sentado en un cajón de kerosene, repitiendo horas enteras un párrafo de cuento, incapaz de hacer algo más, en el derrumbamiento de toda mi vida valiente, amortajándome melancólicamente con mi juventud de vuelo y ardiente espera, tapándome la cara con las manos —sin metáfora— deshecho de dolor por lo que había sido.

Sí, amigo; he sufrido todas las angustias de un individuo que ama como yo esas cosas, y sentirse nulo ya para siempre, roto a los 25 años. En los cinco meses atrás no pude escribir una línea. Pero en estos últimos tiempos logré reaccionar, hice un cuento días pasados, estoy concluyendo otro —cosa extraña, que te he de enviar— y estoy a salvo felizmente.

Maldonado (⁴⁸) me mandó “El Poema de los Surcos”, en cuya carátula de aradores atormentados pareceme ver tu mano. Avanza el chico, más despacio. Lo bueno que tiene es la fe.

Me alegra en ti la discreción de estilo, fuera ya de las torceduras

de 1900.— Hay un toque bueno: la melancolía de “regaban ayer en la plaza Zabala” y “tengo un vecino que toca el acordeón”. La nota buena consiste en hallar melancólicas esas líneas, así sueltas, llenas de sugestión.

El 29 voy al Salto por varios días. Me revivificaré un poco entre faldas y su consiguiente perversión.

Qué más? Animo, mucho ánimo dice el pontífice ¡ay! sin altar ya. Me placen tus proyectos de vernos reunidos, que algún día será forzosamente. Si lo de adentro no responde a las esperanzas, nos hundiremos al menos de pie.

HORACIO.

X

Salto, Noviembre 7 - 4 (⁴⁰).

Recibí anoche tu carta. Estoy completamente solo. Nada de íntimos, nada de attachés. Apenas si con Churruca (⁵⁰) que está aquí he hablado dos veces. Y éste mismo, se va el viernes. Poco es para mí que vine a retoñar dezires y amores —o amor, ay!

“lontano come un grande, passato dolore
grande come un passato, lontano amore...” (⁵¹)

Así estos días natales no me resarcan en nada de mis penurias en el Chaco. Hay por aquí una dama que gozó este verano pasado del dulce privilegio de transtornarme; pero ahora o ella no quiere o yo no quiero, o ambos nos hemos empeñado en ser imbéciles.

Creo que es esto último. Por otro lado anteayer fui a ver a la hermana de aquel gordo (.....) dispuesto a lo imposible (siempre que he ido nos dejan solos). Por mal de mis pecados inminentes la hallé con el novio, un vil novio (.....). Pero Dios mediante iré otra vez, la hallaré sola y veremos. Pienso probarte que a ella le sabrá bien mi atropello magüer está a punto de casarse con otro que no soy yo.

Hay otra dama de tan admirable condición (.....)— que en pos de mis canalladas contándole cómo estoy loco por ésta o aquélla— me busca para que la bese o la eche de espaldas, cualquier cosa que se me ocurra (.....). Supón que las folías son en la sala, a puerta abierta, con la consiguiente precipitación que azuza una carne bien en flor y un vaso naturalmente estricto.

Hasta aquí las tropelías, vagas como vés.

En cuanto a libros, creo firmemente que D'Annunzio es cosa muerta. Cosa buena para mí es Anatole France, ante todo, sobremañera en cuentos. Y los tales libros siguientes: "La familia Polaniecki" de Sienckiewicz, "El Deseo" de Sudermann, "Padres e hijos" de Turguéniew, "Los exhombres" de Gorki, "Los Poseídos" de Dostoiewsky, y en general todo lo de estos tipos. La predilección de rusos me viene de su sinceridad, cuán rara en los occidentales. Queda aún Flaubert, en todo y por todo. Si no haz [sic] leído "Madame Bovary" de Flaubert, hazlo. Y también cuentos de Mirbeau.

Cuando te hayas enterado de algo de esto —si ya no lo has hecho— escíbeme qué tal. Hasta pronto un abrazo

HORACIO.

XI

Saladito, Diciembre 5 - 4

Querido Maitland:— Hace 8 días que estoy aquí de nuevo, en pleno hervor de mercantilismo, cosa que al fin me va agarrando. Tengo nuevos y vastos proyectos, no de culturas intensivas sino de criar sanos y proficuos chanchos, hacer muebles a pedido (tengo a Hasda y a mí), algo de alfalfa, mi porción de ganadería, etc. Como ves, nada de literatura colonial, antes bien el pequeño y vil comercio. Excuso probar que me hallo perfectamente en centro sobre todo cuando pienso en el dinero a ganar para el viaje consistorial a Montevideo, y en la literatura a hacer cuando las finanzas opimas me permitan vacaciones agudas por ahí. Lo cual no obsta para que trabaje —entre otras cosas, los famosos *elefantes* (⁵²) que me dan un trabajo del diablo. Serán los bichos más raros de esta tierra. Ya verás.—

Entre las melancolías que traigo del Salto, la más fuerte es engendrada por la pérdida temporal de la francesita. No llegué a entrar en ella, pero Dios sabe si hice mérito para lo tal. Como te agrada oír símiles [...], va la historia:

Te dije que Asdrúbal hubo de dar lecciones de francés con ella, con un propósito no mezquino. La conoce, pues, y te contará que es joven, muy joven, linda, *jolie* más que todo, muy bien formada, parisina en un todo. Como encanto particular, un aliento adorable, a oleofragans, como dicen las madres tienen los recién nacidos. Huele a igual perfume toda su carne, ay! *nunca más*.— Un buen día estaba

almorzando y llegó un chico de Gozalbo: "dice Teresa que vaya. Está la maestra de francés". Como había oído hablar algo de ella a las mismas Stas. de Gozalbo (⁵³), fui en seguida. Me porté grave, respetable. Se fue. Dos días después supe en la misma casa que Mlle N... L. R... estaba comiendo en lo de Larraechea—. Hice hablar a Teresa con ella proponiéndole mi aprendizaje, meditó, aceptó. Al rato llegó, fuímonos a casa, di mi primera lección, cómo todas las que siguieron, en la sala —independiente— sentados en frente. Fui galante, nada más. La acompañé al puerto. En la 2ª lección (Martes, Miércoles y Sábados) no avancé; hice méritos en gentil garçon, no desprovisto de cierta ternura femenina bajo los tonos calientes de mi rudeza barbuda. En la 3ª lección llegamos de pronto a excitarnos bien...

[El Dr. Fernández Saldaña conserva —y reserva— el resto de la carta. R. I.]

XII

[1904]

Saladito, Diciembre 26. Escudriñando hoy papeles para ordenarlos, tropiezo con esta carta vieja. Como responde a una tuya pidiéndome confidencias literarias, prosigo en este tren (⁵⁴).

Acabo de leer estos días "Humillados y ofendidos", "Los hermanos Karamazof" y "El Idiota", todo de Dostoïevski. Hoy por hoy es este ruso lo más grande, el escritor más *profundo* que haya leído. La última escena de "El Idiota" es para mí el *súmmum* artístico. No obstante creo que Dostoïevski no es para ti en razón de su presión enorme, ya que tú —loco también,— estás más por la locura objetiva que por la otra. A más estos libros están en francés. En español conozco únicamente "El jugador", relativamente pobre en comparación de los anteriores, pero suficiente para apreciarlo. Léelo, siquiera para conocer a uno de los más grandes novelistas del siglo pasado, y sobre todo, el más *extraño, disparatado y absurdo*. Anda también en español de Maucci "Los presidios de Siberia". Estúpida en español, creo que también en francés y probablemente lo mismo en ruso. Es la traducción de "La maison des morts", tan famosa. "El jugador" es edición de Maucci.

Afirmo lo que digo [de] los libros anteriores a leer. Menguado

de ti si no gustas hondamente algunos de ellos. Repito que no entiendo más a D'Annunzio. La vez pasada Muñecas me dijo a este respecto, hablando de las farsas del ligurio:— están dos amantes a la orilla de un pozo; de repente ven el reflejo de la luna en el agua. Y se tuercen entonces las manos, con todas las neveras en el alma, todos, todos los nervios. ¿Por qué? Han visto *la luna!* —“Mírala! mírala!— y sus dos almas se hunden y vuelan, etc., etc. Esto está perfectamente bien encontrado (⁵⁵).— Por contra, como poeta en verso tiene cosas magníficas. Te lo haré conocer algún día. Las dos líneas en italiano que cito más arriba (⁵⁶), son el final de un soneto. Nadie hasta ahora ha puesto tal distancia en un recuerdo de amor. Pero entendamos, poeta como hay varios.— Todo lo más que podemos hablar sobre esto depende de la impresión que te hagan algunas de las obras apuntadas. Pero impresión sincera.

Hay un cuento “Otoño” que figura en “Las bodas de Yolanda” de Suddermann, edición Sempere. Ve qué te parece.— Hasta la tuya, un abrazo

HORACIO.

XIII

Saladito, Enero 29 - 5 (⁵⁷).

Ayer a las 6 am. iba en viaje al Salado —punto intermediario entre Resistencia y aquí— a buscar diarios y hallé a mitad del camino un carro vecino que me traía el bultito. De modo que me bajé del caballo y me senté a la vera del camino y del monte a leer las cartas. La mañana era espléndida, y la cosa tenía su suave bucolismo.

Me entero de tus preferencias literarias. Diré que me admira te haya agradado “La casa de los Muertos” pues es lo malo que tiene Dostoïevski. Creo que en mi anterior me referí a “El Jugador” también de Maucci. “L’Idiot”, “Les Possédés” y “Crime y Chatiment” [sic]. Esto es lo grande, lo más profundo —las dos primeras— que se haya escrito en lengua humana. Te doy los títulos en francés pues no sé estén traducidas al español.— A mí también me aburrió casi Caín y Artemis. Otra cosa es “Los Ex-hombres” y los cuentos que siguen a “Los Vagabundos”. ¿Te he hablado de un cuento de Sudermann, “Otoño”, que forma parte de Las Bodas de Yolanda? Es una cosa absolutamente perfecta.— Hallo que Bourget es cosa muy vieja a pesar

de su talento, como los cuadros de Rafael, en iguales condiciones — Maupassant sí, éste es cosa seria, el primer cuentista sin duda que ha habido. Y no te lo cité antes por creerte ya familiarizado con él. Tratábamos en la otra carta de novedades, sino de época, al menos de sensación, cosa no sospechadas como expresión de estados enfermizos o soberbiamente sanos.

Y ahora a lo principal, al Calvo. Yo llamo farsa al acto de atribuir a tal individuo en tal circunstancia sensaciones imposibles en ese estado. El caso de la luna en el pozo de D'Annunzio que te hacía ver, es uno de ellos. Aquellas neveras y aquellos ecua-dores son estúpidos por la mentira consiguiente ⁽⁵⁸⁾. Y ni siquiera son lindas, como tú supones, porque la única belleza posible en esos casos es que los personajes sientan lo que deben sentir. ¿Sincerista? No, querido. Quiero solamente que al pan se le llame pan, y al vino, vino —como los catalanes. Flaco es tu decir respecto a la hermosura de lo falso bien dicho. Una cosa es falso y otra ilógico. Aquí sí, porque puede haber un ambiente de locura, mientras en el otro había apenas un Pérez Petit. “Siendo bueno, ¿qué importa?”. Bello, querrás decir, no? Ahora bien, dado que las 9/10 partes de los versos bellos son mentira, y mucho más todas las metáforas y tropos y Poe habidos, todo esto puede ser bello. Pero ¡por Dios! no confundamos. Lo falso es lo que nos hace daño por el antagonismo burdo, por la inhabilidad del autor para hacer pensar a tal personaje como debe. En unas exploraciones psicológicas, como aquéllas del Calvo, qué otra belleza cabe en tan ardua práctica sino psicologar bien, *verdaderamente*, dando al César lo que es del César y a Aurispa ⁽⁵⁹⁾ lo que [es] de él? Por eso en este terreno amo a los rusos y alemanes, como he preferido siempre en materia de amor a Heine o Bécquer sobre Núñez de Arce o Mármol. Aquí tienes un caso típico de *sinceridad* —que yo llamo potencia— en los dos primeros y farsa en los otros de la trailla: tu amor levanta en mí un océano... cuando pienso en ti el cielo se ilumina..., etc. Ahora, honradamente: ¿qué diferencia hay entre esto que tú abominas en razón de falsedad, y las neveras de el Calvo? Si en la psicología del amor en verso es más bello por *legítimo* decir “asomaba a sus ojos una lágrima” que otra estupidez cualquiera, ¿por qué psicologando en prosa sobre amor u otros bueyes, se ha de obrar de distinta manera? Todo esto, entendámoslo bien, en el terreno de expresar y atribuir ideas o sentimientos. Cuando la psicología sale en chorro del hecho en sí, es otra cosa. ¿Recuerdas aquella escena del chico por dormirse y el perro que entró, en “El triunfo de la Muerte”? El Calvo la acertó allí enormemente, porque no comentó

nada. ¡Desgraciado de él y nosotros si le hubiera dado por charlar y hacernos ver qué presentimiento de otra *vida* o *muerte* de la fruta opima, etc. Con todo lo cual digo que en las anteriores lizas el Calvo es mal escritor, como es bueno a menudo en verso, como esas dos líneas sin precedente que te dije:

.....
"lontano come un grande, passato dolore,
grande come un passato, lontano amore" (50 bis).

Son el final de una composición. Te los escribo de nuevo porque estoy seguro de que algún día te han de agarrar.

Supongo que antes no paraba mientes en esas farsas de D'Annunzio por inexperiencia o falta de concepto real de la literatura. La verdad es que apenas salí de Montevideo noté eso.

Una cosa curiosa: ¿cómo es que tú, lleno de esas mentiras, amas ahora escribir notas de vida, cuyo único mérito reconoces es su *naturalidad* y *sinceridad*? Por ahí se empieza, viejo Maitland! Y por último, como disculpa o corroboración, dices que continúas tan formalista como antes. En cualquier momento lúcido verás que nada tiene que ver la forma con la farsa sicológica, aunque estoy seguro de que en seguida te darás cuenta.

Por mi parte, he entrado en un período de pasmosa actividad. Desde hace 5 días escribo todas las mañanas, he concluido Los Elefantes y otro largo cuento, con asunto para 4 o cinco más hasta el 20 del entrante en que iré al Salto a descansar —o no— según me encabrite con una amazona auestas. De tarde trabajo en la chacra, con una pesada y fecunda azada. Creo que es la soledad la que activa así, pues Hasda está por abajo y estará 15 días aún.

—Pláceme sobremanera tu próximo doctorado. ¿Es que saldrás por fin de tu pobreza, fausta en los anales del Consistorio?— De Asdrúbal no he tenido carta. Con Brignole sostuve un largo tiroteo sicológico (60); la carta por ti recibida me alegra, pues ese Amycus había dado en una porción de sombrías cosas.

—Sería menester leer tus notas en conjunto. Así aisladas son demasiado personales para influir en el lector.

—Dime algo de Maldonado, de "El Poema de los Surcos", su crítica, y una obra a aparecer, según "El Día". Fecundo es sin duda.

—Te mando un mi retrato (61), pues tú estimas esas chucherías.

Aunque un poco académico y no completamente parecido, es un retrato definitivo, al fin.

Como te contesto en seguida, hazlo así. Un fuerte abrazo

HORACIO.

XIV

Salto, Abril 27 - 5.

Querido Maitland: Días pasados recibí tu epístola. Desde que llegué he andado desesperado en procura de dinero, artículo escaso; recién hoy puedo casi contar con él. Eso fue motivo de no haberme ido el Lunes pasado, y motivo también del suficiente disgusto para no escribir. Mi casa se rematará hacia el 20 de Mayo; recién entonces podré girarte, por lo cual, paciencia.— La chacra anda hecha el diablo; mis peones ahitos de chucho, el agua perseverante, (¿y los perros?).—

De nuestros asuntos menores, diré que a los tres días no me acordaba de Esther [Surkonski] (⁶²) y si lo hacía era con disgusto. He logrado deslindar las dos personalidades, y si la tierna doncella de antes me encanta, la actual me desagrada. Hace días, junto con sus retratos, le envié una carta un poco dura; ¿qué más hacer?

Recién ayer volvió Bilica, y la vi anoche de paso. Quiero creer que me gusta siempre, y mi ojo en ella no es lo que puede decirse infructuoso.— Trabajar, no he trabajado. ¡Para baile! —dijo el zorro. Sí he atisbado algunos asuntos buenos que saldrán con el tiempo.

En Buenos Aires no vi a nadie, y menos a "C. y Caretas" o "Pulgarcito". Esperamos a que vuelva a ésa y allá serán los cuentos y dibujos.

Junto con ésta debe llegar Alberto. ¿Llegará? Deplorable es que me vaya el lunes, desde que él no llegará acá hasta el miércoles.

¿Y tú, qué tal? Animo, amigo, que todo pasa, llega y se está quieto. Trabaja en lo que se te ocurra, que ya nos reiremos en grande de todo lo malo pasado.

Da muchos cariños a padre y madre, y un fuerte abrazo

HORACIO.

XV

[Salto, abril 28 de 1905] (⁶³).

Maitland: En los libros que te envié desde B. Aires (⁶⁴) —recibiste, supongo— había varios con dedicatoria, ya. Si aún no les has repartido, ruégote te fijas.

—Hoy vi [a] Bilica, y hasta hablé dos palabras con ella. ¡Cuánto me gusta!

HORACIO.

XVI

[Telegrama procedente de Salto, con respuesta pagada,
recibido el 30/IV/905]

Fernández Saldaña —Arapey 50 - Mv.— Contesta si llegó o cuándo llega Alberto (⁶⁵).— En primer caso cuándo viene acá.—

HORACIO.

XVII

[Telegrama procedente de Salto, con respuesta pagada,
recibido el 4/V/905]

Fernández Saldaña —Arapey 50 - Mv.— Asegúranme llegó persona (⁶⁶). Creo saber motivo del no envío telegrama tuyo.—

HORACIO.

XVIII

Saladito, Mayo 31 - 5 (67).

Esta tarde, por favor
de un comedido viajero,
llegó tu aliento extranjero
a esta chacra de mi amor.
¿Será perenne el candor
de la perdiz, la chicharra,
de todo lo que se agarra
a la vida, ingenuamente,
como la sencilla gente
que ni aun toca la guitarra?

No lo sé. Sólo yo sé
que el vivir es un martirio,
como ver crecer un lirio
en forma de buscapié
La tienda de Sabaté
es más feliz que su dueño,
de donde es falaz empeño
buscar las causas de aquel
sueño o diseño al pastel
que existe después del sueño.

La cicuta que envenena
y el vinagre que hace mal,
tiene[n] el signo cabal
de una cola de sirena.
Yo canto pena tras pena,
fabrico mil utensilios;
yo tengo diez mil concilios
ecuménicos conmigo;
cuando se apr[i]eta el ombligo
de una mujer, no hay auxilios.

Estaba pues en la chacra
recolectando algodón,
cuando llegó tu renglón
que sabe a tu estirpe sacra.
Llevar infamante lacra
—me dijo— no es de Maitland.
Donde las toman las dan,
donde respiran respiran,
donde despiertan suspiran,
y suspirando se van.

Yo naufragué con mí mismo
junto a una hermosa mujer;
era tan dulce de ver
como un nupcial espejismo.
Lleno de viejo dandismo
arribé a esa plaga estricta,
diciéndome: venus victa
(yo murmuré por lo bajo)
Toda mi alma por el tajo
sudaba sudor que dicta

generación de vaivén,
paréntesis de amargura,
esencia de yerba dura,
escuadrones de Bailén,
agua de [...] y de sen,
inyección de cafeína,
pauperismos de mininas,
gotas de Truette [¿] et Perret,
sombra de Anis [¿] (Colinet)
para las aguas pontinas

Así perdí la memoria,
diciendo cosas difusas;
hice abortar a las musas
con mi ruda trayectoria.
Como diz que pasó a Gloria
—la mayor de las hermanas—
así cantaron hosannas
cuando mi sombra pasó;
pero cuando pasé yo
hubo un silencio de ranas.

En el Salto delinquí
dos o tres veces tan sólo,
una vez jugando al solo,
y otra cuando me caí.
Hubiera deseado, sí,
brasilerizar mi hombría,
pero estaba ya bien fría

el agua de su bautismo;
yo temía con mi mismo
de ser mi propia sangría

Como te digo, hoy en día
recogí mucho algodón;
después corté un acordeón
en forma de tres al cuarto;
De tomar té, ya estoy harto,
lo mismo de cortar uñas.
Quisiera tener pezuñas
para agarrarme a la tierra,
o ser cachorro de perra
o aguardiente de guarduñas

El Paraná se desborda
en forma tal que da miedo;

Corto aquí tan interesante epístola. Me hallo contento hoy con el admirable día, por haber arreglado el asunto de la chacra cuando vaya por ahí, en forma tal que espero ganar della lo no creído. Item por haberme levantado anoche a la 1 a. m., con cruel helada, a perseguir una yaguatorica (onza) audaz. Logré por fin dar con ella en tierra al son de dos balazos. Todo esto me alegra. Por otro lado, me dicen del Salto que mi casa no se vendió aún, magüer la facilidad del remate.

Efectivamente, estuve diez días con Amycus. Hállole igual, feliz (perdón) por su ida a B. Aires. También escribí una carta a Esther, mas sólo enviándole los retratos. Entre otras cosas, decíale que estaba bastante ofendido.

A la francesita vi dos veces, con dos besos. Con la Bilica hubo larga historia, resultado de lo cual es una amistad muy parecida a la de cierta dama de Sienckievicz que prefería odiar a Fulano y no amar a Zutano. Como esta carta va compendiada, pues debe llevarla en seguida el consabido viajero, no me explano más.

Me alegro lo que es justo por tu empeño en no echarle la capa al toro. Lo mejor que ha dicho Maldonado, en todo lo que ha di-

cho y escrito, es que hay que trabajar. Felicita en mi nombre a J. J. Mendoza por su acertada a Aratta (⁶⁸): erizado de amor...—

Por mi parte no he tenido tiempo de hacer nada. Como en verdad paso todo el día recogiendo algodón, de noche estoy rendido. Es muy bello de ver el algodonal en blanco capullo.

Mucho cariño a tus padres y un fuerte abrazo de

HORACIO

Escribámonos regularmente —ch?

XIX

Saladito, Junio 23 - [26 y 29 de 190] 5 (⁶⁹).

Amigos del alma (⁷⁰):— Es la 1 p. m., de un día tan lleno de primavera tibieza que me he sentado en el corredor con la guitarra, el monte claro al frente, y he tocado dezires de enérgica melancolía. El viento del Norte me trae no sé qué quejidos lejanos de yacarés del Tocantinos, siestas de sol y ocho años, cuando uno es chico y se tiende en el patio con las manos sobre la cara. Una bandada de patos ha cruzado por encima mío, buscando la bise[c]triz de su eterno triángulo en marcha. He sentido claramente la música de sus regímenes (⁷¹) contra el aire, música con algo de órgano y desesperada libertad.

Así dentro de un rato iré a la chacra con los peones. ¡Qué daría por tenerlos hoy conmigo, con esta temperatura tan benefactora para las coqueluches de Maitland y los males de nervios del italiano. Pero invoco a Dios que está en las alturas sobre esta verdad que digo: —día vendrá que todos estemos aquí por un mes. Tanto más cuanto que estoy bastante cansado de no hablar sino de negocios, absolutamente. Resulta que no llego a considerarme sino como homme d'affaires; y como éste no es mi fuerte, todo recuerdo imprevisto de lo que soy en las ciudades me sorprende casi. He aquí porque la carta de Vds, trayéndome a la memoria cosas de elefantes, pianos y esquematismos, me ha llenado de tal gozo que galopé diez cuabras, pues andaba a caballo cuando me dieron la carta.

Figúromelo a Maitland con la voz más resfriada que de costum-

bre, temiendo aún hablar fuerte para no lesionar sus pulmones navarros.— Anoche hice lo siguiente para regocijo y esperanza de los enamorados que dudan de Dios (72):

—Aunque las cosas eran ya de por sí bien graves, la dotación entera de las catorce naves, jefes, soldados, negros, grumetes, maquinistas, intérpretes de lengua sacramental, foguistas, todos en esa noche de aniversario patrio besaron la escotilla como si fuera el atrio patrio, y el alma en calma se fueron a la mesa. El vino bien profuso turbaba la cabeza de los contralmirantes, bien jóvenes por cierto: Levine, cuya sombra se parecía a un muerto; Nicolaïevv, cantando, como era en él costumbre; Semén Tropoff, carácter cuya acritud de alumbre llevaba a sus tenientes hasta la pesadilla. El almirante en jefe tenía en la mejilla los fuegos del champagne y de su orgullo sacro. La cámara encendida como en un simulacro tronaba con los brindis de la gallarda tropa, y esos catorce buques de la lejana europa velaban en la rada donde después se hundieron.

Un joven se paseaba bajo la noche adusta. Los focos de las torres en simetría justa tendían sus varillas de eléctrico abanico, barriendo mar y cielo, con el detalle rico de los chispazos sobre el agua ultramarina. El joven cuya marcha cruzaba la sentina soñaba tras la noche de la distancia espesa una pequeña amada y que era gran duquesa y cuyos dulces ojos lloraban por él mismo. Pensando así, bajaba sus ojos al abismo, y luego lentamente sacó el blanco pañuelo. De codos en la borda, su lánguido desvelo veía la distancia, la guerra interminable; y era de lo más tierno verle tan lamentable llorando sus amores; y su llanto aflictivo se iba con la corriente del negro Kuro-Sivo.

Llegaban vagamente aplausos de allá abajo.
Cuando de pronto el buque tembló como un vil gajo,
contra su propio peso subió desde la quilla,
y roto al fin por esa enorme zancadilla
se hundió en el mar de Oriente con todo el equipaje.
Sólo el enamorado que lamentaba el viaje
huyendo de banquetes en su nupcial cariño,
y que en el entrepuente lloraba como un niño;
al recordar su novia, la gran duquesa blonda,
a causa de esa crisis de bienestar profundo,
cuando el Petropavlov se hundió con todo el mundo,
el gran duque Cirilo flotó sobre la onda.—

Tengo apuntado este asunto para un cuento en serio (⁷³). Tiene cosas muy lindas para ser aprovechadas.

Ahora tengo unas cuantas cosas que he visto por ahí.

Los silogismos: El que no ha perdido una cosa, la tiene —tú no has perdido cuernos— luego tú tienes cuernos.

Otro: —¿Conoces a tu padre? — Sí. —¿Conoces a esta persona tapada? —No—. Esta persona tapada es tu padre. Luego tú conoces y no conoces a tu padre.

—Aristóteles observó que los animales con cuernos tienen las pezuñas hendidas y son herbívoros: que los cuadrúpedos vivíparos tienen dientes, y cuantos más tienen, son de vida más larga; los que tienen dientes en las dos mandíbulas, tienen un solo estómago y no son rumiantes; los carnívoros beben lamiendo, y los que tienen dientes iguales y lisos chupan el agua; el hombre es el único animal que tiene pestañas en el párpado inferior, los reptiles tienen la voz débil; que los caballos enfermos se deleitan oyendo tocar la flauta.

—El emperador Maximino abría una herradura entre las manos.

—Van Helmont negó el silogismo, y empieza así: “Yo bien sé que el raciocinio más fuerte, el silogismo, no ha producido nunca ciencia alguna, ni es capaz de procurarla. De las diecinueve fórmulas del silogismo, doce concluyen negativamente; pero una negación no es ciencia, pues quien niega que alguna cosa existe, no enseña nada de lo que existe. Como el silogismo está fundado en que dos cosas que convienen entre sí deben concordar con una tercera, cuya conformidad aparece en la conclusión, es necesario admitir que el conocimiento de esa conformidad existe en nosotros antes de la conclusión, de modo que en general se sabe ya de antemano lo que la conclusión debe demostrar. Lo que más puede suceder es que cualquier cono-

cimiento resulte algo más claro por medio del silogismo; que si antes era aquél dudoso, lo mismo subsistirá después...

El silogismo es útil para demostrar algo que ya se ha hallado. El que usa el silogismo conoce ya distintamente lo que quiere demostrar por medio de la conclusión, y conoce los términos, el medio y el modo. Nadie ha hecho hasta ahora silogismo con términos desconocidos. Este género de demostración me parece propio tan sólo para que los maestros exciten la atención de los discípulos", etc., etc.

Yo, que profeso especial antipatía al silogismo, recuerdo siempre y afirmo lo que alguien dijo: que el silogismo es razonamiento de perros (⁷⁴).

—Por mi parte, creo que la única unidad verdadera, fuera del alcance de todo sofisma y sutileza, es el universo. Creo difícil negar la unidad de todo, todo lo que existe en este y todos los mundos y el espacio y el éter y todo.

—[Lo]que le pasa a Brignole con Dostoïevski no es extraño. Yo hube también menester de una segunda lectura de "Les possédés", necesaria hasta entrar de lleno en el ruso. Yo no prefiero ésta a "L'Idiot", ni "L'Idiot" a aquélla. Creo que esta última es más novela, más llevada y estricta, y en Les Possédés hay más caracteres. Fuera de Aglaé, no hay un carácter principal verdaderamente acabado, sin comparación con Stavroguine, Kiriloff, Stefan y Chatoff. En cambio, como creo te escribí a Europa, no conozco escena más grande que la final de "L'Idiot". Cada cual en lo suyo.

A Brignole: —Cuando contestes, di la fecha problemática de tu ida a B.[uenos] A.[ires] — Ya debe andar por ahí "Los Crepúsculos del jardín". Opinión.

A Maitland: —Cura bien la vía respiratoria, no sea Dios que te castigue por ahí. Compra y regala a Aratta una fuerte rasqueta para su pelo arisco. Di en qué novela, cuento, o poema anda José María.

A ambos: —Anda ahora por B. Aires una admirable criatura de dieciséis años, a cuyo recuerdo soy fiel en razón de una noche que cené en su casa, ocupando la larga hora en buscar con mi pie debajo de la mesa, lo que ¡oh Dios! me fue acordado encontrar con ajeno beneplácito. Aún llegué a bajar la mano, so pretexto de corregir la servilleta, y la coloqué, con la curva precisa, sobre su rodilla un momento, un solo momento. Mucha agua tomé esa noche, y más tomaré aún pues la chica volverá pronto.

Lunes 26 - 7 pm.— Ahora que acabo de cenar y con el calor he

tomado demasiada agua que me pide mi estómago algo dilatado, recuerdo que en las memorias europeas de Brignole se nota siempre este rasgo de dispéptico: sea cual hubiera sido su estado de ánimo en tal día y a tal hora de escribir, jamás se olvidó de poner *cómo había comido* ese día.

—Noche venturosa ésta, caliente sin humedad ni mal tiempo, llena de bichos de luz. Tengo ventanas y puertas abiertas, casi sobre el balcón, y el viento que persiste del Norte llega fresco y ligeramente picante de pimientas de las Guayanas.

—Hoy hemos recogido 116 kilos de algodón. La importancia de la cifra no es visible sino para chacareros. Yo, a fuer de ciudadano nervioso, hago epatantes cosechas que los peones admiran. Verdad es que me estoy haciendo una cintura de acero en fuerza de estar doblado 6 u ocho horas diarias.

—Tengo dos pequeños aguarás-guazú, grande animal peludo y rojo de la compostura del lobo (⁷⁵). Críanse muy mansos, me hacen fiestas y me siguen. Tengo ganas de verme por ahí con mis dos dóciles fieras para llenarme de orgullo ro[o]sevel[t]iano.

Y va de carta. —Como trabajar, he trabajado poco. De noche estoy cansado, a falta de sueño, o hinchado de agua. De día no tengo tiempo. Sin embargo, he seguido mi novela que no será tal sino cuento (⁷⁶). Creo no estar maduro aún para ese aliento. También Brignole, que debía ser el protagonista, ha desaparecido para dar lugar a un Rohan que tiene casi todo de mí en el cuerpo de Brignole. La cosa fue porque el cuento es a base de honda sicología de amor, y el amigo Amycus no siente esas sacudidas bastante literariamente. Sin embargo, Brignole prestará al cuento sus poses de Athos y su bella impasibilidad cuando sufre dispepsia.

A Maitland: Di si diste los libros que te envié, y si a cada cual el que le correspondía por dedicatoria

—Me estoy llenando de tal culto por la verdad y la sinceridad conmigo mismo, que temo mucho vaya a fracasar en cuanto a utilidad se refiera. Un ejemplo: Un indio me recoge algodón por 50 centavos diarios y la comida. Hoy me dijo que quería ganar un peso y la comida.— Conforme —le contesté—, siempre que recojas treinta kilos. Aceptó, y de tarde trajo una bolsa que tuve que pesar por partes, pues mi balanza es de diez kilos. Estos indios son de lo más vil, ladrones y sin palabra que hay, y me hallo muy dispuesto a vengarme de todas las que me han hecho. Ahora bien, como no entienden de números, nada más fácil que robarles cuatro a cinco kilos en un total de treinta. La primera pesada dio cuatro kilos y

le dije tres. La otra dio cinco y le dije cuatro. Pero la cosa me dolía como el diablo, y en la tercera pesada —de ocho kilos— le quité sólo 1/2 kilo. En la cuarta —de nueve— no le quité nada. Pero cada vez estaba más rabioso conmigo mismo, y en el total le dije lo que era justo. Y para reconciliarme algo conmigo mismo le di diez centavos más de lo que debía. Esto podrá ser simplemente honradez. Pero se puede ser comercialmente honrado sin ser honrado consigo mismo, y esto ya es algo en nuestro favor ⁽⁷⁷⁾. A veces reto a algún peón; pero en seguida sé ⁽⁷⁸⁾ que no tengo razón, aunque aparentemente la tengo y él lo cree y lo mismo todos ellos. Pero tengo que decirle que me [he] equivocado, que disculpe, casi, aunque con ello voy jugando todo mi respeto y mi crédito. ¡Qué diablo! Yo soy —lo voy viendo ahora— de los que no echan de menos los veinte años en que se pecó mucho por intransigente, ingenuo por mal lado, y corto de alcances. Me quedará siempre la calma de haberme hecho mejor, corrigiéndome hasta lo posible, y, a ejemplo de aquel individuo otoñal de Groussac, no mirar tristemente las hojas caídas, sino levantar la cabeza hacia el follaje más claro y luminoso.

—Giordano Bruno tenía mucho talento.

—A nosotros nos ha pasado con los sofistas griegos lo que a la buena gente con Verlaine: el cuco. Qué gente admirable aquélla! Tanto más cuanto que nosotros somos de la familia.

—Bonifacio Calvo, trovador del XII siglo, dice así, deplorando la muerte de su amiga: “Era tan buena, tan pura en todos sus actos, que creería ofenderla si rogara a Dios que la reciba en su santo paraíso. ¡Oh! si suspiro y gimo no es por temor de que Dios no le haya concedido la celeste felicidad. Sin ella, faltaría al cielo una especie de perfección de gracias, por lo cual no dudo de que Dios la haya colocado en medio de su gloria; lloro solamente porque me veo separado de ella—”

Junio 29. Estoy en Resistencia. Iré esta tarde a Corrientes a informarme sobre Lugones que debe llegar a ésa en estos días; supongo me traerá su libro, pues no le he recibido ⁽⁷⁹⁾.

Bien se ve que esta carta necesita respuesta larga y profusa. Dios sea con Vds.

HORACIO.

XX

Resistencia, Julio 25 - 5

Maitland enfermizo: Recibí ayer carta tuya y de Amycus, pero no la dirección de éste en B. Aires.

Aquí hemos tenido crueles fríos, pero no catarros ni mayores dispepsias en mí. Voy tal cual, llorando aún la muerte de mis dos aguarás, cosechando el último algodón.

Pasé doce días en Corrientes con Lugones, en danza continua, llenos los oídos de atronadoras instancias para que hablara en un banquete al hombre. Bellos bailes, —cena y tertulia en lo de De Marchi⁽⁸⁰⁾— muchas cosas más.

Ando ya en aprontes para ir al Salto hacia el 15 de Agosto, pasando a B. Aires en Setiembre. Parece casi seguro que tendré mi cátedra, y aún seguro que valdrán \$ 200 el año próximo. Si llego a conseguir tres de ellas, placeráame llevarte un tiempo conmigo, sea siquiera para que te corran los eléctricos.

Lo de la rubia me ha sorprendido. Estoy seguro de no haberme equivocado cuando aprecié con mi ojo que mi otro ojo no le disgustaba. Posiblemente no me halló al fin intenciones de matrimonio. ¡Qué bochinche de familia!

En verdad, después de todo lo dicho en mi anterior, poco me queda por decir. Cuando veas a Lorenzo, cuéntale como dato incontestable que me he pasado cuatro horas seguidas recogiendo algodón, tarea mucho más brava que arar, en fuerza de ser necesario para aquello una actitud de lo más circunfleja, doblado en dos, con los riñones en alto.

He cazado algunos bichos más, todo con mis perros y mi escopeta evidente.

Da muchos afectos a tu gente y abrazos múltiples a varios.

Contéstame al Salto, de donde te contaré impresiones nuevas de mujeres, y algunas que recogí en Corrientes.

HORACIO.

XXI

Salto, Setiembre 6 - 5

Querido Maitland: Llegué aquí el 3, y apenas llegado me metí en cama, víctima de una influenza bronquítica que tenía de días atrás,

que no pude curar en Corrientes por la vida preciosa que allí llevaba. Pero voy bien, el día de lluvia me tiene en casa aunque levantado, y todo pasará.

Hallé aquí tu carta y revista con los affiches. Me alegro lo que es debido por ti y por mí, mucho más por ti. El peso y el éxito son útiles en tu desmirriada existencia, hueca de todas veras del primer forraje. El asunto de tu affiche me pareció un poco amanerado —demasiado d'annunzio. Queda la cuestión color, que ignoro. El de Micoud me agrada, magüer la vulgaridad del efectismo ése, pero muy de pared. El de Pocho me parece sencillamente ridículo, tan affiche de casa de mensajeros como un globo, affiche de cervecería. El de Puig ⁽⁸¹⁾ es muy digno de la industriosa Cataluña. Parece efectivamente bien dibujado, pero pobre de viveza. El de Guarnalousse es interesante. Bien dibujado, y sobre todo colorido, me gustaría más que todos. Muy affiche.— Sensible es que sepeque tanto por falta de oportunidad, vayan Pocho y Puig, uno con su affiche digno de anunciar La Romántica de Lugones, y el otro un taller de costura.

Asdrúbal me dijo ayer que te habían nombrado juez de paz de Minas. ¿Verdad? Como aceptar eso o no, es cuestión completamente de reglamento interno, no sé lo que harás. Sé sí que harás lo que te convenga más, a fuer de Maitland sensato.

Efectivamente conocí a Micoud hace como 9 años en un café donde nos reuníamos. Aún más, pretendí algo a una su hermana. Después hizo el dandy ignorando en un todo sus tendencias elevadas.

Paréceme un buen chico.

Pasé un mes en Corrientes, a todo vapor de galanteo, idoneidad [¿] y frescura. Me quieren mucho por ahí, aún haré allí un pequeño negocio en compañía de tres sujetos, uno de los cuales es X..., de cuya casa soy bastante amigo. Como sabrás, este X... se casó con una Z... Por lo que pudiera pasar más adelante, sería útil me averiguaras por ahí qué fortuna tienen las Z... Tu padre que todo lo sabe en comercio, debe saber eso también. De cualquier modo necesitaría un dato cierto, pues aunque no tengo ideas claras aún, no quisiera consentirme ni consentir a nadie. Para más claridad, las Z... viven en Corrientes y he conocido a una de ellas no desagradable. He oído hablar de \$ 70.000. Me parece mucho. Una respuesta rápida a esto me ayudaría muy por demás.

Nada sé de Amycus. Parece que el afán epistolar se le murió fuera de Europa.

Como aún no he salido, nada sé de otras chicas. En otra cantaré salterios de holganza. Hasta pronto te abraza y que cure bien tu padre

HORACIO.

XXII

[Salto, 19/IX/905]

Setiembre 19. Continúo esta carta, transpapelada según estilo propio.— Curé bien mi malestar, así sea en tu primogenitor (!). Recibí tu postal anteanoche. Esta saldrá recién el Jueves, escribiendo hoy Martes. Vi en *El Día* que debías haber salido la semana pasada para Minas. ¿Es verdad tal acto judicial? Quisiera deveras que fueras a pasar unos cuantos días conmigo a B. A., no antes de fin de Mes, como que permaneceré aquí hasta el 27 o 29.

Asdrúbal debe llegar el Viernes, y tiene ideas fijas de ir en seguida a B. A. no sé realmente a qué. Posiblemente iríamos juntos. Si por ventura llega a ser eso y tú estás aún ahí, y si por mayor ventura la plata es en mí, te mandaré pasaje eficaz para reunirnos en B. A., al són de una ágapa famosa (⁸²).

Maldonado debe llegar el Lunes próximo. Dile algunos cuentos de ahí para que me los pase.

Nada de muchachas, ¡qué hacer!— Si me quieres contestar en seguida, tienes tiempo. Entretanto goza de buena salud —comé bien, contándotelo luego a ti mismo con detalle y satisfacción— y un abrazo con afectos.

HORACIO.

XXIII

[Telegrama procedente de Buenos Aires, recibido el 5/X/905]

Fernández Saldaña — Arapey 50 - Mv.—

Llegué hoy. Si quedas más días contesta. Enviaré menester para ágapa aquí.

HORACIO.

XXIV

B. Aires, Noviembre 23 - 5

Querido Maitland: Llegó tu carta, pareciéndome tan disparatada como a ti la tergiversación inglesa de las dos ciudades.

Aquí seguimos una vida sencilla, Brignole jugando a las carreras,

un poco a la ruleta y otro poco a la guitarrita. Muñecas a todo lo que puede, y yo, único discreto, me abstengo. Es así, no obstante, que ejercito múltiples facultades en una chica, en cuyo sentimiento he entrado, como bella promesa de mejor introducción. Dentro de diez días se irá el padre por dos o tres meses y te contaré luego buenas cosas.

El médico en cuya casa recibe Brignole vagas visitas se llama en realidad Hita, como fue llamado en mi anterior carta (⁸³).

El cuento del perro apareció en *La Nación* (⁸⁴) —que te enviaré más tarde— así como “El solterón” forma parte de “Los Crepúsculos del jardín”, también aparecido hace tiempo. Si no le tienes, te le enviaré, previa contestación formal al caso.

Ha ido aquí al hospital un individuo (.....). Se trata de un terrible priapismo (.....). Ha resistido a todo hipnótico en medio de cruentos dolores (⁸⁵).

Llueve, y no veo más. Responde presto, que hemos de frecuentar la asiduidad.

HORACIO.

XXV

B. Aires, Enero 23 - 6

Querido Maitland:— Acabo de recibir tu postal, con un edificio que no imaginaba en esas sierras (dime si alguna vez ha habido minas de algo en esa región) (⁸⁶). También recibí tu carta anterior, y por una que le llegó a Amycus anteayer, veo que los quehaceres fornicarios te animan como en mejores días.

Ayer hablamos con Barbaroux que anda por aquí. Me dio noticias varias, entre otras la inminencia del casamiento de Lorenzo.

He visto aquí una sastrería de Francisco Fatal. Brignole anda en dimes y diretes con una Haydée, no mala, con la cual pasea todas las mañanas por barrios lejanos. Ça ira, a pesar de la lentitud un tanto beatífica y literaria de la pareja.

—Hay en casa una huésped italiana, morosa, que suele permanecer en lánguidas posturas. “Sonno tanto beata!” —me dice. Muy para ti la cosa.

Me parece de perlas que me envíes el “Parnaso Uruguayo” (⁸⁷). Aquí no le hay, y aunque le hubiera sería lo mismo, dado la pobreza de que andamos haciendo gala, incidente cotidiano que me ha impedido enviarte a mi vez “Los Crepúsculos”, mas que irán en no desesperante porvenir.

Si sabes dirección de Roberto d.[e] l.[as] Carreras, envíamela, así le pediré el himno a la Cavalieri. Le he hojeado y resulta absolutamente estúpido (⁸⁸).

He escrito dos o tres cuentos, uno de ellos el mejor de todos a mi parecer. He haraganeado bastante, pues entre las recidivas de mi dispepsia (⁸⁹) se me ha ocurrido tener sueño invencible toda la tarde, y aún de mañana, levantándome no obstante tarde. Desde hace una semana me he compuesto de nuevo.

Visito una vez por semana en son de noviazgo a aquella chica de que te he hablado (⁹⁰). Ay de mí, recién comienzan a dejarnos solo[s], y aún así me costará no poco llegar a plena sesión de besos. Ha resultado de una honradez burguesa que sus toreadas primeras no permitían presentir.

Ayer fuimos Muñecas, Brignole y yo a cobrar tu chiste en C.[aras] y C.[aretas]. — El primero te compró un álbum francés que débetelo haber enviado. Como te dije una vez, es prudente esperar mayor relación mía con C. y C. para ver de colocar tus anécdotas en cuento. Posiblemente te las publicarían ahora, mas no te las pagarían, y con un poco más de tiempo ambas cosas han de ser posibles.

Muñecas debe ir pronto a Montevideo, y dice te hará una visita a ese país. Yo mismo, si llego a apoderarme de una cátedra que Lugones me gestiona, iré también. Para el viaje hallaré plata, mas no más. Esto dice que cuento con que me des de comer por tres y cuatro días, y dormir. ¿Es ello posible?— Como una vez lo fue en época más calamitosa, créolo más fácil ahora. Con todo, respóndeme al respecto.

Paréceme bien pintes paisajes. Debe haberlos bellos por ahí. Sabe Dios si me gustan las tierras accidentadas, y si llego a ir por allí, treparemos toda una mañana de huelga judicial, a pesar de tu evidente desgracia ambulatoria.— Como hablando de esto me decido completamente a visitarte, dime a qué horas se toma el tren para ésa, lo que cuesta, etc.

¿Sabes algo de Asdrúbal? Debe durarle aún la luna de miel —mel et lac sub lingua tua.—

Hasta pronto, pues, seriamente, y un buen abrazo.

HORACIO.

XXVI

B. Aires, Febrero 10 - 6

Querido Maitland: Ando con el estómago hecho el diablo hace diez días, lleno de náuseas constantes, endolorimiento de estómago, sueño pertinaz, etc. Suficiente todo para convertirme este verano en un desabrido otoño.

Por otro lado, José María estuvo aquí tres días; piensa verte pronto. ¡Qué te voy a decir! Acabo de levantarme de la cama, tras una siesta de cocodrilo dispéptico quebrantado, repugnado. Escríbeme, sin embargo, que me hace bien. Recibe un buen abrazo

HORACIO.

XXVII

B. Aires, Marzo 26 - 6

Maitland: No recuerdo bien si contestaste a una corta mía que te envié cuando aún estaba aquí José M. Delgado. Aunque ya sabes me pico excesivamente de cortesía corresponsal, va ésta a todo evento, por resultar que ahora hay unas cuantas cosas de que hablar.

Primero, habrás visto los versos de José María en "Caras y Caretas". Empieza bien el muchacho, y no hay duda de que ha gustado al mundo (⁹⁰ bis). ¿No ha ido a verte Muñecas? Anda por ahí, y decía iría a serranear contigo. Yo me quedé en el aire —como ves— sin ir. La falta de plata me obsedía, a pesar de los esfuerzos para tenerla. Para mal de males, este mes me pagarán sólo la mitad del sueldo (\$ 90.), alcanzándome tal suma para casa y apenas (⁹¹). Si fuera íntegro el sueldo, ya me hubiera dispuesto a verte en semana santa.— En cambio, Muñecas díjonos que insistías siempre en venir en Mayo.— ¿E vero? Dios te loe. Lástima grande que no puedas venir definitivamente aquí. Resulta que entre Brignole y yo solemos aburrirnos bárbaramente. Tú, que tienes la virtud del ánimo y buen humor, recrearíanos con tu risa en falsete.

Aquella chica de que te hablé es hoy mi novia, y cree me casaré con ella el año entrante. Consigo que nos dejen solos en la sala 5 o 10 minutos, ocupando tal tiempo en besarla en la boca y abrazarle las rodillas, con propia fruición de mi esperanza. Tiene una maravillosa boca la indina; ahora está afuera, volviendo a fin de mes.

Tengo también 36 muchachas en castellano, y 36 en literatura, una de las primeras bastante mona. Me rodean al concluir la clase, me apr[i]etan a veces. Va bien, aunque faltan desgraciadamente las ocasiones de hablar a solas. Posible es que, entrando el año, algo pase.

Brignole va bien; gana plata en una sociedad, y varios pesos en el consultorio.

Alfredo Lagos murió en Tucumán de bronco-neumonía, siendo así que volvía del Salto sano y bueno, cinco días antes.

Lugones se fue a Europa por 9 meses, el 10 del corriente. A fines de Abril aparece un libro de cuentos, suyo (⁹²). Tiene cosas buenas.

Brignole tiene un personaje que se llama *Astrólogo Señor* — nombre y apellido.

¿Bien el amor allí? Es buena diversión, ya lo sé, como también (!) bueno es el placer fornicario, que mal me asiste.

Compuse mi estómago, tengo una ligera bronquitis, me doy inyecciones [de] cacodilato, escribo poco, he pasado bellos días —maldito el de hoy— calor estúpido, mala gente.— [(.....)] (⁹³).

HORACIO.

En otra te contaré lo que decía en eso.

XXVIII

B. Aires — Mayo 1º - 6

Querido Maitland: Ando hoy en un mal día, amigdalítico, afiebrado, cansado, y un sí es no es rabioso. Para colmo hoy me dice la directora de mi escuela que en la Contaduría no me reconocían como profesor (⁹⁴). Fuime al ministerio con mi nombramiento, y parece que es costumbre participar nombramientos sin [que] el decreto exista. Supónete el efecto que esto me hizo. Se buscó, se revolvió, y al fin aquél apareció, comprendido entre una porción donde no debía estar. Estoy aún en trámites, con notas a la Escuela, de ésta a mí, de mí otra vez al ministerio, el diablo se lo lleve. Lo peor es que, con la ignorancia supina que de tales cosas me asiste, he hecho dos o tres disparates. Total: no me pagarán antes de tres o cuatro días —quiero creer que así será— y entretanto no tengo plata desde el 12 de Abril. Bello! Lástima es que no esté Lugones. Este buen amigo anda también flojo en su puesto, pues aquí han hecho y deshecho todo lo que él no hizo e hizo.

Tengo las amígdalas rabiosas; aunque no creo lleguen a supuración. Después de la epopeya de 1901, pocas ganas tengo de eso. Y [es] a este propósito que voy a hacer una pregunta: Cuando a raíz del haschich pesqué la amigdalitis, hacia el 4º o 5º [día] de ésta le dije a Brignole que trajera un bisturí y me hiciera unos tajos, cosa que se efectuó una tarde, para ver de aliviar algo con la hemorragia. 24 horas después cogí gran fiebre (tú estabas en casa y saliste con Brignole a buscar a Mondino, creo). Teníamos un triple susto por temor de una infección, pues el bisturí se desinfectó medianamente. Ahora bien, Brignole niega todo esto, dice que el jamás me cortó nada, que el temor de aquella noche fue por una posible reabsorción, etc. ¿Te acuerdas tú si hubieron [sic] tajos una tarde? Si así es, contéstame en seguida con todos los detalles al respecto que recuerdes. El Brignole, no sólo dice que no recuerda, sino que niega en redondo tal cosa, lo que me choca (⁹⁵).

La chica amada volvió del campo hace días. La visito dos horas por semana, y en el resto de ella ni la veo siquiera. Todo esto sería muy bien si en esas dos horas me dejaran libre con ella. Apenas un par de minutos —4 o 6 besos como mucho— y de nuevo la maldita madre o hermana (⁹⁶). La pobre muchacha tiene una magnífica boca, magüer sus estúpidas ideas de recato.

Maravilloso que vengas. Ven por todo el tiempo que te sea posible, pues te aseguro que nos haces mucha falta. Brignole hace tiempo anda hecho un idiota de serio, y yo no voy mucho mejor.

Hace mucho frío y aún no tenemos estufa. He hecho algún cuento, y empecé una comedia (⁹⁷). No sé si seguiré. La cosa tienta como un diablo, pues con el padrinzago que tengo aquí se representaría indefectiblemente. Ahora están pagando 50 \$ por noche, y por mala que sea una obra se da 20 veces por lo menos. ¿Por qué no tientas la comedia? Me parece que tienes fibra para eso; ya hablaremos aquí.

Nada sé de José María, aunque es bien posible que no le haya contestado. Asdrúbal no da señales de vida, y Barreto me contó que estaba hecho un perfecto burgués casado.

Cuando vengas haremos ágapas en casa de Forteza, donde los celebramos una vez por semana, previa comida —y que a ti te halagará debidamente.— Mi estómago se puso recio y sabio después de 20 días de no andar bien. Me doy inyecciones de cacodilato, santa cosa.

(.).

Di con anterioridad cuando vendrás, así aprontaré famosos ale-

jandrinos para ágapa en Forteza. Recuerdos a tu gente si la has visto, y un fuerte abrazo.

HORACIO
Córdoba 728 —con Amycus—

XXIX

B. Aires, Mayo 17 - 6

Querido Maitland: Tuvimos tu carta. Agradecido debidamente a tu generosidad, aunque por ahora espero no llegar a usar de ella. Creo que mis gestiones se arreglarán este mes, de modo que al fin del mismo tendré \$ 360 por lo menos, ay! prontamente liquidados en cosas pasadas. En verdad no creíamos que día llegaría en que tú habías de ofrecer tu bolsa (sabe Dios si escasa antes!) con más o menos ricas monedas de oro.

Hoy estoy excesivamente mal de ánimo, magüer esta carta, lo que prueba la jocunda influencia de tu persona en mí. Pobrezas por un lado, disgustos con la vice directora de la Escuela, por otro, me han amargado bastante el día. He estado rumiando —te confieso que varias veces me ha pasado esto— hacerme admitir en una penitenciaría, de penado. Me tienta hacer de carpintero, herrero, encuadernador todo el día, y leer de noche solo en mi celda. Me parece un ideal. Hoy, por ejemplo, estoy hasta el vértice de pillerías, vanidades y estupideces de todo el mundo. El contacto que he tenido forzosamente con gente ministerial ha exasperado esa rabia. ¡Qué inmundos pillos estúpidos! Si algo deseo es tener un poco de plata, echar al diablo a todos los hombres y encerrarme en otro Saladito. Supondrás si —en tal estado— echo de menos mi temporada agreste. Sentarme en un claro de monte, en una buena mañana de invierno y sol, habiendo caminado mucho, fumando un cigarro con la escopeta al lado, rodeado de los perros echados, me parece esto una esperanza de nueva vida—

En estos meses nos quedaremos Brignole y yo solos con la casa de que somos huéspedes. La cosa es buena, pero tiene el inconveniente de que el presupuesto para tal nuevo modo de habitar sobrepasa en 60 pesos a nuestras entradas, lo que es estúpido. Nueva calamidad.

Hace veinte días rompí con mi novia. Parece que al padre se le ocurría que yo debía ser más expresivo con él (aunque no lo veía nunca)

y que debía también besar a un botija de 2 años. La muchacha me lo dijo como consejo, aunque la lección era evidente. Fumé un cigarro más y me fui. Le dije que me gustaba mucho besarla a ella, pero no al chico, a menos que tuviera ganas, etc. No he vuelto y así ha quedado. Lástima de familia estúpida pues la muchacha tenía honda y cálida boca.

En cambio la semana pasada fui a visitar a Clelia [...] que está aquí. No hubo ocasión para nada. Ayer volví pero había salido. Tal vez vuelva esta noche. Me recibió en el comedor. Si la encuentro en la sala... y si no se lo propondré. Dios me guarde. Otra carta que te escriba será probablemente sabrosa. (.)

Te esperamos como al Mesías, ni más ni menos. ¡Si el hado te deparara poder venir a establecerte aquí con cualquier secretaría de Consulado!

El pinchazo amigdalítico de que te hablaba no [es] el que tú citas. Sobre ése no hay duda ninguna, y todos estamos contestes en que cierta noche yo me abrí las amígdalas. Pero yo afirmo que 48 horas antes, al atardecer, Brignole me dió unos pinchazos para calmarme. Al día siguiente de esta operación hecha por Brignole, la fiebre comenzó a subirme de golpe, y creo que tú estabas, pues fue en esa ocasión cuando tú y Brignole salieron de noche a buscar a Mondino. Ahora bien, la cuestión es ésta: ¿hablaron Vds. dos esa noche de posibilidad de infección, de bisturí mal quemado, de corte, en una palabra? Si tal hablaron, hubo corte, sin duda alguna, que es lo[que] queremos resolver.

Tú te refieres al episodio final cuando yo mismo me abrí las amígdalas delante de un espejo. Pero 48 horas antes había[n] tenido lugar los tajos de Brignole, que éste niega calamitosamente. Todo consiste en recordar si en la caminata aquella que Vds. dieron se habló de bisturí, etc., pues si así fue, no hay duda de que a un cortado se refería.

Esta abundancia de detalles es necesaria para dilucidar perfectamente la cosa.

Pronto vendrá aquí cierta francesita de que te [he] hablado; siquiera!...

¿Qué hace Bayac ahí?

Sé que Maldonado publica en estos días un libro: "Cabeza de (.)", López y Curis (⁹⁸) me envía infaliblemente una revista *Apolo* que él dirige, y en cuya tapa viene, sin faltar una sola vez, el retrato suyo.—

Ha hecho mucho frío; ahora no.

Dime si por ahí hay sierras cercanas, arboledas, etc.— Muy bien por lo de cazar los domingos. Quisiera verte.

Un buen abrazo y contesta pronto

HORACIO.

XXX

B. Aires, Junio 15 - 6

Querido Maitland:— Hace por aquí un frío de todos los diablos, de dos días a esta fecha. Supón que hoy teníamos 2º a las seis de la mañana. Tenemos la estufa prendida todo el día, pero aún así no hace calor. Por ahí no lo han de pasar mejor.

Estoy tragando la rabieta que me acaba de hacer agarrar la sirvienta de casa. Me ha echado a perder la tarde, y quiero ver si escribiéndote se me pasa.

De qué irías a Montevideo, en caso de que te enviaran allá? Si es de juez mejor que mejor.

(.)

No ha llegado por aquí "Cabeza de Oro" (ºº)— Brignole cumplió ayer 28 años, llegando así a una vejez de viejo modelo.

El maldito día áspero me tiene amilanado. En otra estaré mejor y más comunicativo— Un fuerte abrazo—

HORACIO.

XXXI

B. Aires, Julio 15 - 6

Querido Maitland:— Con tus cartas me pasa que creo siempre haberlas contestado. Hoy, pensando bien, me he acordado de que no, y escribo mi epístola.

He sabido algo de ti por Muñecas —que está aquí— y por Silvio Brignole —que estuvo tres días. Lo que veo de embromado es que nosotros no podemos prometer nada en serio, en lo que con dinero se relaciona. Tú hace 4 meses que andas por venir; yo hube de ir en Abril *sin falta*, y todavía en igual estado. ¿Te cambiarán efectivamente de lugar? Dios sea loado, y nos veamos pronto.

—Escribe más claro, pues me cuesta entender tu letra de pintor—

Por aquí voy mejorando visiblemente. Fuera del mayor conocimiento que la gente tiene de mí —han dado en elogiarme de lo lindo— resulta que en Caras y Caretas, fuera de los cuentos que les agradan mucho, me han pedido *notas* para ser ilustradas con fotografías. Ya apareció “El hipnotismo al alcance de todos” y en el próximo número saldrá “La esgrima criolla”. Por cada una de estas notas me dan \$ 30, y 20 por cada cuento. Como podrá aparecer uno de cada uno por mes, son \$ 50 útiles. — Item: un Ricardo Rojas, poeta y amigo, me ofreció colaboración en “La Nación” 40 centavos línea. Se trata de una serie de artículos con seudónimo que hay siempre en la primera página. Tienen un grupo de 15 escritores para tales artículos diarios. Aunque al principio no me publiquen sino uno por mes, la cosa es buena. De modo que cuando veas un artículo firmado: “*Dela-goa*”, acuérdate del viejo Aquilino ⁽¹⁰⁰⁾.

Este es el sensible cambio habido en mi lento avance hacia la plata profusa. Estoy con tales cosas bastante satisfecho de mí mismo, y además con tres o cuatro cuentos para libro ⁽¹⁰¹⁾ que he escrito últimamente. Trabajo bien, con ganas, y energía y deseo de no desmentir por un momento mis aspiraciones de muchacho, que son las grandes.— Migliorero sube también, un peso aquí, cinco allá, pero marcha. A fin de mes nos quedamos solos en la casa, y apesar de la pobreza bárbara que tal lujo nos acarreará, lo haremos, contentos con la buena causa. Así es que cuando vengas viviremos en terceto, amén de alguna descarriada infelice que tu gordura prometedora de buen macho atraerá.

Nada de mujeres, ni siquiera de putas. Andamos pobres, mucho, pagando aún déficits de un mal mes. Mas se arreglará, sobre todo si muere Pellegrini, como morirá ⁽¹⁰²⁾. Vendrá Roca, con él González y Lugones, y nada extraño entonces que yo tenga otra cátedra y asimismo Brignole, según lo dio a entender Lugones— Yo arreglé mis haberes en el Ministerio, sin mayor dificultad.

Con tales buenas esperanzas, un buen abrazo a tu salud.

HORACIO.

XXXII

B. Aires, Setiembre 3 - 6

Maitland: Necesito me contestes en seguida a esto: tú me hablaste una vez de un asunto para cuento ⁽¹⁰³⁾, en que había un

individuo que le arrancó la lengua a otro, y le echó el chorro de agua, viendo enseguida en el fondo otra lengüita que salía, etc. ¿Es tuyo el asunto? Si no es, dime de dónde lo sacaste. Si es, y tú no piensas aprovecharlo, dámelo, pues se me ocurre algo bueno para hacerlo cuento.

Me urge la cosa. Responde en seguida, que ya irá una larga, con detalles femeninos.

Un abrazo.

HORACIO.

XXXIII

B. Aires, Setiembre 12 - 6

Recibí la tuya y contesto tout de suite. Desde ya te digo que el cuento de las rayas debe ser cosa buena. Sin saber mayormente de lo que se trata, conceptúo un hallazgo el asunto ése, en que las rayas —animales malditos— desempeñan su lúgubre papel.

Tanto es así que apenas leída la noticia tuve una infinidad de sugerencias cuentísticas.

Aprovecharé el asunto de la lengua larga, y muy pronto. Posiblemente tú andarás de por medio, para salvar la cosa, e ídem con el de la raya (¹⁰⁴).

Hoy hace excelente día primaveral. Infórmame de la altura de esas sierras, caza, frutas, etc.— Nada extraño fuera.— Buen abrazo

HORACIO.

XXXIV

B. Aires, Setiembre 21 - 6

Querido Maitland: Recibí hoy tu carta. Los informes que te pedía respecto a ese país son esta vez indicio cierto de viaje. No sé adónde ir, si a Córdoba o allí, siendo segura una de las dos cosas. Ir a ésa me tienta —supondrás— por buenas razones de amistad; mas mi viejo plan cordobés me seduce también, sobre todo por los proyectos ya hechos. Gozalbo (Vicente) irá conmigo, y hubo de ir Brignole. Como estoy desocupado de 15 Noviembre a principios Marzo, y aquí gasto más sin duda que en esas danzas, saldré por un mes.

Cuando leí tu argumento y llegué al final, me reí tanto que lo desperté a Brignole y le conté la cosa. La verdad es que Brignole no siente estas cosas como nosotros. A mí me parece la más grande epopeya de la eufonía. Por un simple juego de palabras, nada más que porque dos cosas distintas suenan igual, hacer todo un cuento. Como dices, es de la más pingüe locura. Trataré de hallarle una vuelta decente, y hablaremos de eso ⁽¹⁰⁵⁾

Ya hice el otro, el de las lengüitas. Empieza así: "Fernández Saldaña me dijo un día este asunto. Hace poco supe que eso había pasado en realidad, y le escribí preguntándole cómo lo había sabido. Me respondió que había sido una simple ocurrencia suya, muy sorprendido a su vez de mi carta. Como no tengo por qué dudar de él, hago constar la coincidencia.

Publico esto con mi nombre por un pedido: la familia del autor hubiera sufrido demasiado"... etc ⁽¹⁰⁶⁾.

Saldrá en C.[aras] y C.[aretas].

¿Bien la pseudo-albuminidia?— Deséolo, ítem el fornicable. Por aquí —y para otra carta— se preparan cosas buenas. Un buen abrazo.

HORACIO.

XXXV

B. Aires, Octubre 8 - 6

Querido Maitland: Voy a contestar a tu corta carta, bien que tú las pidas largas.

Hablando de las rayas, mantengo mi opinión de la epopeya eufónica. Creo sí, y en esto distinto a ti, que es bastante difícil hacer de eso un cuento orgánico —no simple fantasía de epiléptico. Creo haberle hallado el lado, y saldrá más adelante.

Es así cómo [Horacio] Maldonado me mandó hoy su "Cabeza de oro", una de las cosas más malas —ingenua— que haya leído. Lo peor es que no revela nada, ni para pronto ni para nunca. Si viviera 180 años, tal es la lentitud de su avance —pudiera hacer algo. Pero en 40 o 50 años no va a tener tiempo. Hay en ella algo para lo cual tú y tu madre han servido de indudable modelo, sin saberlo agarrar, por otro lado. Lo que tiene de bueno es que no hace estilo, magüer sus viejas declaraciones de preferir perder el modo de caminar antes que aquél.

De mujeres te contaré que la chica de Lomas, nunca más. Sus padres se opusieron rotundamente a todo amor, y la muchacha asintió. Lástima, porque la doncella era muy mona.

En cambio hay aquí en casa, de 4 meses atrás, una S[r]ta. S... (....) de ésa, de 23 años, bastante mona, magnífico cuerpo, ídem cutis, soberbia boca para el beso. No sé cómo dimos en conciliar nuestros modos de ser. (.)

Como ves, la dama es audaz.

Acá también B. me presentó un día en su gabinete a una dama X, viuda, (.....). Un buen día vi a la dama de nuevo en compañía de una amiga joven (.....), chica de 19 años, trigueña fuerte, histérica, todo un tipo para ti por su color y [...] americano. De tal modo, comprenderás sin mayor esfuerzo que gozo de feliz desahogo en ese artículo raro las más de las veces— Item, hay una chica discípula en la E. N. que se deja mirar demasiado por mí, dándome igual dulce placer. Lástima que no haya mejores ocasiones. En estas vacaciones veré de propasarme.

Migliorero (.....) practica otras hiperdulías por ahí, y no se queja. Trabaja medicalmente cada vez más. Muñecas debe andar por ahí. No hay esperanzas de que asiente la chaveta.

Por ahora esto es todo. Con tantos dimes y diretes genital trabajo poco, mas empezaré en estos días. Goza de buena salud tan grata a ti, y recibe un fuerte abrazo

HORACIO.

XXXVI

B. Aires — Noviembre 18 - 6

Querido Maitland: Acaba de llegar tu tarjeta. En verdad he pasado muchos días con una porción de tareas de todo género, entre ellas la venida de Lugones, banquetes, fin de curso, líos dobles de amor, etc.— Ayer hube realmente de escribirte, a raíz del cuento de C.[aras] y C.[aretas]. Supongo leerás ésta por allá; debe haberles gustado el cuentejo, pues no hace veinte días publicaron “Los buques suicidantes”, siendo así que no es costumbre repetir una firma antes de mes y medio, por lo menos. En estos días empezaré “Las rayas”, pero no para C. y C. ⁽¹⁰⁷⁾.

El quince concluí mis clases, y estoy dispuesto definitivamente para

ir a Misiones. Compraremos allí una chacra que nos ofrecen —Gozalbo y yo— con gran monte, vistas al Paraná, etc.— Saldré a principios de Enero, demorando hasta fines de Febrero ⁽¹⁰⁸⁾.

Y tú? Si has dinero para ir hasta M.[ontevideo], cómo no lo has para venir hasta aquí, sea siquiera por dos días? Mi haber, como siempre, muy maltrecho. Para mejor, ayer renunció González, de quien Lugones iba a ser secretario. De modo que mi futura cátedra naufraga, por lo menos por ahora ⁽¹⁰⁹⁾.

Está aquí desde hace un mes cierta francesilla del Salto, de quien te he hablado. Gracias si en sus brazos logro pasar más de una hora agradable al hombre.

Migliorero avanza en clientela, y por ende en dinero. El mes pasado llegó a ganar 80 \$ de consultorio, lo que es opimo.

He leído que por ahí andan de líos religiosos ⁽¹¹⁰⁾. Buena ocasión para una campaña clemanceuniana, amigo.

Tengo la cabeza un poco agriada a raíz de una rabieta que he pescado al entrar en casa. Cierro ésta, deseándote ánimo para venir a vernos, así como útil salud y facilidad fornicaria.

HORACIO.

XXXVII

B. Aires, Diciembre 24 - 6

Querido Maitland: Anteayer te contestó Migliorero y ahora lo hago yo. Lo que me parece raro es que, yendo a Montevideo, no te animes a llegar hasta aquí. Cuestión plata? Sin embargo no creo te costara mucho, suponiéndote a ti hombre de más dinero que nosotros. Qué diablo! Está de Dios que quién sabe cuándo nos veremos.

Por mi parte me voy a Misiones el próximo domingo con Gozalbo. Estaremos dos meses. Tenemos idea de comprar una chacrita, so pretexto de propiedad divertida. Si lo hacemos, Gozalbo volvería a allí a establecerse, y yo iría cuando pudiera. Estoy loco por hacer un poco de vida brava ⁽¹¹¹⁾.

En cuanto a letras, me entero de lo referente a Gomensoro ⁽¹¹²⁾ y Cía. El tal Gomensoro me parece que no publicará nunca su obra, si es verdad que la tiene concluida. Vi por aquí un libro de un tal Nébel, cuñado de Herrera ⁽¹¹³⁾. Versos becquerianos y una edición —como es de esperarse de la costumbre de los de allá— espléndida.

Parece también que un caballero Andrés Demarchi ⁽¹¹⁴⁾, médico,

dramaturgo, que vive hace un tiempo en Corrientes, gran amigo y cenacular de J. Herrera y Reissig, se ha resentido gravemente conmigo por chismes literarios. Corrobora a mi respecto la opinión que J. H. y R. tiene de mí: "falso, muy falso, envidioso, hablando mal de todos por incapacidad envidiosa", etc. Qué tal el mozo? Con razón decía Roberto de él que "es un zonzo". Mucho me temo que tales deires de Herrera hayan nacido después de la última vez que nos vimos en tu casa (¹¹⁵).

Por otro lado, habrás visto en C.[aras] y C.[aretas] *La Lengua*. ¿Te gustó? Deseo tu opinión —siquiera por ser el padrino.

El País abrió un concurso de cuentos, con \$ 500 al primero y objeto de arte al 2º y 3º. Se publicarán el 2 de Enero. Magüer las esperanzas consiguientes, no creo me premien. Temo mucho al vencedor del otro concurso del mismo *País*: Giménez Pastor. Acaso Javier de Viana o cualquier otro. Pero si ganáramos, amigo, buena alegría para todos nosotros (¹¹⁶).

Parece ser que trabajas. Ya es tiempo, Maitland, y mucho más si progresas. Veré con singular y retrospectivo placer tus elucubraciones, aunque me temo —ay de nosotros!— que ya no sienta las que pintas. Yo he dado tal vuelco en cuestión miras y procedimientos de arte, que de cinco años a esta parte he mudado de pellejo, con ideas y todo. Sobre todo hay algo que me exaspera aún: Pasquale Gaetano Rapagnetta. Y este ridículo calvo te marea todavía con su papel de arcángel anunciador: Gabrielle D'Annunzio... —Sabe Dios que el mote de *sincerista* (^{116 bis}) que me aplicaste es toda mi guía, mi esperanza y mi fe.— Fuera de esto, no sé qué demonio pintarás ahora. Si paisaje o retrato o composición normal, bien. Pero si composición d'annunzista, maldito sea el abruzo. Tengo porción de anécdotas de ese caballero, que te haré conocer. Y para que no creas en ensañamiento porfiado y consciente de muchacho gracioso, van de nuevo los dos versos, que no sé aún cómo Vds no sienten:

"Lontano come un grande, passatto dolore,
grande come un passatto, lontano amore"... (¹¹⁷)

Y luego la cuestión estilo. En mis buenos tiempos yo creí que el estilo era cosa de palabras inesperadas, y sobre todo de frase musical. De ahí mi amor al hombre.— Total: otra vez que nos veamos, peharemos al respecto.

Aquí se fundó una "Sociedad de escritores" que parece va a tener suerte. Como piensan editar decididamente antes de Marzo,

me han insinuado un pedido de mi próximo libro. Creo no se hará nada. Con la salida de Lugones de la Inspección y del gobierno actual, las finanzas no prosperarán mucho el próximo año, a menos de un cambio político que alzara de nuevo al P. A. N. y sus secuaces. Pero como yo estoy seguro de que las cosas no van para atrás sino para adelante, tendremos forzosamente más plata, lo que siempre ha sido bien.

Dile a José María que me escriba, enviándome algo de sus versos.

Contéstame a San Ignacio, Misiones, R. A.

Y un buen abrazo siempre

HORACIO.

XXXVIII

Paraguay - Puerto Alegre, Enero 29 - 7

Querido Maitland: Acaso sepas por Brignole que estoy aquí, en un obraje de Mr. Robert Hilton Scott, a 18 leguas arriba del Iguazú. Creo te dije que pensaba ir a San Ignacio en Misiones, pero en el viaje conocimos a Mr. Scott —Gozalbo y yo— y nos largamos hasta aquí (¹¹⁷ bis).

Este es un país endiabladamente montuoso. No hay nada más que monte, sin el más elemental claro, monte hasta el Amazonas al norte, ídem hasta la cordillera al oeste, ídem hasta Corrientes al sur, e ídem hasta el Atlántico al este. Te enumero tan prolijamente esto porque es sorprendente la necesidad que se siente aquí de un pedacito de tierra en que no haya árboles y enredaderas y bejucos y tacuaras, tacuapís, tacuarembós. El río, desde San Ignacio aquí, está encajonado en barrancas de 100 a 150 metros en declive de 45° a 60°, todas monteadas. A no ser el desahogo de las picadas de obraje, algunas maravillosas, no se podría materialmente vivir. Como calor, de 39° arriba. De noche refresca mucho, y no hay nada de mosquitos. De día, polvorines y barigüás, no abundantes. No hay víboras ni arañas ni escorpiones. Maravillosas mariposas y tucanes. Un negro brasileiro y viejo, vecino de enfrente, con quien he ido a cazar, tiene dos perros que se llaman Suspiro y Sol de Mayo.

Empleamos 14 días de viaje desde B. Aires, llegando aquí el 20 del corriente.— El otro día vi pasar dos papagayos, asustados aún de Orellana. Son raros aquí (¹¹⁸).

En B. Aires pasé quince días últimos bastante duros por razones femeninas. Te contaré luego la cosa.— Habrás visto “Las Rayas” en C.[aras] y C.[aretas]. ¿Te gustan? Agradaríame (¹¹⁹).

Como pensamos salir de aquí el 4 próximo, no me contestes aquí, sí a B.[uenos] A.[ires] Demoraremos algo en Corrientes y Resistencia.

Dios te ayude y te abraza

HORACIO.

XXXIX

B. Aires, Marzo 2 - 7

Querido Maitland: Anteayer llegué y leí tu carta. Tal grata noticia de que vienes paréceme ilusoria por lo bella. Quand-même, como estamos ya a principios del Marzo debes venir de un momento a otro. Aquí hay para ti habitáculo y vituallas de boca, amén de nuestra compañía. Pasarás quince días —suponiendo no te animes a más— en creciente gordura de grasa y regocijos nocturnos en calles y casas públicas.— Haz eso, decídeté, y será lo mejor que hagas desde que no hacemos cosas juntos.—

En cuanto a *Las Rayas*, todo proviene de la ineludible individualidad. Tú los viste tinterillos descoloridos y sabios, yo estornudadores turbios. ¡Qué hacer! Como bello cuento, lee o habrás leído en Caras “Clinio Malabar” de Lugones (¹²⁰). Este amigo es por el momento director de “El Diario” y lo pasa bien.

Parece que, entre muchas otras cosas que me pasaron en el Paraguay, me pasó una ura (¹²¹) por el hombro y depositó en él cierto huevo de su vientre, que creciendo y laborando devino cruel gusano que recién ayer me sacó Brignole. Sabrás que la ura es una mosca negra y peluda, enemiga radical de todo buey del campo. Casi nunca pica a los hombres. A mí me tocó tal destino, debido posiblemente a mi costumbre de andar las 7/8 partes desnudo. Cuando nos veamos te contaré tremendas historias mujeriles que me dejaron el pelo blanco por dentro.— Así es que decídeté y vente y nos reiremos a soplete.

Un fuerte abrazo

HORACIO.

XL

B. Aires, Abril 9 - 7

Querido Maitland: Imperdonablemente se nos han ido los días. Que hoy, que mañana, y así hemos pasado hasta hoy sin escribirte.

Presumimos que la cosa marchará con su paso tranquilo de tifoidea amiga de que no la apuren para irse sola. Endiablado país el de Minas! Alguna vez oí hablar de sus malas condiciones acuáticas, y tu indigestión me hace recordar el chisme.

Sabe el Hado que bien tendríamos ganas de ir siquiera un día a pasar contigo. La plata, amigo! Tan luego estos días andamos enredados en la tela. En otra ocasión, posible. Pero ahora...— Aunque es justo que escribir te canse, cuando puedas hacerlo sin mayor fatiga, mándanos unas líneas; por lo menos haznos enterar de tu salud. En cambio me parece que después de la convalecencia no te estaría demás un paseo aquí. Tienes aquí todo, de modo que parecemos estar en el mismo caso: estadía gratis, traslación difícil.

Como hoy no tengo la cabeza precisamente tranquila, corto hasta otra. Mejórate y recuerdos

HORACIO.

XLI

B. Aires, Abril 13 - 7

Amigo Maitland: Con la alegría natural leímos tu última carta a tinta, pues es sabido que toda escritura a algo que no [sea] lapicera, es más terrorífica que un telegrama. Dios sea loado, pues LA ILAH ILL'ALLAH, OUA MOHAMMAD RASSOUL ALLAH! ⁽¹²²⁾.

Aunque nada nos has dicho, suponemos habrás recibido dos cartas que te enviamos a raíz de tu primera carta maladiva. Con respecto a tu convalecencia ⁽¹²³⁾, librete Dios, amigo, de todo antojo —así sea Picadillo— y que tu buena madre te cierre la despensa, magüer tus ineludibles runruneos. Y de todo Blas Vidal ⁽¹²⁴⁾, amigo célibe!...

Entiendo que aún tendrás para unos cuantos días de dieta y reposo, en pos de los cuales te esperamos como a Job. Tómame de 15 días arriba de regocijo, y así te contaremos cada cosa, increíble a

un oído occidental: leemos las "Mil una noches", 16 tomos en 4º, traducción literal del texto árabe, llena de las más aturdidoras licencias de expresión. Gran libro, con el que todas las noches admiramos el sexo contrario, si bien después de exclamar la invocación consabida: La ilah...

Mucho nos tememos que Gomensoare [sic] deforme nuestra bohemia, prestándole un espíritu presuntuoso que la hará insoportable. Allá veremos. Si el libro no viene aquí, házmelo enviar o tráelo tú mismo (^{124 bis}).

Cuídate, nada de macanas y abrazos

HORACIO.

XLII

B. Aires, Mayo 1º - 7

Querido Maitland: Días atrás recibimos una tuya, llena de buen ánimo y salud quasi restablecida. Es así que yo también recobro ánimo, a raíz de la septicemia que pescó María (¹²⁵). Por misterios de la naturaleza, la muchacha reaccionó, de modo que en 7 días se puso fuera de peligro. Durante tres días la fiebre se fue al diablo, pero ayer ha recommenzado, si bien no en forma septicémica. Parece que se está formando un flemón, y ya sabes que todo lo que se puede desear en tales danzas es que los microbios se localicen en tumor accesible al bisturí. Los médicos no se inquietan ya, y esa benefactora quietud es en mí. La verdad es que pasé días duros, sobre todo porque era el único en la familia que veía la estupenda gravedad de la cosa, y tenía que disimularlo.

Y a ti: se te fue ya el quintito de fiebre? Ruégote, amigo—bien que no seas capaz de imprudencia alguna— que te percales de toda glotonería perjudicial. Así el quintito se irá aburrido de asecharte en vano, y podrás más tarde comerte al amigo de tu padre, en forma de picadillo.

Hace mucho frío. Hondos recuerdos misioneros vienen a achuchar-me en esta inclemencia, y me paso horas, mascullando proyectos de vida solar y ejecutiva. Mamá está dispuesta a comprar una chacra por allá, que yo iría posiblemente a hacer andar. Cuando vengas la conversaremos como pocas veces (!) nos fue dado hacerlo.

Por aquí no hay novedad literaria. Háblase mucho de fundar casas editoras adecuadas a la pobreza de cada cual, pero aún no ha

salido nada. Yo no sé de dónde voy a sacar dinero para mi próximo libro. Puede que haga arreglos con un editor que hace tiempo me anda echando el ojo (¹²⁶).

—Cuando salgan los libros de Maldonado y Gomensoro, hazme los envíos.

Contesta pronto. Muchos afectos a tu gente y un buen abrazo

HORACIO.

XLIII

Convalecencia se escribe así

B. Aires, Mayo 7 - 7

Querido Maitland: Llegó hoy la tuya. María sigue mejorando. No se ha formado flemón, pero tampoco fiebre. Esta reaparece cada dos o tres días, pero se va pronto: colazos ineludibles. Tal vez haya un poco de congestión hepático-renal, cosa muy subsecuente a aquellas insanias.

En lo del consulado, he hablado conmigo mismo y algún enterado de esas historias. Te diré que ciertamente aceptaría. Me enteran de que con 4 o 5 horas de oficina diaria bastan, y aún menos. Todo es cuestión de buen canciller. Con Viera no tengo ninguna relación, ni buena ni mala, salvo la de ser coterráneos. También iría a muñequear eso, siempre que el asunto estuviera lo suficientemente adelantado como para [no] moverme en falso. Claro es que por muñequear entiendo hablar con Arena y algún otro conocido. Para todo esto sería bueno me tuvieras al cabo de los progresos —o no— del asunto, así me iría preparando en los ignorados conocimientos de la diplomacia comercial (¹²⁷).

Bien por tu salud. Es muy posible que con esa crisis te hayas curado de toda dispepsia. Absorbe leche por muchos días más, que tiempo tendrás de hartarte de humitas.

Te esperamos en buena hora. Como sabes, hay para ti cuarto y comida.

No he visto por aquí la revista de Herrera (¹²⁸); mándamela si puedes.

De mi libro (¹²⁹) te diré que espero lanzarlo en Agosto, si encuentro \$ 400, cosa no fácil. Hay un editor Moën que me corteja suspicazmente hace tiempo, pero no me habla claro. Creo que para este libro

no se anima del todo a editarme. Pienso también hacer edición amarilla, tipo francés común, y sin carátula, por lo tanto. Me he enfangado tanto antes en decadencias, bellos gestos y singularizaciones, que tengo horror a todo lo que pueda hacer creer en una de aquellas cosas ⁽¹³⁰⁾. No obstante, si me mandaras modelo de la carátula —cosa bella, magüer fuera d'annunziana, que es mucho decir, placeríame como a ti la empresa. El título será *Eglé Elizalde*, el libro tendrá 23 cuentos y constará de 270 páginas en 8º. El primer cuento, título del volumen, es casi novela corta ⁽¹³¹⁾.

Por otro lado, en Caras y Caretas me han hablado efusivamente, pidiéndome mucho más frecuente colaboración. El 3 llevé un cuento, ayer otro, y me he comprometido en otro para el Lunes próximo ⁽¹³²⁾. A más, pidenme notas para ilustración callejera, tipo *Hipnotismo*, *Curiosidades del Zoo*, etc ^(132 bis). En este mes les sacaré 60 u 80 pesos, y espero no baje de 40 todos los meses, lo que es bien.

Cuando vengas, tráeme cosas tuyas, caricatura o ilustraciones. Sé que en C. y C. están flacos de dibujantes. Como ahora soy poco menos que de la casa, plata podríamos ganar. Creo pagan 20 \$ ilustración de cuento. En teniendo tú facilidad para el ramo, podrías ocuparte de ilustrar los míos, con lo cual habríamos unido nuestros destinos a modo de soñar antiguo y consistorial.

Con estas buenas esperanzas termino. Afectos a tus padres y Lorenzo ⁽¹³³⁾ y un abrazo

HORACIO.

XLIV

B. Aires, Junio 28 - 7

Querido Maitland: Hoy me dió Pardo —de C.[aras] y C.[aretas] el artículo que te envié hoy a las 4 p. m. Me pidió no demoraras. Tuvimos tu carta días pasados. Paréceme hace un año te fuiste. Así es que cuando hablabas de Minas, la calle encharcada, el hotel y el juzgado, me sabía eso a cosa lontana come un grande dolore. Presumo que ahora estás en Montevideo, y allá te envío ésta, como te envié ya el artículo. Trata de esmerarte en la ilustración, que están bien dispuestos a emplearte si resultas.

Han hecho aquí tales fríos que estuve a punto de volverme loco. Uno de esos días hubo —5º a las 7 de la mañana, y + 2 a medio día. Al diablo!—

Poco tengo que contarte, y ni aún tengo humor verdadero. Contesta ésta con el buen ánimo que te asiste y te responderé en alegre estado. Sobre todo, no demores en enviar cuento e ilustración. Un fuerte abrazo

HORACIO.

XLV

B. Aires, Julio 19 - 7

Querido Maitland: Hoy llegó tu última carta. He andado a mi vez no del todo bien, siendo tal desánimo la causa de no haberte escrito hace tiempo. Desde ayer —y sea el motivo una aventura de amor que ha de ser pingüe y que te contaré en otra— me siento más cordial.

No he ido a *Caras* desde hace bastante tiempo, vale decir desde que entregué tu ilustración. Como no había nadie, la dejé a Cao. Apesar de lo que te parece, creo que la aceptarán, aunque me figuro que podías haber hecho algo más como *concepción*, no *dibujo*, al revés de lo que ha pasado siempre. El asunto era lindo, y, como primer trabajo tuyo, no hubiera estado demás una bella obra.

En fin, he de ir mañana a cobrar una nota, y hablaré con los usías.

Aquí el invierno ha amainado dulcemente estos días, en forma de après-midis maravillosos que me traen olor a azahar y melón silvestre de Misiones (¹³⁴). No hago más que pensar, como objetivo de dieta, en los tres meses que pasaré pronto en las tierras de fuego, con sol abrasador y tierra roja y agrietada, de picadas, piques y lianas pegajosas, con escopetas mortíferas en una mano y machetes afilados a piedra, en otra; con perros, aguarás y tapires mansos [¿] en el Zoo; fox-terriers, blancos, vibrantes de rapidísimos en la carrera, cara mitad blanca y mitad negra y cola cortada, que comen lagartos y trepan a los árboles, y gritan cuando uno los deja en la casa y paran las orejas cuando nos ven venir de lejos, y muerden generalmente en el espinazo y pocas veces en la garganta, y entre tres estiran un gato y entre cuatro detienen una onza, y comen poco porque son chicos, y se sientan inmóviles viéndonos comer, y cuando corren en la arena se caen amenudo, y saltan con las dos manos juntas y las patas separadas, y se llaman Alí, Fox, Black, Barigüí, Pecú, Chumbita, Miliú, Acra de ti, Pondichery, Bigüí, Melaza, Carabán quilate, Guayaca,

Feto, Pigimorto, Quichebe, Terracota, Belén, Pisístrato, Chule, Caraboco, Manomuerta, Palmín, Estrépito, Piolín, Violín, Amame, Venite, Sacate, Marí, Marí, Sacamuélas, Algarrobo, Cuatro y medio, Perengano y Arroz—⁽¹³⁵⁾.

HORACIO.

XLVI

B. Aires, Agosto 25 - 7

Querido Maitland: Cual bien te supones, hemos hecho obra inicua no escribiéndote, sobre todo yo, después de los negocios caretescos que teníamos entre manos. Creo te dije en otra la buena impresión que tenían en C. y C. de tu ilustración. Mas es así que recién anteayer volví a Caras, y en verdad no me acordé de hablar a Cao. Este Cao suele ser poco menos que inencontrable o por acaso sólo invisible para mí. Ayer estuvimos juntos en un café de por ahí, y tampoco me acordé. De modo que hoy, al evocar mis dos olvidos, te escribo ésta para avisarte que el próximo jueves iré otra vez por allá y hablaré ciertamente de tu asunto. Aunque nunca hablé de cantidad de pago —no sé si tú lo hiciste con Cao— presupongo que no será inferior a \$ 15. En fin, hablaré y te escribiré.

Por aquí pasaron Asdrúbal y Julio, y estuvieron tres o cuatro días. Muy bien, llenos de ánimo y diversión. Sabrás ya que Don Julio Delgado murió hace días.

Por aquí, la cuestión revistas anda muy avispada. Ha aparecido "Papel y Tinta" —2º número ya— bastante mala, aunque voluminísima. Pagan \$. 30 como mínimo. El 1º de Octubre sale otra: "Tipos y Tipetes", muy bombeada y al parecer con buena dirección. También pagará de 30 a 50, según firma. Por suerte me han pedido colaboración las dos, por más que mi facundia no sea extremosa, como siempre ⁽¹³⁶⁾.

¿Cómo te va por ahí, entre mosquitos, barriales, alguaciles y casamientos de banda? Mucho me temo, amigo, que tus Willimans y amigos cortesanos te dejen hundido en tu juzgado hasta más ver.

Si para alguna cosa se inventó el "más vale un toma que dos te daré" es para la política. Supe que los muchachos no te vieron en Montevideo, apesar de que para esa época tú deberías haber estado allá, según carta tuya. Dime cual va el apetito y la gordura

consiguiente y si vas perdiendo un poco el miedo al aire fresco, tran-
ways, espacios confinados, etc.

Nada más. Estoy esperando a Migliorero que debe volver de
sus quehaceres galantes. Un fuerte abrazo

HORACIO.

XLVII

B. Aires, Agosto 31 - 7

Querido Maitland: Ayer hablé de tus asuntos en C. y C.
Me dieron 15 \$ para ti, por la ilustración. Me han dicho que el
precio varía — supongo que según les gusta el dibujo.

Te piden también una página artística, sin decirme si en color
o no, etc. Tú sabrás lo que te convenga. A más, les dije que te enviaría
cuento mío para que tú le ilustraras, y dijeron: mandar puedes-lo,
como en Consistorio. Dígote además que contestes en seguida si te
envío los 15 \$ por giro o cualquier otro quehacer. Esto de *en seguida*
es útil para ti, pues de no, correrías riesgo de quedarte sin limosna
ni santo.

En cuanto pesque asunto para cuento, te envío su resumen
para que ilustres. Creo que podrías y deberías dejar correr un poco
la imaginación.

Nada más sé. Un abrazo

HORACIO.

XLVIII

B. Aires, setiembre 16 - 7

Querido Maitland: Recibimos carta anoche, si bien la urgen-
cia para que mande asunto de cuento me parece excesiva. Tú sabes
que nunca fui muy presuroso en eso de argumentos dramáticos.
Como quiera que ayer he meditado con un codo sobre la rodilla, a
estilo del protagonista de "Las ruinas de Palmira", te digo que escri-
biré algo a este respecto: Un día —estábamos pupilos en el colegio—
el director, que a su vez nos daba clase de moral, hizo fiesta para
llevarnos al Jardín Botánico. Fuimos. Día de primavera. Al salir

e inclinarme sobre un *viburnum prunifolium*, vi un sapo. Llegaron los otros. El Director llega y se le ocurre, lleno de alegría, ponerlo sobre la vía del tramway para que éste lo aplaste, como así fue en efecto. Esta fue la primera lección de moral práctica que recibí.— Hay algo más, pero lo apuntado (¹³⁷) es lo más agarrable para un dibujero. Si tomas la escena de la vía, no te olvides de ponerle al director yaqué y sombrero de paja. Aún podrías poner en gran primer término, de espaldas, el director y cuatro o cinco chicos, perpendiculares a la vía; por ahí el sapito y el tranway en perspectiva derecha al ojo. En fin, lo que Dios te dé a entender.

Sabrás que, efectivamente, di en aprovechar tu plata en cosas imprescindibles, a más de que demoraste en responder, cosa que esperaba y deseaba. Pero como con esas cosas no es justo jugar, no volverá a repetirse eso. Sí me parece sensato que vengas siquiera por un día o dos, así hablabas definitivamente con C. y C., sobre asuntos, colores, etc. y también hablarías con *Papel y Tinta y Tipos y Tipetes*, urgidas ambas dos de dibujantes.

—Así mismo Pacio está con pulmonía, cosa que me alegraría si Brignole no estuviera aún y quién sabe hasta cuándo metido con esa gente.

—Cuando me escribas a mí solo, hazlo a Maipú 95—

—Frecuento a una chica normalista, la sola, la única de que te he hablado alguna vez. He ido dos veces a su casa. Lo malo es que, como es un potro, me desorganiza la clase, debiendo para evitarlo perder en una hora de clase lo que gano en toda una tarde. No sé en qué parará eso (¹³⁸).

—Bien tu salud, eh? Nunca esperé otra cosa de ti, sabiendo que si alguien en el mundo haría trabajos para no abandonarlo, eres tú.

Contéstame en seguida, y dibuja presto, porque espero la ilustración para llevarla a C. y C.

Un fuerte abrazo

HORACIO.

XLIX

B. Aires, Octubre 1º - 7

Querido Maitland: Hoy llegó carta tuya, esperada después telegrama. Sabrás que el sábado llevé el dibujo a Cao, dándole cuenta

de tu observación sobre excesivo blanco, etc. Díjome que no había tal, pues el fotograbado tiende a uniformar el tono, degradando los negros y velando los blancos. Dice que le gusta la composición y que de todos modos da una nota nueva en C. y C. También díjome que en cuanto a emolumentos, podrías cobrarlos al presentar el dibujo, aunque no te aconsejo tal proceder, a menos de seria necesidad, en que no te llegarás a hallar seguramente.

Item: al llevar original y dibujo a Pardo, resultó que, dando el cuento dos páginas, faltaba otra ilustración. Como parecía ser de urgencia, te hice el telegrama, cosa de que me libraré en adelante, a menos que no pongan otra línea a Minas. El total de 31 palabras costó \$ 4.23, cifra, cual ves, inadecuada.

Vuelvo a aconsejarte te esfuerces *todo lo posible* en hacer buenas cosas, magüer tengas que trabajar como perro, y aunque llegara a parecerte que ese trabajo merecería \$ 100, no 15: Después de 4 o 5 buenas ilustraciones, haz lo que quieras; ya estás metido dentro.

Puedes desde ya empezar a planear *Los elefantes*, aquel semi-poema que te leí alguna vez. Si te animas, contéstame y te enviaré el cuento. Me parece que se podría[n] hacer unos cuantos elefantes de espalda, con la trompa levantada, y en el fondo, entre las trompas, una luna grande y coloreada. Los elefantes⁹ serían de azul oscuro, lechoso, sobre fondo de azul más claro, imitando algo como noche de luna (¹³⁰).

Y ahora un pedido serio: ¿no te sería posible comprar un poco de cartón y cola, y hacer que tus ujieres te fabriquen 10.000 tubos? Parecéme mucho más obvio y cómodo que enviarte de aquí esos malhadados canutos, que no sé ya dónde están. Ve, amigo, que lo que te pido es lleno de razón. Y aun cuando tuvieras que comprarlos, el precio del dibujo bien valdría el del tubo. Y dado que no los haya, los ujieres y escribientes son gente apta para eso—

Migliorero tiene otra sociedad más y recibe varios parroquianos en el consultorio. Con lo cual tiene todo el día ocupado, viéndonos sólo de noche.— Ando muy mal de primavera: ésta se me ha metido en forma de una alumna —la de siempre— por la cual me siento con las mismas ridículas exageraciones sentimentales de hace 8 años. Nada sabía de tu rompimiento. Creo que es siempre lo mejor, y si a mí mismo me acaece en éste mi quehacer, daré gracias a Dios, aun puteándole

HORACIO.

L

B. Aires, Octubre 8 - 7

Como no sé qué hacer, y de escribirte en prosa
no tengo grandes ganas, y siento mi pastosa
boca con la dispepsia que siempre va conmigo (¹⁴⁰),
fabrícote estos versos, sabor de pasa de higo,
para que tú les pongas las nueces del recuerdo.
Trajo tu postrimera carta, un cartero lerdo
que siempre se detiene a ver las composturas
que una cuadrilla oficia en estas calles duras
que huelen a Gomorras y peces de Castilla.
Y así supe en la cama que estabas en cuclilla,
y que en el Pan de Azúcar hay víboras terrestres,
y que cuando eras chico pasaste dos semestres
cortándole las uñas a un perro del vecino,
y que pasaste en bote por el Palavecino
con una mujer loca y un hombre sentenciado,
de modo que la risa te vino de costado,
como una pulmonía. Llegóme tu dibujo
con el maldito tubo, con un olor a brujo
y una leyenda idiota de devolucionismo.
Me gusta el tal dibujo, sintiendo que el quietismo
de dómine y muchachos se note muy bastante,
pues el maestro flaco se mete por delante
precipitebolísime, no así en la ilustracione (¹⁴¹).
También pasó lo mismo con un tal Felippone,
sentado mansamente. Pero la culpa es mía,
ya que en mi carta antigua conté la cosa fría,
sin indicarte apuro del ademán, ni nada.
En cuanto a más dibujos, la cosa es recatada;
no quiero por ahora forzar mi vera influencia.
Cuando las cosas crezcan, diréles con decencia
que es justo te encaminen al bien ganar dinero.
Sé que fastidia un poco tu largo paradero,
pues como allí se quieren cosas a plazo fijo,
si un buen vapor llegara más tarde que algún hijo,
o se perdiera el *tubo*, molestaría fuerte.
Mis elefantes eran famosos en la muerte,
contando algunos de ellos no pocos homicidios.

El uno fue payaso de descendiente lidios
que hicieron un gran circo sobre Calcuta misma.

El elefante, un día, tras un corto sofisma,
prendióle fuego al circo y huyóse por el monte.

La primavera, amigo, me toma por bisonte,
y encrespa mi cabeza como si fuera toro.

Siento vibrar mi riñón;

y a su caústico cencerro,

mi amor gruñe como un perro

debajo de tu mentón.

La dama de que te hablo tiene un detalle de oro:

aliento a cosa [h]enchida de frutas y damascos (¹⁴²).

Me cansé! Contesta pronto que seguiréte la narración de este mi último amor de los 29 años. Hay cosas bizarras.— Efectivamente, el elefante de la calavera es del grupo. Pero no olvides que el colmillo salía por la órbita, de modo que apenas sobresaldrían 4 o 6 dedos de colmillo. Otro es ciego, otro casi paralítico (¹⁴³).

Enterado de todo. Animo y trabajo.

HORACIO.

LI

B. Aires, Diciembre 1º - 7

Querido Maitland: No te escribía por un millón de asuntos, escolares, familiares, amorosos, de negocios, el diablo a cuatro. No es que no tuviera tiempo, porque eso de no tener tiempo es estúpido, sino que me tenían preocupado tales cosas. Ahora casi todas están arregladas, resultas de las cuales fui el 25 a Córdoba, volví el 29 y el 5 de éste me voy a Misiones, hasta mediados de Febrero. Ya que hablas de venir a visitarnos, ¿por qué no dejas tal visita para cuando yo vuelva? A menos que quieras venir ahora en Diciembre y venir otra vez en Febrero o Marzo.— Habíame ya enterado de tu diputación problemática. Hoy leo en "La Nación" que parece segura la derrota de Martínez, por lo que supondrás si me felicito. Supongo que si calzas tendrás bastante talento político para hacerte reelegir y solucionar así tu porvenir. Como a mí me interesa tanto como a ti tu vida, te pido que el día en que estés *seguro* de la elección ésta, me telegrafíes aquí o a Posadas, será un gustazo.

Brignole anda en pellejerías de un orden muy especial que él te hará conocer.

Ayer de tarde fui a pedir visitar la casa de la chica de marras. Los padres, inmensamente guarangos y malos y brutos (lo que me ha hecho pensar en la enorme diferencia que va de una galleguita joven a un gallego viejo) dijeronme que se informarían, etc, lo que está muy bien. Lo que está mal es el modo cómo pensaban y entendían la gentileza, etc ⁽¹⁴⁴⁾.

Tuvimos carta de Muñecas, llena de sangre sana de sus múltiples heridas. El hombre está que da pena y perfectamente tratable, como siempre que sufre en exceso.

Mi cuento ilustrado por ti (el *sapo*) demora en salir por razones de extensión.

Nada más por decirte. Paréceme tiempo que cuentes algo sustancioso en carta. Escríbeme a Posadas

HORACIO.

LII

[Resistencia] Febrero 6 - 8

Querido Maitland: Estoy en Resistencia, escribiéndote desde casa de Doderó, en una bastante mala máquina de país alemán. Hace cinco días que estoy aquí, en buen tren de salud, paseo y pluma. Ayer fui a ver viejos países de antaño, Saladitos de siestas clavadas en la cabeza como un clavo perpendicular, alambres de alambrado difíciles de tener en la mano por lo calientes, baldes en el brocal del pozo, más calientes que una barreta al sol, cotorras coludas las más, que venían del otro lado del arroyo a comer los ñangapirés que estaban al otro lado del rancho de los peones. Había también lagartos solapados que caminaban con la nariz en el suelo, arqueando el lomo, gallinas con pepita, a que yo ataba con piolín catalán a una vieja jaula de tigre, — pavas del monte, osos hormigueros que lloraban de noche; dos o tres peones correntinos que me tuteaban y se iban los domingos de noche a bailar en lo de Cortés, con Hasda ⁽¹⁴⁵⁾ — dos ocarinas de barro salteño, modeladas por Fornari— hormigas, perros y una bandera francesa cuya cola se enredaba en la paja del techo — todo eso hoy está cambiado— el yuyo ha invadido lo que fue tabla rasa. Es aquello una desolación, magüer viva allí gente. He salido de la memorable comarca bien dolido

Mirando mi vieja casa, hice examen de conciencia, y hallándome tan fuerte de cuerpo y ánimo como antes, me he sentido más inteligente, en especial de mucha mayor clarividencia en asuntos de la profesión. Esto me ha llenado de amplia y serena satisfacción.

Desde hace dos meses, el diablo se me ha metido en el cuerpo en forma de prodigiosa fecundidad, tanto imaginativa como laboraria. Habrás visto en Caras tus dibujos de Recuerdos de un sapo. Parecíéronme un poco grises.

Creo te conté en la ocasión habíamos tenido carta de Muñecas. La su carta me enterneció bastante, por personal experiencia de europas (¹⁴⁶), abandono y disgusto de sí mismo. Presumo mucho vuelva pronto.

El Rapagnetta irá este invierno a B. A., cual te conviene. Si el amor al titiritero es aún en ti, como una ura, te digo en verdad que aún estás inmundo. Y con un fuerte abrazo—

HORACIO.

LIII

B. Aires, Febrero 28 - 8

Querido Maitland: Te contesto recién hoy porque hasta anoche anduve cavilando sobre si me iba o no. Esta mañana, mitad por quehaceres de colegio, mitad por voluntad, resolví esperarnos bucnamente a que tú vengas. Tenemos muy largo que hablar sobre muchas cosas. Como ahora el tiempo me está urgiendo como un demonio, cierro ésta rápido. Te encarezco sacramento que vengas aprés el 7; tengo casa buena y plata de C y C para ti. Afectos y felicitaciones a tus padres y hasta pronto

HORACIO.

Maipú 951

LIV

[Bs. Aires, marzo de 1908] (¹⁴⁷)

Querido Maitland: Van masterpieces. Señor se llamaba Astrólogo (¹⁴⁸); como tal, por lo menos, fue conocido. Resulta que Gomensoro anduvo por aquí y habiéndome dado noticias de su libro,

no me animé a decirle que lo había visto ya. Está gordo como un demonio.

Qué tal ahí? Aquí bien y buenos, llenos de nobles y puros pensamientos, malgrado la debilidad; pues si a ti se te fue *aquello*, a mi me queda el *otro*, el enfuriado.

Recuerdos y abrazo

HORACIO.

Busco los dos masterpieces y no les hallo. Presumo, por otros libros que me faltan, que un colega tuyo anda por aquí. Son Van Dick y Rembran[d]t? Asegúramelo

LV

[Buenos Aires, abril 1º de 1908] (¹⁴⁹)

Dr. Saldaña Masterpieces—

Arapey 50.—

Montevideo

Encontré entre libros masterpieces, mas compré Rubens en vez Van Dick. En ocasión mandaré éste (¹⁵⁰) Va bien? Aquí, sí. El otro cásase mañana, supe. Migliorero está casi loco; y mueve por demás pierna izquierda y está aprendiendo [a] decir: Loc, loc.

Bien, dulce. Afectos dulcera y abrazo

HORACIO.

LVI

[Bs. As., mayo 14 de 1908] (¹⁵¹)

Querido Maitland: Díaz, el hombre-esperma, me abordó efectivamente en calle días atrás, demandándome los malditos masterpieces. El caso es que te los mandé los masterpieces, bien lo recuerdo, y aún la estrechez del buzón. Muy raro es que no los hayas recibido, pues las cosas de correo no se pierden sino para los haraganes.

Consultando mis reales deseos de ir a verte un par de días, consulto también mi bolsa y ella está en tal condición que no me permitiría en todo caso más que un mísero pasaje de ida. Tu haber

alcanzaría a pagar el de vuelta? Y habría en tu casa hospedaje para mí? Aunque esto último es convenido, pruébame preguntarlo de nuevo, pues por algo me tachaste algún día de cumplimentero.— Si así te place, respóndeme presto, antes que el presunto pasaje desaparezca en otra cosa. Con recuerdos afectuosos a tu gente y un abrazo

HORACIO.

LVII

B. Aires, Junio 8 - 8

Querido Maitland: Decido ir el miércoles a ésa, *siempre* que tengas tú plata, y gires, por lo tanto. Si algún día yo soy gobernador de Misiones, te regalaré una chacra. Responde

HORACIO.

LVIII

B. Aires, Octubre 21 - 8

Querido Maitland: Tu estupenda ida me dejó ahito, pues nunca creí que un mortal pudiera irse como tú, con una puntualidad bárbara y rapidez impostora. Entre tanto, ocupéme de tu asunto en Banfield, aunque no sé qué interés puedas tener aún en eso. La señora en cuestión es hija de Mister Hirs (HIRS), uno de los principales accionistas del F. C. S., y vive en la villa intitulada ANANDALE, en la esquina justa de las calles Berutti y Acevedo, Banfield.

Qué tal el ánimo? Por aquí bien. En la próxima semana te mando el libro (¹⁵²). Da afectos a tu casa y escribe si las historias te vienen a la boca.

HORACIO.

LIX

B. Aires, Noviembre 1º - 8

Querido Maitland: Te mando dos libros (¹⁵³), uno para ti y otro para José María, a quien escribo hoy. Si Lorenzo se resiente, es lástima, pero no mando libros a nadie. Supondrás que tú y José

María son una excepción. En total, para el resentimiento de Lorenzo no hay motivo alguno que lo explique ya que seguimos rutas bastante distintas y no habiendo entre nosotros ninguna especie de fraternidad. Si es por no gastar dos pesos, lamentable es, pero no hay otra razón.

De modo que regocíjate cuanto te sea dado en la lectura del libro, y ojalá no te toquen nunca cuñadas enemigas como la de la historia ⁽¹⁵⁴⁾.

Salud, donc, y acusando recibo a tu carta te abraza bien

HORACIO.

LX

B. Aires, Noviembre 11 - 8

Querido Maitland: Acabo de recibir tu carta, completamente extraña.— ¿Qué diablos de polémica quieres que hagamos, entendiendo tan diferentemente las cosas? Con franqueza igual a la tuya, diréte que no te hubiera creído nunca tan alejado de la verdad — y no de la verdad suma más o menos difícil, sino de la elemental, del raciocinio infantil, del simple argumento. No es posible consideremos más el caso, por lo que paso a otras cosas.

Tuve de Asdrúbal carta hoy mismo. El hombre no se ha dejado engatuzar en la sociedad yerbatera. Parece que otro Vallardi le ha propinado acciones de no sé qué terrible sociedad, e ítem José María con su Arborícola. Esto, añadido al casamiento Jaureche-Gomensoro, le ha hecho dudar de la sensatez humana.

Aquí anda Muñecas con sus monigotes, de los que ha vendido dos o tres chucherías — no más. Trajo también de ésa a su familia, que aún no he visto.

Anteayer, andando distraído por Banfield, leí de repente: "Anandale" ⁽¹⁵⁵⁾. Me llevé un buen susto.

Voyme a veranear el 27 de éste. Escribe antes, pasa el libro a José María, y un buen abrazo.

HORACIO.

LXI

B. Aires, Abril 4 - 9

Querido Maitland: Menester ha sido que el ex socio de Silvio, el hombre de los dice, me haya encontrado ayer para decidirme a escribirte. Contaba desde que llegué aquí —21 de Febrero— con tu venida para Semana Santa. Mas por si no vienes, te escribo tal carta a fin de que lo hagas.

Aquí estoy, en casa de Migliorero, sentado en su escritorio más desordenado que cuando él vivía solo, lo cual da más sensación de humanidad. El sujeto va como siempre, bien y mal, para mayor gloria de Dios Padre y Pitaluga — respectivamente...

Vivo en la calle O'Brien 233, una calle que descubrí, en Constitución, y aunque vive alguna gente en ella, creo que ninguna se da cuenta de que vive en tal calle. Como donde se me ocurre, bien que esta ocurrencia se incline más a menudo a Brignole. Sabrás, pues, que decido casarme a fin de año. Creo sea este acto una de las cosas más estúpidas que puede hacer el hombre, tanto como meterse dentro del cuerpo cosas duras cuando se tiene hambre. Mas sabe Dios que una y otra cosa son buscadas, y de aquí mi ingreso en la grey (¹⁵⁶).

Por saber cosas, sé que la mujer de X... camina con la vista siempre baja, y sé que aquél ha organizado ciertos juegos florales en el Salto, para Princivalle, Bajac y Giordano, el componemáquinas.

¿Qué diablos hacen Vds. ahí? Aquí la cosa internacional arde buenamente, aunque felizmente por dentro aún.— Aquí para entre nosotros, este país hará una muy grande macana.— Te darás cuenta de que estoy absurdamente estúpido hoy. No sé escribir una línea.

En caso vengas o no, escribe siempre antes de [l] Miércoles. Buenos afectos a los tus padres, y un abrazo

HORACIO

Parece que esta carta va por Brignole y por mí—

LXII

B. Aires, Setiembre 29 - 9

Querido Maitland: Hace la gracia de meses que no te he escrito. Como en tal tiempo tampoco has vuelto a hacerlo tú, presu-

mo que estás fastidiado conmigo, lo que es perfectamente justo. Mas yo sí que si no te escribía es porque andaba como la mona: tal como me conociste últimamente, aunque no tanto. Antes el estómago me dejaba en paz las ideas; ahora me deprime, con la hipocondría consiguiente, y ganas de pegarme veinte tiros. Fuera de las caídas inevitables cada quince o veinte días —un par de días malos— me he enderezado bastante. Bástalo a probar el hecho de [que] te escriba.

Confío como en Mahoma en el matrimonio y la vida en Misiones. Con mi mujer, tal como la quiero y me entiende, y con unos cuantos pellejos de víboras a romper por ahí, la cosa va. Sabrás, de paso que mamá va con nosotros, que Brignole irá por quince días, que toda la familia Fantasía se va del todo allí hacia Enero, y que Bilbao y Asdrúbal piensan hacerlo hacia Semana Santa.

Si la sensatez, no esencial en ti, te arrastra un día a pasar dos semanas con nosotros, en vez de matar arena y moscas en Piriápolis, entonces [mostrarás] un valor concreto y real de viajero.—

También te diré, a este propósito, que en el próximo número de C. y C. sale tu aventura en Piriápolis. De ti se sabe únicamente que tienes estudio y eres amigo de letras; no creo se te conozca por eso.—

En tu última me pedías unos clichés o cosa así. La recibí en un mal momento, tan malo que tiré carta y pedido. Ahora te pido me envíes de nuevo los tales datos, que te los despacharé en seguida ⁽¹⁵⁷⁾.

El Migliorero anda como yo, ni mejor ni peor. Eso sí, el otro [día] se le enfermaron un poco sus dos crías, cosa que yo no tengo, por singular fortuna de mi duodeno.

Y con estas estupideces, no usadas por cierto por mí desde meses atrás, y que bien te irán probando mi satisfactoria salud, te abraza

HORACIO.

¿Cómo era aquella jaculatoria que recitaban o tenían escrita en la pared, José María y sus compañeros?

LXIII

B. Aires, Octubre 21 - 9

Querido Maitland:— Van fotografías. En Caras demoró un poco el fotógrafo, y yo otro poco. Pláceme comunicarte que *aquello* —llamando yo *aquello* a mi hipocondría pasada y fatal— se va yendo

a gran carrera. Hace un mes que, salvo recaída pasajera, voyme enderezando. Dios te dé pobreza, orchitis y sueños amartillados, pero te libre de dispepsias con hipocondrías. Es mucho peor de lo que te figuras.— Luego, el verano entrante concluye de ponerme en caja. Y con esto la mujer, Misiones, etc. Lo que te ruego es que, si estando yo allí, te vienen deseos de algún campo, ándate a verme. Me vendrás como una uva, que es lo más a que se puede ir, según canon. El viaje, siendo tal vez caro, será compensado con la baratura allá y las cosas múltiples que verás.

Entre tanto, te digo que cuando hice "El confín remoto" (158), me acordé bien del perro sordo y de la víbora; pero no quise forzar la nota, de miedo de hacer algo demasiado extraordinario, e increíble desde luego. He quedado bastante contento de eso.

Mándame los datos que tengas sobre la vida que llevaban José María y Compañía en el Sanatorio. Todo lo que sepas —*sin inventar*. Recuerdo que jugaban al siete y medio, y aun con los clientes, ganándoles cierta vez un paisano la operación. Pero necesito detalles del caso y demás. Cuentámelo como si me lo hablaras, e irá bien.

El Migliorero, siempre con su vida suavísima. A este propósito, el otro día vi a Demarchi, Andrés, médico, que tuvo en ésa, hace 10 años, ciertos síntomas de ataxia. Está casi casi como esperábamos a Alberto de Europa; la chífilis terrorífica, con la ataxia torcida y la parálisis general. Buen cuadro. Aún no está maduro del todo, mas vendrá.

Y así, recuerdos a tu gente y un buen abrazo.

HORACIO.

LXIV

B. Aires, Diciembre 3 - 9 (159).

Querido Maitland: El 30 de éste me caso. Supondrás la tanda de reflexiones que me ha acarreado esto. Pero a la verdad estaba ya mortalmente cansado de mi vida perra, entre complicadas herramientas que me llenaban toda la casa, y mi disparatado estómago que el diablo se lleve. No hallo manera de hacerlo entrar en caja, y seguirá siempre mortificándome si no pongo fin a esto. El fin es cambiar de soltería, de casa, de país, e irme allá, con las lagartijas y escarabajos de la madera. Van con nosotros mamá y el Migliorero,

así como suena. Este hombre se quedará allí 10 o 15 días, verá el país, los enfermos, y pasará a la vuelta por el Salto. Si los mirajes agarran, se irá el año próximo con sus dobles hijos.

De modo, amigo, que nada mejor que venirte a pasar unos días aquí para ese entonces, o —mejor aún— irte a pasar unos días conmigo en el invierno. Esto de días reza desde 1 hasta 3000. Para entonces estará concluido el ramal de Santo Tomé a Posadas, y podrás hacer el viaje en dos días.

Y así es, amigo amargo. Infantaré a mi mujer como Dios me ha dado a entender no pocas veces y curaré [¿] la víscera capital ⁽¹⁶⁰⁾. Y con mucho afecto a madre y padre, un buen abrazo de

HORACIO.

LXV

Misiones - San Ignacio, Enero 15 - 11

Querido Maitland: Escribo por fin. Te figurarás bien lo que trabajo por aquí, y disculparás no me decida más a menudo a sentarme a escribir ⁽¹⁶¹⁾.

Hoy ha llovido algo, después de cuatro meses de seca, y la temperatura favorece estos deliquios amistosos. Lo que es penoso es que tú no me escribas más a menudo. Un día me reprochaste mi formulismo en el carteo; exímete tú de ese defecto, y respóndeme en seguida.

Esta de hoy es corta, pero la alargaré en otra. Por hoy te digo que la muerte de Muñecas ⁽¹⁶²⁾, de que me enteró Brignole a la ligera, me hizo el efecto de una bomba. Si el pobre ha muerto consciente, dándose cuenta de ello, es horrible lo que habrá sentido con su furiosa persecución de muerte y locura, ya al fin. Cuando sepas algo concreto al respecto, comunícamelo.

Por otra parte, si yo anduviera por ahí, me declararía profundamente colorado y furioso batllista.

Mi mujer espera chico en estos días ⁽¹⁶³⁾. Vivo exclusivamente de la pluma, y C. y C. me paga ahora \$ 40 por página. Y si vinieras alguna vez, ya no está esto en el estado en que lo conoció Migliorero.

Muchos afectos a tus padres y a algún amigo, y un fuerte abrazo para ti

HORACIO.

S. Ignacio, Marzo 16 - 11

Querido Maitland: Hoy vino tu carta, y a tiempo, pues pensaba escribirte estos días.

Hablaré de dos puntos de tu anterior. 1º Creo que allí también sería batllista. Si yo estoy lejos para juzgar, a tu parecer, para el mío, tú estás cerca. La objeción sobre Escanellas es nimia. Tú lo objetas, única y exclusivamente por pseudo aristocracia republicana, que es la mayor plaga que yo conozca, fuera de la falta de agua. Puede a más que el tal no sea inteligente, pero habrás llegado a saber que poco vale eso para dirigir una cárcel o un país. Dame a tu Escanellas con fuerte y honrada convicción, en lo que sea, y será un P... (¿Qué se hizo este loro? Me acordé de él por pregusto de que es diputado).

Amigo: lo que yo hallo de eficaz en Batlle y compañía —de *grande*, te diría— es la convicción ardiente en cosas bellas: laicismo, obrerismo, progreso, y democracia íntima. Su manifiesto desde Europa me parece de superior sinceridad y eficacia patriótica. En fin, si quieres charlar sobre política uruguaya, escíbeme largo, no más. Ya verás si me interesa eso. Y me interesa ahora, porque pasé la edad y época de la cobardía, siendo así que ahora no hay nada para mí más bello que la honradez-sinceridad en orden moral, y la democracia en orden político (¹⁸⁴).

El otro punto que quería objetarte de tu carta es el referente a la sequía. El que tú llares civilización al miserable egoísmo de gozar con la canilla, habiendo seca por ahí, es una infamia, y protesto en nombre de todos los que civilizamos, como yo, contra todos los [que] se aprovechan ignominiosamente de lo que hacemos, como tú. Es algo así como gozar bajo un paraguas, riéndose de la pulmonía que pesca el que lo inventó, que no tiene. No sé a ciencia cierta si el que inventó el paraguas pudo alguna vez hacer uso de él; pero es muy posible que no.

Presumía el final de tu diputación, para lo que no sirves, siendo que harás excelencias en la secretaría de Bellas Artes. A cada cual sus aptitudes — y su medio, desde luego.

Tengo una infanta de 48 días, nombrada Eglé. Aprendí que las reinas abejas pueden engendrar sin macho, pero dan únicamente machos. Para hacer hembras, se requiere cópula con macho. De aquí

mi satisfacción al hacer una hembra. Ten por cierto que las mujeres que se mansturban pueden hacer hijos machos (¹⁶⁵).

Vamos bien por aquí, aunque un tanto pobres. Vivo de lo que escribo. C. y C. me pagan \$ 40 por página, y endilgo 3 páginas más o menos por mes. Total: \$ 120 mensuales. Con esto vivo bien. Agrega además \$ 400 de folletines por año (¹⁶⁶), y la cosa marcha. Pero marcha despacio, con lo que no puedo andar ligero. Desearía bien ir a B. A. por 15 días este año; mas las rentas no alcanzan. Veré el año entrante.

¿Y si vinieras tú por diez días? Muy pronto —en Mayo— se inaugura el tren de Concordia a Posadas. Podrías ponerte en tres días aquí, y ver cosas muy distintas a un sucio adoquín que pisa un sucio.

Eliseo Gómez (¿qué es de este otro?).

Respuesta rápida. Charlaremos mucho.

Muchos afectos a tu casa, y un abrazo

HORACIO.

LXVII

S. Ignacio, Junio 20 - 11

Querido Maitland: Tuve anteayer carta tuya con artículo gil. Me acuerdo en este momento de que en tus cartas hay palabras —si no muchas, algunas— que no entiendo: tal andará tu letra. Pero en esto como en otras cosas, yo llevo la fama y el resto (¹⁶⁷).

Sabrás que tu artículo del viejo tramposo me parece bueno, acaso demasiado apretado. Y por esto es posible que en *Caras* halle cierta dificultad. No te ofrezco para el efecto recomendación alguna, porque sería contraproducente; tenlo por seguro. Fuera de que te conocen. Noto en el artículo buen entrain de contador, con realismo de buena ley, como el hombre con las hormigas. Para mí, vale mucho más esto que tu aleluya a Muñecas. ¿Qué sabes de éste y de su encarnación póstuma? Habla a todo trance de ello con su mujer, y cuéntame

Nada te puedo contar de aquí, a menos que llueve regularmente desde un mes atrás. Te mando fotografía de la Eglé, recuerdos de mi mujer y con míos para tu gente, te abraza

HORACIO.

LXVIII

S. Ignacio, Agosto 28 - 11

Querido Maitland: Voici que te escribo, en un endiablado día de lluvia, y con frío grande. Paréceme que hace ya más de 4 meses que no lo hacía, mas alguna culpa tiene el famoso alicate y la más famosa aún caja que le contenía, o más bien que hubo de contenerlo. Pues está probado que nunca llegó aquí tal adminículo. Tuve el boleto de la encomienda, pero no ella misma. Si algún día arriva, te daré las gracias.

Por aquí, y desde mediados de Mayo, gozo de una salud privilegiada. Sólo yo sé cómo anduve el último año en B. Aires, y especialmente cuando tú fuiste. Tenía, sobre todo, una sensación digna de Muñecas: que yo no era yo. Hacía, hablaba, pensaba, pero no era yo. Un perfecto desdoblamiento, en el tormento de dormir sabiendo que hay un ladrón dentro de la pieza, y sin poder hallarlo.

Entre otras cosas, como de todo, aunque con reservas. Mi mujer está bastante preñada, y la de Migliorero andará ya por parir.

Planto yerba, tengo caballos, vaca, cabra, gato, tigré (sin hipérbole) que crío con mamadera. Espero que más tarde me dé un buen zarpazo para deshacerme de él (¹⁶⁸).

En total, soy feliz. Ando por cambiar mi cátedra por puesto equivalente aquí, y seré entonces gran hombre.

Acaso vayamos a B. Aires hacia Mayo del próximo año. Por ahora no pienso moverme y principalmente porque deseo ver crecer mis plantas. Esto de las plantas, cuando se le adquiere amor, es terriblemente agarrante: --valgan Diocleciano, Coriolano, Marco Aurelio y demás Tolstoys legumbreros (¹⁶⁹).

Contesta largo, en abismos de toda especie. Cariños de mi mujer, y para ti y los tuyos un buen abrazo

HORACIO.

LXIX

[¿1911?]

Maitland: Necesito me contestes en seguida al tenor del siguiente interrogatorio:

—Qué cuesta un cuadro del tamaño de *L'Angelus* de Millet, en emolumentos de tela, pintura, pinceles, barniz, paleta?

HORACIO.

En caso de que no recuerdes tamaño justo de *L'Angelus*, dame presupuesto por metro cuadrado, todo de lo mejor —*más o menos*— 2 o 3 figuras, cielo, tierra, etc.

LXX

B. Aires, Enero 20 - 12

Querido Maitland: Recibí esta mañana tu epístola. Cierto es, tiempo hacía que no te escribía. Entre aprontes de viaje, éste y fastidios de todo orden aquí, pasó el tiempo sin que lo hiciera.

Me place muy mucho que vengas. Pienso llevarte a ver a Migliorero en su país de Giles, y reiremos allí en grande.

Fuera de esto, dos cosas me interesaron en la carta tuya. La primera es el agasajo que pudieran hacerme en ésa, si fuera. Como esto es imposible, agradece en mi nombre a los buenos amigos tal ágape.

La segunda es más grave. Presumo que Brignole te dio a entender mi flacura económica en esta ocasión. Si no, ¿cómo habrías llegado a saberlo? Mal ando, amigo. ¿Qué es lo que te atreverías a ofrecerme? Yo, por mi parte, habría menester de \$ 100 oro. ¿Mucho, eh? Si no te va, mándame lo posible. Mas como es cierto que Budha confrontó a los mosquitos, y que acabé por vestir en San Ignacio tu yaqué de los escarmientos, cierto es que te los devolveré, mas no antes de ocho meses o año. ¿Sabes con qué? Vendiendo —no naranjas sino cáscaras de ellas (¹⁷⁰).

De todos modos, responde en cualquier sentido y dime cuándo vendrás. Nosotros estaremos aquí hasta el 10 de febrero más o menos.—

Desde el 15 tengo un machito, feo y ridículo (¹⁷¹). Ana María te da afectos, y devolviéndolos a tu buena gente, te abraza

HORACIO.

LXXI

S. Ignacio, febrero 23 - 12

Querido Maitland: Estamos aquí desde el 10, fastidiados con la queja de chicos, peores que tu canilla. A la espera por tu parte de otra más tranquila y larga, trata en una escapada de responderme a esto:

Leí en telegrama de *La Nación* que de ésa habían pedido a Cuyabá, Brasil, colonias de tal hormiga que come a las otras, y que estaban ensayando el caso en quintas de los alrededores.

Supongo el Ministerio de Agricultura habrá sido el importador. ¿Puedes obtenerme un poco más de datos? ¿Qué clase de hormiga es? ¿cómo se llama? ¿de quién la obtuvieron en Cuyabá?

Harías una gauchada digna por cierto de un exdiputado agrícola, enviándome lo que puedas saber al respecto. Si te molesta averiguarlo, dime a quién podría dirigirme para pedirlos directamente.

Afectos de mi mujer, y míos para tu buena gente y para ti.

HORACIO.

LXXII

S. Ignacio, Junio 20 - 1912 (172)

Querido Maitland: No sé si contesté a tu última, pero en todo caso te mando ésta, en letra deci[di]damente legible. Ante todo, espero con real gusto la Historia del Salto, pues me interesan tus menudencias del género. Siendo así que me llevé una fuerte emoción cuando en tu carta hablaste a mi memoria de "Bacalao". De verdaderas ruinas de mis recuerdos surgió nítido el nombre y su inmensa notoriedad en la época. En la vida había vuelto a acordarme de él. Con lo que no daba es con la cara del individuo. Pasé dos días buscándolo, hasta que lo hallé.— No tengo tu carta a mano, y no puedo recordar si me hablas también de "Barullo". ¿Te acuerdas de él? Se le veía a menudo en el almacén de Daymán y Guaviyú, lado oeste, no sé de quién.— Si la voluntad te da por ahí algún día, podrías hacer como biografía anecdótica de próceres infantiles, con Bacalao, Barullo, Avevú, Flecha, Ajenjo, aquel sujeto lobisón que vivía por la Amarilla; las famosas pandillas de los Fareros y los Sotos; el comi-

sario Frenedoso que corrió a los fantasmas que vivían en el sauzal del cementerio; Bernardino Pereira (aunque éste muy posterior); el comisario Pascal "Pistolita"— Ahora, en tren de evocaciones, recuerdo como una cosa fantástica, la inauguración del Hospital, donde tocó el violín Marcelo García; una función de teatro (creo que estabas tú esa noche) con Hernán Cortés, donde yo estrené mi primer pantalón, de seda cruda—. Hay algunos muchachos que creo tú no habrás conocido, llamados Balma, Verdaba (éste estaba curtido), los Guarches (primos de los conocidos), Rache, y su primo Runich; el mayor de los Rodríguez, valiente como él solo; el hijo del viejo Mühler, cuya mujer (del viejo) se resistía a placeres contra natura que el viejo quería demostrarle; Delfino Durante, que una vez me bajó de una pierna del cerco de los Maciá; Otero, "Teru-teru", onanista reconocido; el loco Montes de Oca; el almacén de Leal, frente a "La Americana", donde despachaba un tal Juancito, que después despachó también en la tienda de Castellanos y Pérez; Bustelo, "Rigoletto", que una noche de gran pirotecnia me hizo gritar infánticamente: ¡Viva Peral!; la confitería del Suizo, donde daban 8 caramelos por un vintén; la tienda del Turco, con su dueño cuyo nombre no recuerdo; el ranchito de los Arguimban, y aquellos extraordinarios callejones del mercado nuevo; el capitán Martínez, que una vez cagó en el Palavecino, y otra vez se clavó en las estacas del saladero; los 4.000 paletós (¿hasta qué año duró esto?); el recreo salteño, con las figuras inseparables de Eloy y Alfonso; unas calesitas que hubo en la plaza vieja, allá por el 85, y famosos fuegos artificiales en igual época; la inauguración de un Club de Gimnasia en la esquina Uruguay y Valentín, con Jerez del 4º de cazadores por pr[es]idente; la pasada del ejército que iba al Quebracho, con Zajas con argelina al frente; y Pirulí—

Hasta aquí, yo. Si tienes buenos recuerdos de antaño, dímelos, que me divierto muy mucho.

Por aquí, amigo, viviendo bien y contento. Te diré que en la próxima fiesta del árbol, a celebrarse también aquí por decreto, me tocará presuntamente una medalla que el Ministerio regala al vecino que haya plantado más árboles y cuide más de ellos. Si tú supieras qué forma tiene toda raíz de planta, hablaríamos un poco. Creo, sin embargo, que con los años y alguna pulgada de tierra tuya, te vendrá eso ⁽¹⁷³⁾.

Dime chismes de ésa, de todo orden, y en especial, desde luego, literarios. Leí por ahí que Rubén Darío hablará sobre J. H. y Reissig ⁽¹⁷⁴⁾. Si es así, cuéntame o mándame crónica, que la habrá.

Sé que Migliorero va bien. ¿Tú y gente, ídem? Muchos afectos a ellos, y un buen abrazo para ti.

HORACIO

Responde en seguida, que bien vale la pena.

LXXIII

S. Ignacio, Agosto 8 - 12

Querido Maitland: Llegó tu carta. Enteréme de los obsequios a Darío. Me alegran mucho los homenajes múltiples a Herrera y Reissig, aunque seguramente superiores al valer de[l] aludido. Verdad es que no conozco su producción desde 1903. Me lastimó el disparate de Darío atribuyendo a los sonetos de Herrera gran influencia sobre los poetas jóvenes, siendo así que nadie se resintió de ello, a no ser el propio Lugones imitado por aquél (¹⁷⁵). En fin, es agradable ver exaltado a un poeta de quien las tres cuartas partes de los turiferarios, maldijo.

Sabrás, cuento aparte, que recordé efectivamente la muerte de un vasco en el cerro, perpetrada por Pascal, y también tengo mis recuerdos de Rogger. Pero en la vida hubiera yo acertado con la ortografía. Rodríguez de que hablo, vivía con su familia a tres o cuatro cuadras de la plaza nueva. Un su hermano anduvo luego por el Salto, mayormente en la puerta del Hotel Concordia.

Días pasados hubo en B.[uenos] A.[aires], en Constitución, un choque: un tren entró con gran velocidad en la estación, yendo a topar con los paragolpes hidráulicos que repelieron a los coches con tal fuerza que la plataforma de un tal se hizo añicos, e ídem 4 pasajeros. La Empresa pasó luego parte a la jefatura, contando que "hoy, a las 4 pm., al llegar a Constitución el tren 84, entró en contacto con los paragolpes"... ¡Entró en contacto! Muy bien la frase.

Sabrás, además, que en B. A. un médico recién recibido ha hecho tesis sobre los nervios de las alas de los mosquitos. También parece cosa bastante averiguada que los hongos tienen voluntad.

Por aquí anda desde ayer, y por segunda vez, el chico López, hijo del sastre, creo que se llama Román. Vende trapos y botines.

Con Migliorero nos carteamos ahora más a menudo; está bas-

tante bien de salud, notable en la extensión de sus epístolas. Dijéron-me que Asdrúbal me iba a mandar un carruajillo, pero nada sé del uno ni del otro, apesar de haber escrito últimamente al abogado.

Y tú, ¿qué haces? Ejerces siempre la presidencia del Círculo? ¿Qué papel desempeñas en tu diario? Esto último, sobre todo, me interesa—

Recibí la vez pasada un libro en checo, en que hay varios cuentos míos. Nunca te darás cuenta de lo que es el idioma checo escrito. He adivinado qué cuentos eran por los nombres propios; y aún! — (176).

¿Cómo es que César Miranda no figura entre los celebrantes de Darío? Dime esto.

Responde pronto, tú que tienes qué contar. Afectos de mi mujer, y con míos a tus viejos, te abraza

HORACIO.

LXXIV

S. Ignacio, octubre 16 - 12

Querido Maitland: Con [el] último correo llegaron dos revistas salteñas (177), y creo que antes carta tuya. Contesto a todo escrito, estimando que de todos modos no perderé nada.— Las revistas me llenaron de asombro: por el adelanto tipográfico, y el otro. Jamás creí que el Salto llegara a ser nido de decadentes. Yo, que no fui decadente sino difícil, pasé por aquel pago como un pajarraco extraño, especie de cuclillo incubado en nido de chingolos. Y ahora, con Manacorda y Pérez Rodríguez, nuestro Salto no explota de espanto. Sabrás que tengo siempre, respecto al calibre artístico del Salto, una opinión misérrima. Son todos Sancho Panza, aunque algunos flacos.— ¿Y quiénes son Manacorda y el Pérez? Presumo que éste es hijo de un Pérez, inspector de escuelas. El otro, Manacorda, debe de ser hijo de Giordano, el mecánico filósofo.— Como tipografía, es portentoso el adelanto. Recordé “La Revista del Salto” (el “Gil Blas” fue mucho mejor impreso) y va diferencia de pre[se]ntación. Con todo, magüer la juventud efusiva de Manacorda —este nombre se me ha metido en la cabeza—: ¡cómo huele a Camorra, Mafia, anarquismo!— los chicos son dignos de aplauso. Al fin y al cabo, son compañeros. Si llega a salir el número a mí dedicado, no dejes de mandármelo, ítem los números cualesquiera que caigan en tus manos.

Creo recordar que en tu carta hablabas de mí, de letras, etc. Bien me están tus opiniones y plácemes, y me gusta muy mucho la amistad de don Gil. Díceselo [sic], y dime tú qué físico tiene ese hombre que me conoce por dos líneas de cuento. Lamento no tener tu carta a mano, para contestar en forma. Escríbeme cuán rápido puedas, que te responderé en seguida. Como a ti la pluma no te hace cosquillas, extiéndete, cuéntame disparates y chismes. De aquí te diré que tuvimos a una sirvienta con seudo difteria, y a la chica Eglé con tal cual fiebre de 40°6, siete días. Pero en estos países fantásticos la farsa de la naturaleza es real, y ni la sirvienta tuvo difteria ni Eglé tuvo nada.

Afectos grandes a tu gente, y de la mía y a ti un buen abrazo

HORACIO.

LXXV

S. Ignacio, diciembre 6 - 12

Querido Maitland: Muchas ganas de escribirte, pero nada que decirte, sobre todo ahora que estamos de seca, y no podría olvidar tu infame canilla con su gota. Lugones hizo otro libro (¹⁷⁸). De Brignole, carta comúnmente. De Asdrúbal espero sulky. Escríbeme, tú que sabes hacerlo interesantemente. Y te mejoren las penurias de tu gente.

Buen afecto de A. María y mío.

HORACIO.

LXXVI

S. Ignacio, Diciembre 31 - 1912

Querido Maitland: Hoy cumpla 34 años, y ni tú has muerto en Guayaquil por la independencia americana, ni yo he escrito no recuerdo qué libro de versos extraordinarios (¹⁷⁹). Tales profecías, hechas en noviembre de 1900, debían cumplirse diez años más tarde —una eternidad, para nosotros entonces. ¡Cómo pasan los años, amigo amargo!

Con todo, no estoy descontento de mí, bien que mi fuerte de aquel entonces —el dinero— sea ahora mi debilidad. Gentes hay,

como Balzac, Dostoyewsky y algún otro que vivieron, no sólo pobres, sino en déficit. Lo cierto es que cuanto más afianzo mi ser interior, tanto más mísero me vuelvo en lo otro.

Por excepción, tengo tu última carta delante, y comento. No creí que "Los inmigrantes" ⁽¹⁸⁰⁾ fuera de tu cuerda, magüer el efecto final —color y expectativa—. Si Gil gusta también de él, placeréme. Hay un error brutal, que es preciso salvar. Al final, donde dice: ... "una aldea de Siberia", etc., léase Silesia. Hay gran diferencia por inacabables detalles.

Veo que tu libro marcha. Por ahí tengo una placa bastante fiel, que buscaré cuando insistas en lo provechoso que sería para el libro mi retrato. No te olvides en todo caso de mandarme aquél. A propósito, llegó aquí el otro día, por correo, un Diccionario geográfico de Orestes Araújo, del cual me incauté. Venía dirigido a: Cónsul uruguayo en San Ignacio, Misiones. Lo malo es que llegó luego otro bulto, que traje a casa, no siendo otra cosa que gran rollo de: Diario Oficial de la R. O. del U. ¿Para qué quiero eso?

Migliorero me debe carta hace tiempo. Anda bien, contento y animoso. Delgado tuvo el tino de regalarme un sulky, que aún no tengo en mi poder, pero que llegará.

No recuerdo si respondí a tu otra en que me hablabas del viaje de salteños al Paraguay. No podría ir con Vds, y aun difícilmente pudiera bajar a Posadas, aunque si Manacorda fuera de la comitiva, arriesgaríamos por conocer al dueño de tal apellido. Tú, sí, podrías venir a verme. Hay ahora vapor expreso diario de Posadas a aquí, que vuelve el mismo día. De modo que en caso de gran urgencia, saldrías de Posadas a las 7 1/2 am, llegando aquí a las 11 1/2. Te embarcarías de nuevo a las 2 1/2, para llegar a Posadas a las 5 1/2. Total, 12 pesos. Y si tienes más tiempo —cosa fácil mientras se espera el tren de regreso, te quedas conmigo un día entero, o dos— Responde al respecto, y con buen afecto de casa a los tuyos te abraza

HORACIO.

LXXVII

S. Ignacio, Febrero 16 - 1913

Querido Maitland: Por inesperada fórmula, tengo ahora tu carta por delante. Respondo, pues, punto por punto.

Te mando algunas pruebas —fuertes y débiles, a fin de que ahí

las hagas virar y fijar. Cuida, eso sí, porque es indispensable, que cualquier artífice disimule dos mechones de pelo que he tratado de tapar inútilmente con maña tinta. Los tales mechones me dan un gratuito aire de peluquero. Con cualquier pintureja se tapa eso. Venga el libro cuando esté. Pero entretanto ando mascullando un viaje a B. Aires, ahí por abril. Iría por una semana. Entre otros motivos, para charlar con Lugones que debe estar llegando. Avísame si pudieras darte una escapada por B. Aires.

Venga también, y pronto, asunto X...—. Me pregunto qué podrá haber hecho este hombre panzudo y bigotudo de escandaloso.

Tuve por Gozalbo, que anduvo por el Salto, noticias de Jaureche. Vive aún, cosa que ignoraba. ¡Bravo Jaureche! Nos engañó mucho tiempo simulando correr nuestro tren (¹⁸¹).

Por aquí, San Ignacio, se suelen ver algunos tipos curiosos del Salto. Román López, hijo del sastre ídem, (.....), llega acá de cuando en cuando. Llegó también, y esto es curioso, uno de los Gatti, vulgo Gato. que es también viajante de comercio.

Tendría ganas de leer algo de José María. Transmítele el deseo, y que se acuerde de mandarme algo. Lo que me citas de él es bueno; es cuestión de colocación.

El otro día estaba sentado rascándome el brazo distraído, y mi chica que comienza a hablar, me miraba atentamente, a mi lado.

—¡Ti pica! — me dijo con grave convencimiento de experiencia propia.

Recuerdos a tus viejos, y un buen abrazo

HORACIO.

LXXVIII (¹⁸²)

[*San Ignacio*] — *Junio 7 [de 1934]*.

Viejo y querido Maitland: Encantadísimo con saberte vivo, amigo y favoreciente (¹⁸³). Agregas uno más a los que ya te debo. Bien decidido a no dejar que esta resurrección de amistad se desvanezca otra vez. Escribo hoy a don Martín Etchegoyen, salvador. También lo hago con Asdrúbal. Tengo alguna confianza en lo de la jubilación, no mucha. Di a Asdrúbal que un colega César Tiempo (¹⁸⁴) me palanqueó por carta con Antuña y un señor Espeironi, dicho secretario de Terra. Según informes indirectos, el Tiempo tiene también esperanzas. De[be]n saber también que en el primer

momento escribí a Ghigliani, suponiéndolo amigo mío. No recibí respuesta, ni la tendré creo. Tal vez hice mal. Quisiera informes sobre mi conducta. Se me va el correo, y corto. Mas escribo otra vez el martes, una larga carta con recuerdos y demás.

Un fuerte abrazo

HORACIO.

LXXIX

[*San Ignacio*] Agosto 3 - 34

Querido Maitland: Llegó anteayer tu segunda carta. No se ha perdido ninguna tuya en el camino; lo que pasa es que ardía por contestarte, y de aquí mi insistencia con Asdrúbal sobre tu dirección. Ahora la tengo bien apuntada.— Has de saber que en un accidente de auto perdí el uso de dos articulaciones digitales, y que no cierro bien el puño izquierdo: esto te explicará los tropiezos de esta escritura a máquina, tanto mayores cuanto que había dejado de escribir por largo tiempo en esta forma. Al reanudar, he suspendido los acentos, causa eterna de mortificación (¹⁸⁵).

Sábeme a mí también a gloria la continuidad epistolar de origen tan amistoso como la nuestra. He vuelto a rememorar con ella mil incidentes del viejo pasado, entre ellos uno económico que tú explicabas así: ...“pero cuando se trata de formar, sólo Maitland está en la brecha”. No recuerdo bien de qué apuro me sacaste; mas ello es tan cierto como que el malastrugado de Capdevila ha echado a perder la pobrísima versión de Garín por Mestres, en *Caras y Caretas* (¹⁸⁶). Ahora tornas a cooperar eficazmente en otro embrollo económico. Bien me está el tener amigos como tú, y bien te está a ti contar con mi afecto. Sea.

Tus informes coincidentes con los de Asdrúbal me animan a confiar un poco más en palabra o promesa de gobierno. Sé bien que Vds. me ayudarán y sé también que en cuanto a los trámites y recovecos de la política peticionaria, tú nos das chanta al Asdrúbal y a mí. Este se avergüenza y yo lo echo a perder con brusco hablar. Tenme al tanto de lo que sepas, para irme haciendo mi composición de vida, pues si es cierto, como le digo a Asdrúbal, que puedo tirar unos meses sin mayor quebranto, también lo es que vivo pendien[te] de la promesa administrativa. Hay un compañero en Buenos Aires, César Tiempo, que ha influido mucho, a lo que entiendo, con unos señores

Ricaldoni y Ferreiro, muy allegados a la majestad (¹⁸⁷). Sé de otros compañeros que han movido algunas fuerzas. Ellos deben de ser los de la alusión.

Respecto de lo que pasa allí: no he querido preguntar nada a Asdrúbal, por el temor de que no se respete del todo su correspondencia. Aquí se sabe poco, y menos de la suma de buena fe de la nueva gente. ¿Existe un adarme de ella? Muchísimo me temo que no. Dime al respecto lo que puedas.

Del amigo Amycus, ay! todo puede esperarse en el tren en que lo vi la última vez que ídem. Nada de mal camino, pero sí sobrado tranquilo para su paso de antes. Parecióme un tanto renunciado a cualquier inquietud. Ha estado varias veces en Buenos Aires sin que nos hayamos visto. Lo han visto con una hija grande y gruesa al lado, con idéntico tranco ambos. Con todo, sé que de verlo, resucitaríamos uno y otro en la vieja fraternidad. Es que, amigo Maitland, no se ha hecho impunemente la vida en común nuestra sin que las viejas células incambiadas de la juventud rieguen aún los más bellos recuerdos de nuestra vida.

Leí naturalmente tu última inquisición —como dice Borges— sobre la efigie de Artigas. Muy bien, y muy a punto. No es fácil que se me escape nada de lo que escribas. A propósito de Artigas: ¿Has leído las Cartas del Paraguay de los hermanos Robertson? Vale la pena.

Mi mujer, que anduvo este verano por Buenos Aires, halló modo de estar al habla con Perotti (¹⁸⁸). Me acordé mucho de tus olvidadizos encuentros con él, allá en la época de los almanaques. — Suspendo pues esta bella plática hasta la otra carta.

Saludos a tu mujer y crecida prole, y un largo abrazo de

HORACIO.

LXXX

[*San Ignacio*] Octubre 20 - 34

Querido Maitland: Vuelvo a escribirte, urgido por la situación. Me temo que con estas inquietudes políticas del momento, no se piense de verdad en solucionar mi caso. Yo podía esperar, ciertamente, pero no tanto. Me he comido las últimas naranjas, y el tiempo pasa. Si algo has logrado saber sobre la probabilidad certera de que se me reponga, dímelo por favor, pues en caso negativo me apresuraré

a solicitar la jubilación. Yo vivo con poco, pero no con menos. Comienzo en estos días a escribir con profundo desgano (¹⁸⁹), para no sé todavía qué órgano porteño. Hoy se paga muy mal, y están lejos —dos años— los tiempos en que se me solicitaba cualquier cosa por trescientos cincuenta pesos. No es que se me valore en menos, supongo; la crisis dicta la baja.

He leído que Asdrúbal anda por el Salto en misión política. Por tal motivo no me dirijo también a él. En fin, haz lo que puedas, que en otra carta te contaré las andanzas por aquí de... M..., y cómo fue echado de uno de los tantos ranchos que ocupaba a disgusto de sus dueños, por orinar siempre desde la cama contra la pared, la cual había criado verde y mal olor.

Un buen abrazo, y respuesta inmediata sobre tu impresión clara sobre mi caso. Tuyo

[HORACIO]

LXXXI

[*San Ignacio*] *Febrero 19 [de 1935]*.

Querido Maitland: Debe efectivamente haber un diablo con larga cola para intervenir nuestra pobre correspondencia. A los efectos de que llegue ésta, va certificada.

Ahora viene lo más grueso. Figúrate que me informan —al parecer con garantía fidedignísima— de que he de ser reincorporado de inmediato al acervo consular. Tanto, que en el primer acuerdo ministerial debe quedar resuelto eso. De ser cierto esto, calculo que por mérito de las varias cesantías decretadas ha quedado espacio para mi magra persona. Por ello, sería prudente suspender momentáneamente los trámites jubilatorios, aunque sospecho que sin mi solicitud directa no puede haber iniciación. Pero como todo es posible —aunque me repongan—, bueno es no suspender los trámites preparatorios. Ya irá confirmación en uno u otro sentido. Y como respondí con telegrama a la persona que me felicitó también por telegrama al darme la noticia y asegurarla: "Ojalá y gracias".

Otra cosa rara: Me decía Asdrúbal en la suya última que en el Ministerio constaba mi actuación en la administración desde 1919, como cónsul de segunda, ascendido a primera en 1928. No hay tal. Fui nombrado secretario contador en 1917, y ascendido a cónsul de segunda en 1919. ¿Cómo tal error? No sé si convendrá o no corregir la plana a la administración.

El caso M. es el siguiente: Allá por 1918, creo, cayó por aquí el tal. Venía de yaqué, seguramente. No sé dónde se hospedó al principio ni a quién venía dirigido. Lo cierto es que seis u ocho meses después, o acaso un año, cuando retorné a ésta me informaron de que para tener un amigo como el difunto, mejor era estar solo. Se había ido últimamente, no se sabe dónde ni cómo, después de haber sido huésped de ocho o diez ranchos sucesivos. El dueño del último, una enramada a orillas del Paraná, me mostró la pared lindante con un catre de tientos donde dormía M...— El barro estaba todo florecido de hongos [que formaban] un surco hasta el suelo.

—Ese puerco —dijo el propietario— orinaba contra la pared día y noche.

Antes sabía algunas anécdotas de su estada aquí, que he ido olvidando. Andaban también por el lugar unos cuadros del infeliz deudor de Brum, anécdota ésta de lo más picante que existe.

Más adelante enviaré los detalles de la excomunión. Y por ahora, hasta otra mía confirmatoria del suceso consular, o más verosímilmente de la falta de suceso, un fuerte abrazo

HORACIO.

Para satisfacción de los viejos litigantes del Gay Saber, sabrás que escribo ahora en LA PRENSA de Buenos Aires. Nos hemos juntado de nuevo ⁽¹⁹⁰⁾.

Remito a todo evento el registro adjunto. Es todo lo que tengo confirmatorio de mi nacionalidad. Tengo la impresión de que en la oficina otorgante se quedaron con mi fe de bautismo. Infórmame sobre esto. Ya sabes que mi fe de bautismo debe de estar en la parroquia del Salto ⁽¹⁹¹⁾.

LXXXII

[San Ignacio] Julio 28 [de 1935].

Querido Maitland: ¿Qué diablos pasa que no quieres contestar, después de tanta cháchara sobre la correspondencia olvidada, etc.?

Si no fuera porque he visto últimamente nuestras mutuas colaboraciones en LA PRENSA, sospecharía que te has ido al Perú, en aquella fantástica campaña profetizada sin éxito, recuerdas? ⁽¹⁹²⁾

Animo, pues, y un fuerte abrazo

HORACIO.

LXXXIII

[*San Ignacio*] *Agosto 10 [de 1935]*.

Querido Maitland: Esta vez sí recibí tu carta, bien que viniera certificada. Tendría gracia que las cartas de Asdrúbal, verbigracia, transpasaran los horcas censoras sin examen, y que las tuyas fueran latigueadas. Ha de ser aprensión nuestra.

Me alegro mucho de la extensión de tu epístola. Ante todo, escribo hoy a César Tiempo codirector en la Argentina de S.A.D.L.R. ⁽¹⁹³⁾, conminándole a que considere como es debido —en cuanto esté en sus fuerzas— un libro tuyo. De temer es que la incumbencia de Tiempo termine en el puerto. De cualquier modo, algo ha de poder. El asunto de tu libro me parece excelente, por su interés novelesco y el partido que has de sacar de él, como muy buen narrador, que lo eres ⁽¹⁹⁴⁾.

Y sin saber por qué, esto me recuerda tu actuación efímera en el Paraguay, donde pienso ir para noviembre, si puedo, casi con el exclusivo objeto de ver y traer plantas, que constituyen hoy mi gran amor. Dame algún dato sobre el país, es decir, sobre Asunción, adonde pienso ir exclusivamente, por cinco o seis días. Me seduce la baratura de la vida actual allá, propicia para un bolsillo exhausto como el mío.

Y una cosa trae la otra: no hay que olvidar, amigo, a las gentes de la Caja y adyacencias. No hay que dejarlos dormir sobre mi expediente, so pena de morir de hambre antes de percibir un centavo. Y si puedes obtener algún dato sobre la probabilísima fecha en que he de percibir la primera cuota, no dejes de comunicármelo, pues vivo pendiente de ello. Calcula que desde junio del año anterior me aguanto exclusivamente de la pluma, muy mal remunerada, en comparación de años atrás.

Tu salud, ahora, y los cinco o seis años más a que apenas pretendes alcanzar: mal pronóstico, me parece, por no ser tú médico. Ninguno de éstos, por lo demás, puede haberte sentenciado en la cara. La vitalidad —leía el otro día— es cosa que escapa a cualquier pronóstico. Hay tipos que no reaccionan a la más pequeña herida, y parecen héroes, y otros de mísero aspecto, soportan un canal en el cuerpo. Claro está que la urea es mala consejera, y hay que contenerla como lo haces. Si se sostiene a pesar del tratamiento, mejor es aprontar la valija, como la salvacionista de Asdrúbal.

Y ahora, un recuerdo: cuando tú tenías demasiado buen apetito

y comías para entonarte bien, probablemente estabas ya aprontando un buen terreno para las futuras ureas. Mi amigo Juan José Bilbao, viejo dispéptico, se hizo ver por no sé qué exceso de presión arterial que creía tener. Tras examen, el médico le dijo: Tiene Vd. la presión de una criatura, y la urea y albúminas consiguientes. Lo que pasa es que Vds los dispépticos exagerados, viven constantemente en régimen contra lo que fuere. Váyase a pasear.

Ahora bien, ni Bilbao ni yo estamos por ello libres de aflojar por cualquier órgano, visto que lo poco o mucho que se siente después de los cincuenta, es precisamente aquello de que vamos a morir. Mi punto flaco comienza ahora a ser la vejiga: inercia de ésta, prostatitis, o tal vez los riñones (¹⁹⁵). El resto, perfecto por el momento, y, en particular, la aptitud para el placer fornicario. No derrocho, bien se entiende. Conservo intactas dos calidades congénitas: (.)

Dios me ampare, tal cual, por indefinido tiempo.—

Lo que me agrada muy mucho en ti es la tranquilidad para aceptar lo irremediable. Yo ando por allí también. Y esto prueba, sencillamente, que nuestro cuerpo comienza a desear descanso.

Entre tanto, viejo hermano, vivamos dándonos la mano, ya que no pudiste caer en Guayaquil (en efecto), ni yo logré sondear de cabeza el Paraná. Escribe en cuanto te acuerdes de la vieja amistad. Hace días lo hice ya a Asdrúbal. Este demonio de abogado anda siempre tan atareado con sus defensas de argentinos, que a veces temo escribirle largo.

Saludos a tu gente, y un fuerte abrazo

HORACIO.

LXXXIV

[*San Ignacio*] Set. 26 [de 1935] (¹⁹⁶).

Querido Maitland:

Hay que excusar a los amigos, cuando pasan por quebrantos de verdad. Mi situación económica empeora a ojos vista. Voy debiendo ya tres meses a mis proveedores, lo que es profundamente desagradable. Confié a mitad de año en el inmediato giro de la jubilación, y sufro las consecuencias. ¿No puedes averiguarme para qué fecha casi cierta se me remitirá lo que se me debe? ¿Y se me remitirá el monto total de los 15 o 16 meses, a contar desde el 15 de junio de 1934?

Estos dos puntos me son indispensables para proceder en con-

secuencia. Si no llegara ese dinero, tendría que vender mi chacra en —pongamos \$ 500!,— pues no hallo ni sé de dónde sacar fondos.

Hazme el favor, viejo amigo, de ayudarme a salir del paso con la gestión que te encomiendo. Pásale nota de esto a Asdrúbal, que aunque sé que tanto éste como tú no se olvidan de mí, estoy en circunstancias realmente muy grave[s].

Te escribí largamente hace rato. Un fuerte abrazo

HORACIO.

LXXXV

[San Ignacio] Octubre 23 [de 1935]

Querido Maitland:— Me llegó anteayer tu feliz telegrama, que me ha vuelto el alma al cuerpo. Ya desesperaba realmente de ver un día concluido ese asunto. Lo de \$ 110 sería encantador si estuvieran descontados en dicha cifra los gravámenes al ausentismo, que creo importan 20 o 30 \$ para tal cantidad. A menos que se considere que un consulado forma parte de la tierra, a los efectos. De uno u otro modo: ¿vendrá de golpe lo que se [me] adeuda desde marzo o junio de 1934? Ojalá fuera así.

Descontados, querido Maitland, los plácemes por tu siempre reconocida disposición para sacar del paso a los amigos. No parecía, en verdad, que después de 18 años de pasto propicio, las vacas llegaran a tener otros 18 años de flacura. Cosas de la política (¹⁹⁷).

Amorim, excelente amigo (¹⁹⁸) me dice en carta llegada casi junto con tu telegrama, que se estaba tirando un lance (se halla bien vinculado, creo, con gentes de la situación) para arreglar (?) mi asunto. Me envía un recorte de *El Uruguay* donde se anuncia que un grupo de colegas se reúnen en asamblea para tratar de *remediar mi afligente situación*, —como la de una pobre viuda echada del conventillo. No sé qué puede ser eso. Pjensa Amorim (hijo) que el acto de que un diario de la oposición apadrine mi asunto, basta para empecinar más en contra al gobierno.

En fin, cuando tengas noticias concretas sobre lo que fuere, hazme el bien de mandarme dos líneas.

Escribí a Tiempo sobre tu barca Puig. Cree que a pesar del déficit de la empresa, será posible sacar a flote tu libro. El, Tiempo, hará cuanto pueda, puedes creerlo. Ya te informaré. Hoy escribo de nuevo a aquél sobre el tópico (¹⁹⁹).

¿Y tu pluma? ¿Tu salud? Y con hijas casaderas ya! Cierto es que Asdrúbal y yo podríamos tener nietos. Migliorero tiene dos.

Mi próstata, tras una semana de nuevos fastidios, se porta mejor. El resto, bien.

Calculo que tendré carta tuya aclaratoria en estos días.

Hasta otra, un fuerte abrazo

HORACIO.

LXXXVI

[*San Ignacio*] *Dbre 21 [de 1935]*

Querido Maitland:

Tiempo me cuenta que estuvo contigo, muy gratamente impresionado de ti. Me asegura haber hablado largamente contigo, y que puedes contar con la editorial. Por si no avanzó contigo hasta esto, te lo digo yo. Habrá que esperar un poco.

Asdrúbal te informará del excelente cariz que van tomando mis finanzas, apoyado en Vds dos, bien desde el principio, como era justo, necesario, sencillo y natural, y con la cooperación inesperada y devota de Tiempo y Amorim. Place tener amigos tales.— Torna a prestar tu mano en esto de la asignación, hermano casi y sin casi.

Un fuerte abrazo, y dime qué impresión tienes de Tiempo

H.

LXXXVII

[*San Ignacio*] *Mayo 10 [de 1936] (200).*

Querido Maitland: Por fin llegaron carta tuya y giro, dos cosas plácidas. Sabía y suponía que andabas tras de los negros hombres de la Caja. Estos nefastos tipos han procedido de modo de hacer creer en mala disposición determinada a mi respecto, si no fuera absurdo suponerlo así. Y me temo que la prosecución de las cuotas jubilatarias dé que hacer todavía.

Nada sé de César Tiempo, quien se casó hacia carnaval, y quedó en pasar por aquí unos días, con su mujer. Recibí últimamente una tarjeta huera con indicación de domicilio conyugal tan sólo.

Le voy a escribir a tal dirección. Me ha llegado anoche el último título de la editorial de Ernesto Morales. Sobrevive, luego, tal editorial. Ya veremos. Puedes creer que te palanquearé como dios manda.

Digo a Asdrúbal que hablaría contigo de miel. Esta miel que yo adquiriría en un apicultor ilustre de la zona, se ha concluido, por haber sido muy mala la cosecha este año. Puedo adquirirla en otro lugar, mas sin garantías de perfume y gusto magníficos, como eran los de la de aquí. Sin embargo no veo por qué no han de ser semejantes, e idéntica la honradez del apicultor. Dime pues si transiges con este último temperamento, y les enviaré dos tarros de 5 K. c/u neto, franco de porte — ⁽²⁰¹⁾.

Mi vejiga, próstata o uretra me tienen a mal traer. Parece que deberé examinarme a fondo (ya sabes lo que es examen a fondo tratándose de próstata), y proceder a operación, en caso de que esta última se haya hipertrofiado. Por lo cual se ve que desde presidente a cónsul, nadie se escapa de la intervención ⁽²⁰²⁾.

Te enterará Asdrúbal de los trastornos matrimoniales ⁽²⁰³⁾, más graves que los de la próstata. Pero el ánimo no me falta. Estoy decidido a recobrar mi libertad.

Un gran abrazo, pues, y hasta pronto, casi con seguridad, pues en cualquier caso nos hemos de ver allí pronto

HORACIO.

LXXXVIII

[*San Ignacio*] *Stbre* 9 [*de* 1936]

Querido Maitland: Hoy le escribo también a Asdrúbal, de quien, como de ti, nada sé hace tiempo. Qué es de Vds.? Repito lo que digo a Asdroves: estaré en B. Aires hacia fin de mes, me operaré y pasaré por unos días a ésa. Gran placer, amigo! Quieran los dioses (los antiguos, pues los modernos están ocupados bendiciendo a los ejércitos europeos) sernos propicios en todo, y te abraza muy estrechamente de antemano

HORACIO ⁽²⁰⁴⁾.

NOTAS

CARTA A ALBERTO J. BRIGNOLE

[Octubre o noviembre de 1904]

(¹) Aunque nacieron en Salto el mismo año (1878), Q. y Brignole sólo se vincularon en 1896. Compartieron en la ciudad natal los primeros entusiasmos literarios, hasta suscribieron juntos un par de trabajos para la *Revista del Salto*, publicados en enero de 1900 ("Sadismo-masoquismo" y "Culto fetichista"), y fundaron en Montevideo con otros muchachos salteños y en la segunda mitad de aquel año —apenas concluida la fugaz aventura parisina de Q.—, el Consistorio del Gay Saber, que se extinguió bruscamente a principios de 1902. (Ya se sabe quiénes fueron los fundadores y qué títulos adoptaron: Horacio Quiroga, Pontífice; Federico Ferrando, Arcediano; Julio Jaureche, Sacristano; Alberto Brignole, Campanero; Asdrúbal Delgado, Monago mayor; y José María Fernández Saldaña, Monago Menor. Poco después, aunque sin asumir grado alguno dentro del tonante escalafón, se agregó a ellos Eduardo de las Muñecas —ver nota 6—, a quien habría que citar desde ahora como el séptimo de los garzones o brahmines).

Tras una separación de tres años, Q. y Brignole volvieron a convivir en Buenos Aires —incluso en la misma casa— desde mediados de 1905. (El primero había tentado fortuna en el Chaco, como cultivador de algodón. El segundo llegaba de Europa, adonde había ido a perfeccionarse como médico). Y se apartaron a principios de 1910, cuando Q., recién casado, se instaló en las Misiones.

A la muerte del cuentista, Brignole (o Amycus o El Migliorero, como lo llamaba aquél, así en las cartas a Fernández Saldaña) se aplicó a redactar, en colaboración con José María Delgado, un libro que resultó fundamental en la bibliografía pertinente, pese a vacíos, errores o flaquezas: "Vida y obra de Horacio Quiroga", Montevideo, Claudio García y Cía., 1939. (A partir de aquí, lo mencionaremos en esta forma: "V. y O. de H. Q.")—

En la página 9 de ese libro se expresa que Brignole fue "el más íntimo y fraternal [amigo] que tuviera [Quiroga] en sus primeras épocas". El aserto es viable. Pero podría decirse otro tanto de Fernández Saldaña.

El propio Brignole, aunque mantuvo amplia correspondencia con Q. —como se advierte por distintas cartas de éste al mismo Fernández Saldaña— sólo donó al I.N.I.A.L., en 1949, el presente original —inédito si se exceptúa una cuarta parte de los versos que incluye adelantada en la obra referida, págs. 160 y 161— y lo acompañó con estas líneas: "Carta que me envió Quiroga a París, allá por el año 1905. La entrego sin tachar algunas alusiones humorísticas por considerar que ayudan a dar una sensación real del clima de nuestra amistad". (B. se equivoca en un año casi. La carta fue escrita en Saladito, por octubre o noviembre de 1904, como lo prueban rasgos distintos: la noticia de que Asdrúbal recibió un balazo en la guerra civil,

ya visiblemente acabada, y la referencia a la edición de "El Imperio Jesuítico" —límites a quo—; el cálculo de que B. no regresaría "hasta principios del entrante año" y el anuncio de un viaje a Buenos Aires y Salto, para febrero —límites ad quem—).

(²) Como la epístola está compuesta en alejandrinos pareados, se echa aquí de menos un verso —olvidado tal vez en algún previsible borrador— que debía rimar con el de la llamada y precederlo sin duda. (Obsérvese aún que Q., ya cansado —pero con razón—, no completó la última estrofa binaria).

(³) Q. empieza a despertar: se declara "agricultor mentido" y considera estúpida la "creencia de ser hombre de plata". Luego, como en los tiempos del Consistorio, confiesa —a gritos— que desea gloria, talento y "aun genio".

(⁴) Julio Jaureche, el antiguo Sacristano del Consistorio, se había recibido de odontólogo y ejercía su profesión en Concordia. (Ver, al margen de un par de menciones, el espinoso desencanto con que lo recordará después Q. en carta a Fernández Saldaña fechada el 16 de febrero de 1913).

Asdrúbal Delgado, amigo íntimo de Q., Monago mayor en el cenáculo famoso, abogado de nota más tarde, había sido herido de un balazo en la batalla de Tupambaé —junio 22 y 23 de 1904— y a ello alude la epístola.— (V., en el tomo I de las "Cartas inéditas...", las que dirigió Q. al mismo Delgado).

(⁵) "La rubia" —María Esther—, hallada y perdida en 1898, reencontrada lamentablemente años después —al parecer en 1905—, fue el primero de los cuatro grandes amores de Q. Una carta a Fernández Saldaña permite dar su nombre completo: María Esther Surkonski. De esa historia sentimental surgieron, como se sabe: "Una estación de amor", el primero de los CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE, Buenos Aires, "Buenos Aires", Sociedad Editorial Limitada, 1917; y un drama: LAS SACRIFICADAS, que sacó a luz la misma casa en 1920.

(⁶) Eduardo de las Muñecas, de hecho incluido por Q. entre las principales figuras del Consistorio —ver carta II a Fernández Saldaña—, era un hombre agradable y fino, de frágil salud. Hijo adoptivo de un estanciero de Mercedes, que lo había sacado de un asilo, fue, como se ve por las cartas de Q. a Fernández Saldaña, gran amigo del narrador, con quien luego convivió en Buenos Aires. Escribía, por distracción, breves crónicas o cuentos y planeaba más que escribía. Hizo algunos viajes a Europa, acompañado de su mujer, frívola y elegante. En París, frecuentó a Rubén Darío. Su muerte impresionó hondamente al propio Darío —que la deplora en un artículo para *La Nación*— y a Q. que en una carta al mismo Fernández Saldaña, del 15 de enero de 1911, dedica a de las Muñecas un breve pero intenso réquiem.

(⁷) Ese cuento, "La verdad sobre el haschich", en el que Brignole es presentado como testigo directo de una experiencia tóxica de Q., se publicó en *El Gladiador* de Buenos Aires, el 14 de agosto de 1903, y fue recogido con rótulo abreviado, "El haschich", en *EL CRIMEN DEL OTRO*, Buenos Aires, Emilio Spinelli, 1904.— (Sobre la amigdalitis que resultó secuela de la droga, véase la carta a Fernández Saldaña del 1º de mayo de 1906).

CARTAS A JOSÉ MARÍA DELGADO
(I a XXXVII)

— I (1º/IV/903) —

(⁸) El Dr. José María Delgado (médico, hermano de Asdrúbal) nació en Salto el 10 de junio de 1884 y falleció en Montevideo el 5 de mayo de 1956.— Poeta, comediógrafo, narrador y ensayista, fue fundador y director —juntamente con César Miranda— de la revista *Pegaso* (1918-1924) y, en sus últimos años, miembro de la Academia Nacional de Letras.— Según palabras del libro que él mismo compuso en colaboración con Brignole, pág. 9, pertenecía “si no a otra generación, al grupo benjamínico de la de Quiroga” y “mantuvo con éste asimismo estrechos lazos camaraderiles y literarios”. Pero, también según palabras suyas (vide “A Horacio Quiroga/ Oración fúnebre”, en “Ensayos”, Montevideo, mayo de 1937), por “una especie de temor algo idólatra”, jamás tuteó a Q., pese a que éste lo tuteaba.

Dos libros de Delgado son objeto de mención en la correspondencia: “El relicario” (poesías), Buenos Aires, “Buenos Aires”, Cooperativa Editorial Limitada, 1919, obra de cuya impresión Q. se encargó —ver cartas XIII a XXVI de la serie— y “La princesa Perla Clara”, Comedia feérica en tres actos y en verso, Montevideo, *Pegaso*, 1921. Asimismo en estas cartas se comentan ciertas composiciones del propio Delgado, por él enviadas al amigo mayor, que vivía a la sazón en la capital porteña.

La primera de las cartas (reproducida con menudas enmiendas y sin algunas frases o períodos en “V. y O. de H. Q.”, págs. 190 y 191) responde a un tema reasumido en otras páginas de la serie: los versos de Delgado. Q. habla de ellos sin miramientos, seguro de su ascendiente sobre el joven destinatario, y hasta esboza para éste una propedéutica de la creación literaria.

— II (13/VI/903) —

(⁹) En la revista “Ensayos”, N. 11, Montevideo, mayo de 1937, se publicó esta carta a J. M. Delgado, coronada con “una larga epístola-historia en verso” (que da ocasión a Q. de confirmar su preferencia por los alejandrinos pareados).— Precisamente “Epístola-historia en verso” fue el título que le atribuyó en la revista Eugenio Petit Muñoz, quien le puso un epígrafe e hizo conocer, además, otro manuscrito de Q., “El payaso dormido” (v. nota 10).

Ahora bien, en “Ensayos” fue necesario retirar del texto cuatro alejandrinos (31 a 34). Pero el propio Petit Muñoz, que posee los originales y ha resuelto donarlos al Instituto, hace unos días me comunicó de memoria dos de esos versos.

No obstante la opinión sustentada al parecer por J. M. Delgado en su conmovida “Oración fúnebre”, entiendo que las cinco amiguitas de la in-

fancia —y de la juventud— evocadas por Q., “Inés, Teodora, Antígona, Berenice y María...”, importan un gratuito ejercicio imaginativo y onomástico.

— III [1905 o 1906] —

(¹⁰) El soneto (publicado —con una errata— en “Ensayos”, a la zaga de la carta precedente —v. nota 9— y luego en “V. y O. de H. Q.”, págs. 183-184), debió de ser remitido con otra carta —perdida— al mismo destinatario en 1905 o 1906. Pese a la visible preparación del desenlace o a un modo conjuntivo que inflige pesadumbre lógica al último verso o a una falla suelta en las rimas de los versos antepenúltimo y penúltimo (análoga a la que el autor —como truchimán de Pardo— señalará a Delgado: v. nota 15), vale como intensa expresión del poeta que Q. iba reprimiendo implacablemente en sí mismo.—

— IV (9/V/907) —

(¹¹) “Jardín destruido” es el título de un poema que acaba de remitirle Delgado. Q. lo examina y propone distintas enmiendas, que su amigo aceptará íntegramente o poco menos, como puede verificarlo quien coteje los consejos y sugerencias de la carta con el texto del poema publicado cuatro meses después —tras dos tropiezos: v. carta V y VI —en *Caras y Caretas*, N° 467, Buenos Aires, 14/IX/907.— (Algunos versos de “Jardín destruido” revelan el influjo de “Ciles alucinada”, composición de Herrera y Reissig. Es curioso verificarlo pues Q. llegaría incluso a negar el magisterio de Herrera en los nuevos poetas: v. nota 175).

(¹²) “C. y C.”, tanto en esta carta como en otras, es abreviatura de *Caras y Caretas*, semanario porteño en que Q. colaboró —con un paréntesis— durante casi veinticinco años.

(¹³) En este último párrafo cita Q. otro poema que había hecho publicar a comienzos del año anterior en el referido semanario y era asimismo obra de J. M. Delgado: “El regimiento”. Vide *Caras y Caretas*, N° 389, Buenos Aires, 17/III/906.

(¹⁴) Era el sobrenombre de José María Fernández Saldaña.— Federico Ferrando, en un artículo, “Colaboradores artísticos” (vide *Almanaque Artístico del Siglo XX*, Montevideo, 1901), presenta a su camarada de cenáculo y apunta: “Sus amigos le llaman Maitland (Maitland, el aprovechado pintor de *La femme en violette*)”.—

— VI [Agosto de 1907] —

(¹⁵) Tomo el texto (perteneciente a una carta sin duda perdida) de “V. y O. de H. Q.”, págs. 189 y 190, donde está precedido por estas palabras de los biógrafos, que explican y resumen el posible comienzo de dicha carta: “...Pardo no perdonaba siquiera consonancias generalmente admitidas como paz y jamás”.

Ahora bien, los versos pares de la estrofa última de “Jardín destruido” concluyen en detrás y jamás. (Vide *Caras y Caretas*). Se advierte que Del-

gado admitió el consejo de Q. y la indirecta exigencia de Pardo. (A este último, unos veinte años después, dedicó el mismo Q. en otro orden las siguientes palabras: "...Luis Pardo, entonces jefe de redacción de *Caras y Caretas*, fue quien exigió el cuento breve hasta un grado inaudito de severidad... El que estas líneas escribe... debe a Luis Pardo el destrozo de muchos cuentos por falta de extensión; pero le debe también en gran parte el mérito de los que han resistido".— Vide "La crisis del cuento nacional", en *La Nación* —suplemento dominical— Buenos Aires, 11/III/928).

Doy a este fragmento una fecha bastante segura —agosto de 1907—, apoyándome en la de las dos cartas previas (IV y V) y considerando que "Jardín destruido" fue publicado el 14 de setiembre inmediato.

— IX (1º/XI/908) —

(16) HISTORIA DE UN AMOR TURBIO, novela de Q. recién editada. V. nota 131. — (Hay en la correspondencia, después de esta carta, un vacío de casi nueve años).

— X (29/III/917) —

(17) Q. habla de una comedia en verso compuesta por Delgado: "La princesa Perla Clara", que sólo se editó (ver nota 8) cuatro años después, en 1921, a raíz de su representación en el Teatro Solís.—

— XI (8/VI/917) —

(18) Esta carta (de la que se transcribe —con algunos cambios— un fragmento en la pág. 241 de "V. y O. de H. Q."), es de inmenso interés como ejemplo de autocrítica aplicada a CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE—. La distinción que realiza el propio Q. entre los "cuentos de efecto" y las "historias a puño limpio", ha sido de hecho —como observa Mercedes R. de Rossiello— asimilada posteriormente por la crítica.

(19) Q. se llama a sí mismo "ex decadente amigo" de Baltasar Brum, entonces Canciller del Uruguay, quien lo hizo ingresar ese mismo año (1917) como "secretario contador" en el cuerpo consular de nuestro país en la Argentina (v. nota 197).

(Contrerráneo y admirador de Q., a quien distinguió y protegió siempre, el Dr. Brum fue luego Presidente de la República entre 1919 y 1923 y Presidente del Consejo Nacional de Administración desde el 1º de marzo de 1931 hasta el 31 de marzo de 1933, día en que lo depuso el golpe de Estado y se suicidó con el propósito de dar cívica trascendencia a su sacrificio).—

(19 bis) El libro de lectura para niños, propuesto por Q. a Mezzera (el Dr. Rodolfo Mezzera, entonces Ministro de Instrucción Pública en el Uruguay), no halló eco favorable entre las autoridades de Primaria. De ahí que la obra concluyera por editarse en la Argentina: CUENTOS DE LA SELVA, Buenos Aires, "Buenos Aires", Cooperativa Editorial Limitada, 1918.

(²⁰) La paráfrasis de "El Regimiento" —ver nota 13—, está hecha en la misma estrofa usada por Delgado y responde a una nueva lectura.—

— XII (22/VIII/918) —

(²¹) Cabe despejar una doble alusión: "la revista que no paga" es **Pegaso** (v. nota 8); "la cosa" que Q. envía: **Lucila Stringberg** (Cuento)", que se publicó en el número 3 de aquel órgano, Montevideo, setiembre de 1918, y fue recogido en **EL SALVAJE**, Buenos Aires, "Buenos Aires", Cooperativa Editorial Limitada, 1920.—

— XIII (9/XII/918) —

(²²) Catorce cartas, a partir de la presente (XIII a XXVI) tienen el mismo tema: la impresión —en que medió Q.— de un libro de versos de J. M. Delgado ("El Relicario"), en los talleres de la Cooperativa **Buenos Aires**, propiedad del "gringo Mercatali". (V. nota 8).

—XVII (8/I/919) —

(²³) En el original —a máquina— Q. puso 1918 por 1919, consumando un error de fecha frecuente en los primeros días del año. Por otro lado, es obvio que la carta pertenece a la serie de catorce unidades especificadas en la nota precedente.

(²⁴) Si Q. no encontró en 1917 ambiente favorable para convertir en texto de nuestras escuelas un libro, inédito aún, **CUENTOS DE LA SELVA** (cf. número 19 bis), tampoco halló mejores disposiciones en 1919 para estrenar en Montevideo **LAS SACRIFICADAS** —v. nota 5—, cuyos originales habría tenido en sus manos el Ministro Mezzera. Ante el vacío que otra vez le hacían sus paisanos, editó el autor su drama en la Argentina al año siguiente. Y allí —pese a nuevos tropiezos— pudo lograr que lo representara al cabo la Compañía de Angela Tesada en el Teatro Apolo de Buenos Aires, el 17 de febrero de 1921. Meses después del estreno, **LAS SACRIFICADAS** salió a luz —por segunda vez— en la revista **Bambalinas**, N° 181, Buenos Aires, setiembre 24 de 1921.—

(Esa fue la única obra teatral de Q.— Con todo, éste además empezó una comedia —lo dice en carta a Fernández Saldaña fechada el 1° de mayo de 1906—. Y muchos años más tarde, en carta —inédita— a César Tiempo fechada el 24 de noviembre de 1934, se mostrará dispuesto por un instante a explotar escénicamente, para obtener dinero y alcanzar "un éxito extraordinario del viejo teatro", cierto cuento publicado en **El Suplemento** "bajo el rubro de John Moreira, seudónimo de Yamandú Rodríguez", cuya acción transcurría en el Far West o en el Canadá, nada menos...).

— XX (23/I/919) —

(²⁵) Delgado, a raíz de esta autorización, publicó en el N° 8 de **Pegaso**, Montevideo, febrero de 1919, dos escenas de **LAS SACRIFICADAS** (VIII y IX del Acto 1°).— El drama tenía entonces tres actos.— Un año después,

en la primera edición, llegó a los cuatro actos.

Además de las colaboraciones indicadas, Q. sacó a luz en *Pegaso*: "La Yarará Newiedi" (N. 15, setiembre de 1919), página suelta desde entonces, y "Cuadrivio Laico/ Noche de Reyes" (N. 20, febrero de 1920), cuento recogido pocos meses después en *El Salvaje* con el título abreviado y como parte de una tetralogía. (V. nota 52).

— XXVII [X/920] —

(²⁶) Para datar esta carta —reproducida casi por completo en "V. y O. de H. Q.", pág. 191— tuve en cuenta la fecha en que fue publicado el poema que la origina (v. nota siguiente) y la fecha del anunciado viaje a Montevideo.

(²⁷) "Los hijos", composición de J. M. Delgado, salió a luz en *Pegaso*, N. 27, Montevideo, setiembre de 1920. El autor funda el tema —que agarró explicablemente a Q.— en una anécdota de su vida profesional (era médico). Visitó —cuenta— a una niña enferma y debió revelar al padre que la criatura se moría. Así, después de evocar la impresión del hombre, de súbito transformado en piedra, traduce su propia impresión: "Y de tal modo en las entrañas —me quedaron sus ojos fijos,— que rondando he pasado el día— alrededor de mis dos hijos").

— XXIX (3/XI/921) —

(²⁸) Alberto Zum Felde, en "Crítica de la Literatura Uruguaya", Montevideo, Maximino García, 1921, pág. 269 a 282, acababa de recoger un trabajo sobre Q.— Alberto Lasplaces, por su parte, había estudiado al cuentista en "Opiniones Literarias", Montevideo, Claudio García, 1919, págs. 48 a 61. Y antes aún el propio Lasplaces, en "Crítica a un crítico" —vide "Mundo Argentino", Bs. As., octubre 17 de 1917—, había refutado un espeso artículo de Luis Bonafoux sobre CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE, dado a la estampa en el mismo semanario el 19 de setiembre del mismo año. Esa espontánea defensa constituyó, sin duda, "la amabilidad" a que Q. se refiere.—

— XXXI (23/XII/921) —

(²⁹) El grupo Anaconda, cuya integración Q. puntualiza en la carta, realizó varios viajes a Montevideo, donde más de una vez se le dispensaron discretos agasajos oficiales.

— XXXII (11/V/922) —

(³⁰) Juana de Ibarborou, a quien Q. no conoció en seguida.— Según Ferdinand Pontac (v. "De la vida atormentada de Horacio Quiroga", en el Suplemento de *El Día*, Montevideo, marzo de 1940), el narrador, que regresaba de Río de Janeiro con su hijo Darío, pasó [en set. u oct. de 1922] por Melo, donde estuvo tres días buscando un aerolito. Allí conoció a la autora de "Lenguas de diamante".

— XXXIV (9/VIII/922) —

(³¹) Al parecer, y como lo certifican algunos pasajes de sus cuentos, Q. presumía en el particular.

— XXXVI (25/VI [923]) —

(³²) Si pude fijar el año preciso de la anterior por ese "lunes 28 de agosto", más fácil resultó precisar el año de la carta presente pues Q. comunica que ha salido a luz, en esos momentos, una nueva edición, la segunda, de HISTORIA DE UN AMOR TURBIO, Buenos Aires, Babel, 1923.— (Durante casi trece años el autor no volvió a comunicarse con J. M. Delgado).

— XXXVII (25/I [936]) —

(³³) Tampoco resulta difícil determinar el año de esta última carta ya que Q. esperaba y obtuvo en 1936 uno de los premios del Ministerio de Instrucción Pública por MAS ALLA, Montevideo-Buenos Aires, Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, 1935. (Ver, en el tomo primero de las *Cartas inéditas...*, la XXIII, a Martínez Estrada, y la XXXIII, al Dr. Asdrúbal Delgado).—

CARTAS A JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ SALDAÑA

(³⁴) J. M. Fernández Saldaña, abogado e historiador, nació en Salto el 19 de enero de 1879. (V. notas 1 y 14). Interesa conocer la presentación que de él hizo el propio Q. en carta —inédita— a César Tiempo, fechada el 23 de octubre [de 1935]: “Hay en Montevideo un amigo, José María Fernández Saldaña, primo mío, [sub-] director jubilado del Museo Histórico, historiador de nota complicado con escritor.— Escribe de vez en cuando en *La Prensa* de Buenos Aires.— Este amigo formó parte activa de cierto Consistorio del Gay Saber, allá por el 1900, del cual usted acaso haya oído hablar. Formábamos el tal consistorio (premonitor de la Torre de los Panoramas de Herrera y Reissig), el tal Fernández Saldaña, Alberto Brignole, Asdrúbal Delgado, yo —todos vivos— y Federico Ferrando, muerto. Esto le anunciaré a Vd. la amistad entrañable y jamás desmentida que nos profesamos los sobrevivientes”. (Como se ve, Q. nombra a Ferrando, cuya muerte causó involuntariamente; y calla el nombre de Jaureche.— Además —y yo lo he subrayado algunas veces— dice que el Consistorio fue “premonitor de la Torre”, no contemporáneo, lo que es exacto, pues la Torre fue fundada a principios de 1903 y el Consistorio desapareció en marzo de 1902).

Las cartas que Q. dirigió a Maitland abarcan un espacio de treinta y cinco años. Y son hasta ahora las que mejor documentan la vida de aquél en la Argentina, antes de la salida a Misiones en 1910.

— I [Nov. o dic. de 1902] —

(³⁵) En esta carta, cuya fecha probable indico entre paréntesis rectos, Q. debe de aludir a un cuento, “Flor bizantina”, que Fernández Saldaña sacó a luz en la revista *Montevideo*, Año I, N. 2, diciembre 20 de 1902.— El cuento fue recogido en *EL CRIMEN DEL OTRO* con nuevo título: “Flor de imperio”.— (El remitente se había instalado en Buenos Aires, después de la muerte de Ferrando —acaecida el 5 de marzo de 1902—. Y vivía en casa de su hermana María, casada con Eduardo D. Forteza, a quien nombra en el texto).—

— II (14/IV/903) —

(³⁶) Q. debe de referirse a un cuento —después olvidado—, “Los amores de dos personas exaltadas o sea la mujer que permaneció niña y el payaso que permaneció hombre”, sacado a luz en *El Gladiador*, N. 73, Buenos Aires, abril 24 de 1903. En el mismo semanario publicó antes otro cuento, “Rea Silvia”, el 13 de marzo precedente; y tres más, después del que origina esta anotación: “Idilio”, “La verdad sobre el haschich” y “El triple robo de Belamore”, el 22 de mayo, el 14 de agosto y el 20 de noviembre de 1903, respectivamente. (Los cuatro cuentos nombrados en último término —uno de

ellos con título abreviado: "El haschich"— fueron recogidos en EL CRIMEN DEL OTRO).

(³⁷) Compárese esta referencia a los antiguos compañeros del Consistorio —cuyo número enriquece el nombre de Muñecas—, con lo dicho en una carta a César Tiempo treinta y dos años más tarde. (V. nota 34). Y adviértase que en ambos textos se cita al pobre Ferrando (con el apodo de Cirano en la carta presente).

— III (18/VI/903) —

(³⁸) Q. parece referirse a "La verdad sobre el haschich" —ver notas 7 y 36—. Ese cuento vale, aunque lo comprometa un error extraño: pues el testigo anota, incluso, lo que no podía haber observado en el paciente: "Ideas terroríficas, visiones de monstruos...".— (Q. escribió esta carta en vísperas de un hecho decisivo en su vida y en su obra: la partida a tierra misionera como pretextado fotógrafo de la expedición dirigida por Lugones).—

— IV (29/VII/ [903]) —

(³⁹) La carta ilustra parcialmente el itinerario de la expedición.—

— V (16/II/904) —

(⁴⁰) Según Delgado y Brignole (op. cit., págs. 139 y 140), Q. se trasladó a Salto en las vacaciones de 1902 y regresó a Buenos Aires en marzo de 1903. El aserto es irreprochable. Pero se resuelve en una inexactitud porque ése no fue, como dicen los biógrafos, el "postrer pasaje [del escritor] por la ciudad natal... a la que no volvería sino en cenizas...". En efecto, Q. estuvo ulteriormente en Salto varias veces, en 1904 y en 1905: como lo prueban esta carta, del 16 de febrero de 1904, y las datadas igualmente en dicha ciudad el 7 de noviembre del mismo año, el 27 de abril y el 6 y 19 de septiembre de 1905.

(⁴¹) V. nota 4.—

(⁴²) Ese primer viaje, hecho con Eduardo de las Muñecas, sirvió de preámbulo al establecimiento de Q. en el Saladito, cerca de Resistencia, como cultivador de algodón y aspirante a hombre de fortuna.

(⁴³) EL CRIMEN DEL OTRO, entonces en preparación. (Ver nota 7).

(⁴⁴) Sobrenombre de Alberto Brignole, llamado en otras oportunidades Migliorero o El Migliorero. (V. nota 1).

— VIII [Mediados de 1904] —

(⁴⁵) Quiroga se instaló en el Chaco austral, en 1904, a fines de marzo. Allí, buscándose, sobrellevó la crisis que documenta la carta del 19 de octubre (IX). En ella habla de una "carta vieja", acaso la presente, que constituye, de seguro, el primer mensaje de Q. a su amigo desde tierra chaqueña. Por eso le doy, entre las cartas —conocidas— a Maitland, la fecha indicada

entre paréntesis rectos —mediados de 1904— y el octavo lugar.— (Algunos de los versos nostálgicos que incluye —15 a 25— recuerdan el diapasón desiderativo del “Responso” a Verlaine, en *Prosas Profanas*).

(46) Véase la transcripción del fragmento de Bonifacio Calvo en el antepenúltimo párrafo de la carta fechada el 23 de junio de 1905, posible fuente de inspiración de este verso, según Mercedes R. de Rossiello.

(47) María Esther Surkowski, invocada más adelante.— (V. nota 5).

— IX (19/X/904) —

(48) Horacio Maldonado. Abogado y escritor salteño, dos de cuyas obras, “El poema de los surcos” y “Cabeza de oro”, comenta Q. en estas cartas.—

— X (7/XI/904) —

(49) Estas líneas, datadas en Salto, no se remitieron en seguida: forman, con seguridad, la otra “carta vieja” a que se refiere Q. en la carta del 26 de diciembre, dedicada asimismo a la recomendación de lecturas. De ese modo, ambas cartas —pese a la que media entre ellas— se relacionan obviamente y fueron despachadas en el mismo sobre. La admiración a Dostoiewski y el desafecto a D’Annunzio como narrador iluminan los gustos de Q. y lo profundo del cambio en él acaecido.

(50) Amigo salteño de la primera juventud, igual que José Hasda, nombrado en la carta siguiente (v. “V. y O. de H. Q.”, pág. 67).

(51) Estos dos versos resonaron en la memoria de Q. durante más de treinta años. Como en varias cartas a Fernández Saldaña (del 7/XI/904, del 26/XII del mismo año, del 29/I/905 y del 24/XII/906: vide números X, XII, XIII, XXXVII y notas 56, 59 bis y 117), los hallaremos tres décadas más tarde en una carta a Ezequiel Martínez Estrada (del 12/VIII/936).

Q. detestaba a D’Annunzio como prosista. Pero respetaba al poeta por esas dos líneas, que lo fascinaron. Dice que nadie puso tal distancia en un recuerdo de amor (XII), espera que algún día dichos versos “han de agarrar” a Maitland (XIII), considera inexplicable que éste y algún otro no los sientan (XXXVII) y llega a expresar, en la citada página a Martínez Estrada: “No sé si en estas cartas le he recordado dos versos de D’Annunzio que me han parecido siempre extraordinarios, —y tan míos!”. Y los cita igual que treinta años atrás: “Lontano come un grande, passato dolore. / Grande come un passato, lontano amore”.

Se advierte que tales palabras tomaron posesión de su espíritu no sólo por razones literarias, sino, fundamentalmente, a raíz de una infortunada experiencia sentimental: su pasión por María Esther Surkowski, de que convalecía aún en 1904, antes del lamentable reencuentro.

Y bien: la lección de esos versos, tal como se formula en las cartas mentadas, no dejará de chocar al crítico atento: por el doble paralogismo que la afecta. Claro que la lírica es el reino de lo mágico. Pero la promoción a lo mágico sólo se obtiene cuando no la estorban fallas básicas del sentido. Y ni

“un grande, passato dolore” es necesariamente lontano, ni “un passato, lontano amore” es necesariamente grande.

Y ahora corresponde anotar lo más curioso: deben atribuirse al propio Q. y no a D'Annunzio los desajustes referidos. Aquél, en efecto, acaso porque se valía sólo de su memoria, mudó el tenor del original y asimismo, sin reparar en la enemistad métrica de los versos copiados, los presentó como “el final de un soneto” (XII), o, más cautamente, como “el final de una composición” (XIII), equivocándose una y otra vez: pues los mismos, sin las deformaciones verificables en la transcripción de Q., deben de ser los que coronan, más que la estrofa quinta (“...un grande amore/ passato, un grande lontano dolore”), la octava —y penúltima— estrofa de “Nell'estate dei morti” (en Poema paradisiaco):

“...e il cielo
era lontano, come un grande amore
passato, un grande lontano dolore...”

En esa composición, cada estrofa está formada de siete versos endecasílabos, que aconsonantan según esquema variable. ¿Leyó Q. dos estrofas segregadas del conjunto —la antepenúltima y la penúltima— y las tomó como un soneto de estructura arbitraria? No es fácil responder categóricamente. De cualquier modo cabe admitir que esos versos, tan tenazmente retenidos y reiterados, no acreditan rigor en quien los hizo objeto de su devoción indeclinable.

— XI (5/XII/904) —

(⁵²) El cuento —o “semipoema”— en que son evocados seis “famosos elefantes..., los bichos raros de esta tierra”, se llamó, primero, “Noche de Reyes” y salió a luz en Caras y Caretas el 4 de enero de 1908; corridos doce años, con el mismo título, al que precedía el rótulo mayor, “Cuadrivio laico”, se publicó en Pegaso, Montevideo, N. 20, febrero de 1920; y, por último, con denominación más simple, “Reyes”, y como segunda parte de “Cuadrivio laico”, ingresó en EL SALVAJE.

(⁵³) Vicente Gozalbo, salteño, idóneo en farmacia, fue el amigo con quien Quiroga, más tarde, se vinculó comercialmente durante algún tiempo al comprar tierras en las Misiones. (V. Delgado y Brignole, op. cit., págs. 205 y 206).—

— XII (26/XII [904]) —

(⁵⁴) Como se observa y conforme a lo dicho (v. nota 49), la carta X, trasapelada y recuperada, fue remitida juntamente con ésta, que es su virtual continuación.

(⁵⁵) La expresión: “Esto está perfectamente bien encontrado”, que alude al hallazgo de Eduardo de las Muñecas sobre la falsedad psicológica de D'Annunzio, da origen a un malentendido por parte de Fernández Saldaña, irreductible admirador del italiano. En la carta siguiente, Q. desvanece el equívoco y pone coto a la euforia de Maitland.

(56) En la presente carta, del 26 de diciembre, Q. se refiere a los versos de D'Annunzio estampados en la carta del 7 de noviembre (v. notas 51, 59 bis y 117) como si las dos piezas epistolares formasen una sola unidad.—

— XIII (29/I/905) —

(57) Esta notable carta documenta las admiraciones y repulsiones de Q. durante el período de transición que por entonces vivía. Adora a Dostoiéwski, no por "La Casa de los Muertos" —que ataca en la carta precedente y de nuevo ahora—, sino por "El Idiota" y "Los Poseídos". Exalta a Maupassant. Desprecia a D'Annunzio, "el Calvo", pero como prosista, pues lo aplaude como poeta y reitera los dos versos transcritos en la carta X. Etc. Canon del criterio por él adoptado para explicar sus gustos y valoraciones en arte, es una antinomia: *farsa-sinceridad*. Asimismo, lateralmente, es curiosa la insistencia y aun la acepción con que emplea un vocablo y sus variantes: *psicología* o *psicológico* o *psicologar*. (Por error, al anotar el año, recién comenzado, Q. puso [190]4 en vez de [190]5).

(58) Q. aclara el valor de una frase interpretada erróneamente por el destinatario. (V. nota 55).

(59) Héroe de una novela d'annunziana: "El triunfo de la muerte".—

(59 bis) V. notas 51, 56 y 117.

(60) Como se ve por este pasaje y por otros muchos de la misma serie o de la serie anterior, la correspondencia entre Q. y Brignole no se redujo a la carta que inaugura el tomo presente.

(61) Es, al parecer, la fotografía que se reproduce en la lámina VIII, 1.

— XIV (27/IV/905) —

(62) V. notas 5 y 47.— El nuevo encuentro de Q. y María Esther, por consiguiente, debió de haberse operado en 1905.

— XV [28/IV/905] —

(63) Es una tarjeta epistolar con tres matasellos. Adopto la fecha del primero.

(64) Q. se refiere a EL CRIMEN DEL OTRO, editado en las postrimerías del año anterior.

— XVI [30/IV/905] —

(65) Este Alberto, desde luego, es Brignole, que volvía de Europa. (V. nota 1).—

— XVII [4/V/905] —

(66) Es la misma persona a que se refiere Q. en el primer telegrama.

— XVIII (31/V/905) —

(67) Ninguna de las epístolas garabateadas para los antiguos amigos, ejemplifica tanto como ésta —en la que hay una décima fallida y otra sólo empezada— el gusto de Q. por la versificación gratuita.

(68) Trátase de Francisco Aratta, a quien cabe recordar como satélite de Herrera y Reissig.

— XIX (23/[26 y 29]VI/905)—

(69) Conforme a lo anotado por el propio remitente, se dan aquí las fechas de la epístola —triple, en rigor—.

(70) Los “amigos del alma”, a quienes dirige esta importante carta, son Maitland y Brignole.

(71) Sic. Parece obvio que Q. quiso escribir *rémiges*.

(72) Entre los hechos salientes de la guerra ruso-japonesa logró intensa resonancia por aquel tiempo el hundimiento del buque insignia *Petropavlov*, cuya voladura, por efecto de una mina, ocurrió el 13 de abril de 1904. Sobreviviente de la tragedia —ignoro si único— fue el Gran Duque Cirilo. Q., en esta nueva serie de versos pareados, explotó el episodio con romántico desig-nio: para “regocijo y esperanza de los enamorados que dudan de Dios”.

(73) Seguramente, el episodio se agotó para Q. en los versos transcritos. El asunto, pues, no dio origen a ningún cuento.

(74) Desde muchacho, a pesar de su antipatía por esa forma de racio-cinio, Q. se complacía en ella. Así, en su “Diario de viaje”, el martes 5 de junio de 1900, escribe: “Esto me recuerda una andanada de silogismos que, allá en Palma Sola, se me ocurrían...”. Y aún más tarde, en plena madurez y con lesión del gusto, insistirá: véase lo que dice al mismo Maitland, en carta del 16 de marzo de 1911, cuando le comunica el nacimiento de Eglé.

(75) Escribe el propio Q., en una de sus historias naturales para *Caras y Caretas*, “El aguaraguazú [XVI]”, publicada el 4 de abril de 1925: “La palabra guaranílica aguará, corresponde a zorro en nuestra lengua; y guazú, a grande. Con estas dos expresiones se designa a un rarísimo animal del bosque, huraño y sombrío a más no poder, y cuyo singular aspecto puede definirse diciendo que es un zorro rojizo, con altísimas patas de lobo”.

(76) Esta es, al parecer, la primera alusión de Quiroga a la obra que titulará más tarde *HISTORIA DE UN AMOR TURBIO*. Cabe pensarlo por el personaje invocado, Rohan, que es objeto de una singular precisión: “...tiene casi todo de mí en el cuerpo de Brignole...”, etc. De cualquier modo, la obra que debía ser novela y será cuento —según palabras de 1905—, enriquecida al cabo con experiencias nuevas será casi novela en 1907, y novela en 1908. Cf. nota 131.

(77) El pasaje, al margen de su interés psicológico y de su posible significación moral, es antecedente de uno de los dos episodios comerciales

que forman un cuento, "El mármol inútil", publicado en *Caras y Caretas* el 23/IX/911 y recogido en la primera edición de ANACONDA. (En ese relato, Q. se representa en el escultor Gómez Alcain).

(78) En el ms.: sea, indudablemente por error.

(79) "Los crepúsculos del jardín" (Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano, 1905), ya invocado en páginas anteriores.

— XX (25/VIII/905) —

(80) Andrés Demarchi, médico y escritor, autor de "El Enemigo" drama en italiano, era amigo, secuaz y protector de Herrera y Reissig y cuñado de Pablo Minelli. Radicado en Corrientes, venía de tarde en tarde a Montevideo, donde nunca dejaba de visitar al poeta de "Tertulia lunática".

— XXI (6/IX/905) —

(81) Vicente Puig había hecho la portada de LOS ARRECIFES DE CORAL, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1901.

— XXII [19/IX/905] —

(82) El ágapa —como dice Q.— debió de realizarse poco después. El telegrama que sigue parece confirmarlo.

— XXIV (23/XI/905) —

(83) Debe de aludir a una carta perdida.

(84) Q. habla de su cuento "Almas Cándidas", publicado en el Suplemento de *La Nación*, año III, N. 166, Buenos Aires, noviembre 2 de 1905.—

(85) En el afán de transmitir novedades picantes o curiosas, Q. recoge hasta hechos casi del todo insignificantes o indiferentes.

— XXV (23/I/906) —

(86) Las sierras de Minas, en el Dpto. de Lavalleja (Uruguay).

(87) Se refiere a "El Parnaso Oriental", antología de Raúl Montero Bustamante [Barcelona-] Montevideo, Maucci, 1905. En sus páginas halla representación la nueva poesía. Q. figura con trece composiciones, tomadas de LOS ARRECIFES DE CORAL.

(88) "Psalmo a Venus Cavalieri" (Montevideo, 1904), editado lujosamente en papel rojo y con fotografías de la diva.

(89) Como en la obra literaria, en el epistolario la dispepsia es tema frecuente y explica, en parte, el mudable humor de Q.

(⁹⁰) Mercedes Ramírez de Rossiello sostiene en el prólogo la posibilidad de rastrear en varias de estas cartas (XXII, XXIV, XXV, etc.), algunos episodios biográficos que Q. explotó en HISTORIA DE UN AMOR TURBIO y que le sirvieron para diseñar la figura de Eglé Elizalde, por lo pronto.

— XXVII (26/III/906) —

(^{90 bis}) Alude a "El regimiento" de J. M. Delgado.— V. nota 13.—

(⁹¹) Q., como se anticipa en alguna de las últimas cartas y se precisa en ésta, había sido nombrado Profesor de Castellano y Literatura en la Escuela Normal, N. 8. Allí se enamoró más tarde —esa vez, seriamente— de una discípula, Ana María Cirés, que sería su primera esposa. (V. Delgado y Brignole, op. cit., pág. 171).

(⁹²) "Las Fuerzas Extrañas", Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano, 1906.

(⁹³) El propio Q. testó unas palabras, como lo aclara en el post-scríptum. Tal vez quiso con ello excitar la curiosidad de Maitland.

— XXVIII (1º/V/906) —

(⁹⁴) Ver nota 91.

(⁹⁵) Adviértase, en el hecho, un aspecto del carácter de Q., terco y susceptible.

(⁹⁶) ¿Habrán sido éstas los originales de Mercedes Elizalde y su madre? V. nota 90.

(⁹⁷) Es el intento ya indicado (v. nota 24). Como se trata de una comedia —y de una comedia comercial— no cabe relacionarla con LAS SACRIFICADAS.

— XXIX (17/V/906) —

(⁹⁸) ¿Confunde Q. sin deliberación el primer apellido de Manuel Pérez y Curis, crítico y poeta, director de la revista *Apolo*?

— XXX (15/VI/906) —

(⁹⁹) Libro de Horacio Maldonado. Ver nota 48.—

— XXXI (15/VII/906) —

(¹⁰⁰) "El hipnotismo al alcance de todos", artículo suscrito con un seudónimo —hasta hoy desconocido—, **Licenciado Torralba**, y "La esgrima criolla", sin firma y con cinco fotografías (en dos de las cuales —v. Láminas, IX, 1 y 2— aparece Q. batiéndose en un supuesto duelo), se publicaron en

Caras y Caretas el 23 de junio y el 28 de julio de 1906, respectivamente. (En las dos fotografías mentadas, se ve a Q. de perfil, con bigote, barba, gacho y cuello duro, daga en mano frente a un antagonista ignorado y fingido).—

Cuanto al seudónimo Aquilino Delagoa se recordará que lo usó Q. en sus comienzos para firmar en Montevideo tres colaboraciones por lo menos: una en **Rojo y Blanco** el 7 de octubre de 1900 ("Ilusoria, mas enferma/ Página decadentista"), donde lleva el seudónimo un apéndice: "(Portugués)"; y dos relatos más en **La Alborada**, el 9 de diciembre de 1900: "Cuento sin razón, pero cansado..." —segundo premio en un concurso organizado por la revista—; y el 20 de enero siguiente: "Jesucristo". Ahora, en cambio, se dispone a usar en la Argentina sólo el apellido apócrifo, con el que rubricó un artículo, "La novela y el público", de indudable interés, en **La Nación**, Buenos Aires, domingo 19 de agosto de 1906. (Años más tarde —valgan estas penosas pero indispensables especificaciones bibliográficas—, volvió a desenfundar sin mutilaciones el seudónimo juvenil: así al pie de otro artículo, "El impudor literario nacional", sacado a luz en **El Hogar**, Buenos Aires, diciembre 30 de 1921).

(¹⁰¹) Interesa la distinción. El índice de CUENTOS DE AMOR, DE LOGURA Y DE MUERTE, publicado once años después, y el de otro libro, EL SALVAJE, editado en 1920, podrían dar, al margen de los inevitables arrepentimientos y rectificaciones, algunos de los títulos salvados entre los pertenecientes a ese período.—

(¹⁰²) El cálculo —póngasele bolsa de hielo al adjetivo que podría corresponderle— se cumplió al cabo de dos días: Carlos Pellegrini murió el martes 17 de julio de 1906.

— XXXII (3/IX/906) —

(¹⁰³) Esta carta y las dos que siguen elucidan el origen de "La lengua", cuento sacado a luz en **Caras y Caretas** el 17 de noviembre de 1906 y recogido quince años más tarde en la primera edición de ANACONDA, pero no en la segunda, como si el autor hubiese concluido por desestimarlos, insatisfecho acaso de un desenlace —truculento— que en vez de ser impuesto —o parecer impuesto— por sus antecedentes, los determina con notorio artificio.

El propio Q., públicamente, en unas líneas colocadas a la cabeza del texto, reconoció que Fernández Saldaña le había cedido el asunto. Con todo, valiéndose de un lícito procedimiento fabulatorio y pretextando para ello una coincidencia, agregó que el caso era real y presentó la historia como directa —y auténtica— confesión del protagonista, un perseguido.— (V. nota 106).—

— XXXIII (12/IX/906) —

(¹⁰⁴) Asimismo esta carta y otras que le siguen (XXXIV, XXXV, XXXVI, XXXVIII y XXXIX) elucidan el origen de un cuento, "Las rayas", publicado en **Caras y Caretas** el 12 de enero de 1907 y recogido —también— en la primera edición de ANACONDA, pero no en la segunda, quizá porque

el autor, para quien el relato valía en un principio como "la más grande epopeya de la eufonía", acabó por repudiar el truco básico: la asociación de dos vocablos homónimos que da esotérica apariencia al desenlace, un falso desenlace.

Como el asunto de "La lengua", el de este cuento fue comunicado y cedido por Maitland a Q., quien, desde luego, dio libre desarrollo a la sugestión originaria.

— XXXIV (21/IX/906) —

(105) Q. (repárese en el valor del párrafo para precisar el alcance atribuible al desenlace de "Las rayas" —v. nota anterior—) lee el argumento que ahora Maitland le expone minuciosamente: y ríe, porque el asunto, fundado en "un simple juego de palabras", le parece "de la más pingüe locura".—

(106) Este epígrafe, aunque con pequeñas variantes de forma, es el de "La lengua" en *Caras y Caretas* (v. nota 103).—

Claro que Q. invoca una consulta distinta a la que hizo realmente —v. carta XXXII—, pues, como dije, la misma presentación del relato era parte de la fabulación.—

— XXXVI (18/XI/906) —

(107) Caben tres especificaciones: a) Lugones regresaba de Europa (v. carta XXVII); b) El relato, "Los buques suicidantes", se publicó en *Caras y Caretas* el 27 de octubre de 1906 y fue recogido en *CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE*; c) "Las rayas", no obstante el anuncio del autor, se publicó también en *Caras y Caretas*. (V. nota 104).—

(108) Q., que busca un lugar de veraneo —recreativo y económico—, vacila entre Minas (Uruguay) y Córdoba (Argentina). De pronto, se decide por Misiones, donde hallarán feudo propio y característico su soledad y su arte.—

(109) Con la renuncia de Joaquín V. González se frustraba la secretaría de Lugones y la expectativa consiguiente de Q.—

(110) En el Uruguay se había dispuesto que los crucifijos fueran en definitiva retirados de los hospitales públicos: episodio literariamente memorable por la génesis de un opúsculo de Rodó: "Liberalismo y Jacobinismo", Montevideo, La Anticuaria, 1906.—

— XXXVII (24/XII/906) —

(111) Esta fórmula, **vida brava**, o su variante, **vida intensa** (identificable en varios cuentos y título de uno publicado en *Caras y Caretas* el 16 de mayo de 1908) define el ideal de Q. como hombre y lo explica a la vez como escritor.—

(112) Gomensoro (José Leopoldo) nació en la capital el 26 de setiembre de 1877. Su primer libro, "Sensualismo" (Montevideo, Dornaleche y Reyes,

1898), salió a luz con un estimulante prólogo de Rodó. Otro libro —aludido en el texto de la carta presente— no tardó en ser editado, pese a las dudas de Q.: “El país que se ama”, Montevideo, O. M. Bertani, 1907.— En la segunda de las tres novelas que lo forman, “Marcelo Rubens” (la primera da título al volumen y la tercera se denomina “Mi romántica”), el autor menciona a “Delagoa, el Parisiën y “Maitland, el d’annunziano”.

En cartas ulteriores, XLI, XLII, LIV hay nuevas referencias de Q. a esa obra de Gomensoro.—

(113) Fernando Nébel, que compuso luego libros indiscutiblemente personales.

(114) V. nota 80.

(115) El presente libro, como se verá por esta carta y otras, permite conocer el desafecto profundo de Q. a Herrera y Reissig, mostrando el otro lado del problema.

Cartas de Herrera a Edmundo Montagne, escritas en 1901 y 1902, pusieron de manifiesto la animosidad del lírico de la Torre al autor de LOS ARRECIFES DE CORAL. Son las que difundió José Pereira Rodríguez en un opúsculo: “Sobre las relaciones de amistad entre Julio Herrera y Reissig y Horacio Quiroga”, Montevideo, 1959. Dicho escritor, con indiscutible objetividad, llega a la conclusión de que Q. creía ser amigo de quien lo juzgaba despiadadamente. Pero, como puede ahora advertirse, la animosidad era recíproca: censurable en Herrera por el barniz de amistad que la esfumaba, no era en Q. más plausible. Véanse las cartas XLIII, LXXII y LXXIII, así como las notas 128, 174 y 175.—

(116) El diario bonaerense El País, el 2 de diciembre de 1906, convocó para un concurso de cuentos y estableció que los premiados se publicarían en el número extraordinario del 2 de enero de 1907, conforme al fallo de un tribunal constituido por Osvaldo Magnasco, José M. Ramos Mejía y Juan Pablo Echagüe. Obtuvo el primer premio J. L. Fernández de la Puente con “Epifanía”; el segundo, Eduardo Acevedo Cuevas (quien firmaría luego, como su padre, Eduardo Acevedo Díaz) con “Los vencidos”; y una mención honorífica Raúl Casariego con “Un homicida”.

Q. intervino en el concurso, pero sin suerte, como lo preveía (“Magüer las esperanzas consiguientes no creo que me premien”) y debió de hacerlo o con “Noche de reyes”, cuento en que ya trabajaba a fines de 1904 y que publicó el 4 de enero de 1908 (v. nota 52), o con “Las rayas”, página que sacó a luz en Caras y Caretas —aunque había pensado darle otro destino: v. carta XXXVI— a los diez días de promulgado el fallo de El País (cf. nota 104)..

(116 bis) V. carta del 29 de enero de 1905 —tercer párrafo—, donde Q. parecería objetar el mote de sincerista, que ahora asume gustoso.

(117) V. notas 51, 56 y 59 bis.

— XXXVIII (29/I/907) —

(117 bis) Esta carta documenta un viaje de Q., a quien acompañaba Gozalbo, así como su estada con ese amigo en un obraje del Paraguay, a principios de 1907.

(¹¹⁸) La referencia denuncia una antigua admiración: pues ya Q. había dedicado al conquistador del Amazonas un poema de LOS ARRECIFES DE CORAL, titulado precisamente "Orellana".

(¹¹⁹) Pide a Maitland, proveedor del argumento, una opinión sobre el cuento "Las Rayas", publicado ese mes en Caras y Caretas. (V. nota 104).

— XXXIX (2/III/907) —

(¹²⁰) El párrafo comienza con una alusión a los dos personajes de "Las Rayas", tal como los habían concebido el autor del guión y el de la historia. (V. nota 104).— Y se completa con la mención de un cuento de Lugones (un cuento de manicomio, bastante quiroguiano), que se publicó en Caras y Caretas el 9 de febrero de 1907 y no se titula "Clinio Malabar" —como lo llama Q., dándole el nombre del protagonista—, sino "El descubrimiento de la circunferencia".

(¹²¹) Dieciocho años después, recordará esta experiencia en una de sus historias naturales o "impresiones de la naturaleza": "La ura", dada a la estampa en Caras y Caretas el 6/VI/925. Dice allí: "El que estas líneas escribe alimentó durante quince días en el hombro, como si se tratara de una punzante hinchazón cualquiera, una robustísima ura...".

— XLI (13/IV/907) —

(¹²²) "No hay más Dios que Alá y Mahoma [es] su profeta", fórmula reiterada en "Las mil y una noches". Q. la reproduce "tout sonore" del libro deslumbrante. (El plural de que se vale en esta página implica a Brignole).

(¹²³) Mantenemos la cacografía, que Maitland seguramente subrayó, como lo demostraría la línea primera de la carta subsiguiente (XLIII).—

(¹²⁴) Ministro de Hacienda y, por un lapso menor, de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Claudio Williman (Presidente del Uruguay entre marzo de 1907 y marzo de 1911).

(^{124 bis}) V. nota 112.

— XLII (1º/V/907) —

(¹²⁵) Habla de su hermana María (ver nota 35, período final). En la preocupación de Q. por la enfermedad de aquélla se funden extrañamente el cariño fraterno y las crónicas presunciones científicas.

(¹²⁶) La falta de editor no ha de prolongarse mucho para Q. El que le "anda echando el ojo", como lo certifican las cartas siguientes, es Arnoldo Moen, quien un año más tarde publicará HISTORIA DE UN AMOR TURBIO.—

(127) Q., que ya aspiraba a desempeñarse como cónsul del Uruguay, nombra en este párrafo al Dr. Feliciano Viera, entonces diputado por Salto y más tarde Presidente de la República; y al Dr. Domingo Arena —de quien era amigo—, diputado por Tacuarembó en aquellos momentos. (Este último, que se había dado a conocer como narrador promisorio en la última década del siglo XIX, se entregó después a la política por completo, como colaborador de Batlle).—

(128) La Nueva Atlántida, de la que se publicaron dos números: uno en mayo y otro en junio de 1907. No llegó al tercer número, pues la muerte del padre del poeta, D. Manuel Herrera y Obes, acaecida el 7 del mes siguiente, impuso a Julio nuevas condiciones de vida y hasta el abandono de la famosa Torre.

(129) V. nota 131.

(130) Repárese en la rotunda palinodia del “ex-decadente”, quien ahora tiene **horror** a todo lo que pueda recordarle aquella manera. Sin embargo, en otra carta (fecha el 16 de octubre de 1912) dirá que él no fue decadente sino difícil...

(131) Como esta carta lo demuestra, en mayo de 1907 HISTORIA DE UN AMOR TURBIO se llamaba “Eglé Elizalde”, era “casi novela corta” y debía dar nombre y principio a un libro de veintitrés cuentos. Luego, en la primavera de 1908, la “casi novela” se convirtió en novela cabal a raíz de progresivos desarrollos, asumió aquel título y salió a luz escoltada por un cuento largo, inédito hasta entonces. De ahí el volumen resultante: “HISTORIA DE UN AMOR TURBIO/ Los Perseguidos”, Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano, Editores, 1908, 242 [y 2] pp. (El cuento ocupa las cincuenta últimas planas).

(132) Debe de referirse a “Cura de amor”, a “Episodio” y a “Fiesta de Corpus en el cielo”, cuentos publicados en Caras y Caretas, el 18 de mayo, el 25 del mismo mes y el 1º de junio de 1907. (El segundo de esos cuentos no halló cabida en los libros del autor. En cambio, el primero y el tercer relatos fueron recogidos en EL SALVAJE, con nuevos títulos: “Fanny” y “Pasión” —penúltima parte de “Cuadrivio laico”—, respectivamente).

(132 bis) Estas referencias permiten identificar páginas desconocidas de Q.— Sobre “Hipnotismo” (o mejor dicho: “El hipnotismo al alcance de todos”), ver nota 100. Por su lado, “Curiosidades del Zoo” es un artículo —con nueve fotografías de animales tomadas en Palermo— que se publicó sin firma en Caras y Caretas el 1º de setiembre de 1906 y en rigor se titula “Hazañas trágicas y ridículas de los habitantes del Zoo”.

(133) El Dr. Julio Lorenzo.—

(134) Es cada día más intenso el llamamiento de Misiones.

(¹³⁵) Admirable la evocación del fox-terrier, que le permite proyectar recuerdos chaqueños en la tierra de Misiones, todavía flamante para él. Y curiosa la lista onomástica, en la que no figura —cabe observarlo— el nombre de los perros presentados en “La insolación” o en “Yaguaí”.—

— XLVI (25/VIII/907) —

(¹³⁶) Q., que no dio quizá página alguna a la primera de esas dos publicaciones periódicas, *Papel y Tinta*, sacó a luz en la otra, *Tipos y Tipetes*, N° 1, Buenos Aires, octubre 10 de 1907, un cuento, “Estefanía”, recogido luego en *EL SALVAJE*. Y a eso redujo su colaboración en el nuevo y efímero semanario.—

— XLVIII (16/IX/907) —

(¹³⁷) Era designio de Quiroga (v. carta precedente) condensar el asunto de un relato para que el destinatario lo ilustrase. Y ahora, apremiado por su amigo, resume en estas líneas un cuento, “Recuerdos de un sapo”, que sólo salió a luz en *Caras y Caretas* cuatro meses después, el 18 de enero de 1908, con dos dibujos de Max Maitland, seudónimo usado en dicha ocasión por Fernández Saldaña. (V. nota 141).

(¹³⁸) La “chica normalista” es Ana María Cirés, de quien Q. ya había hablado a Maitland el 8 de octubre de 1906 y a quien convertirá en su esposa el 30 de diciembre de 1909. (En esta correspondencia, Q. se refiere a la joven —sobria y cautelosamente por lo común— en las cartas XXXV, XLVIII, XLIX, L, LI, LXI, LXII, LXIII y LXIV. No incluyo dos o tres ulteriores con meros saludos).

Es oportuno subrayar la repercusión del hecho en el espíritu de Q. Se nos había revelado hasta entonces —por esos años, al menos— como un personaje especialísimo, sensible con frecuencia a la imagen que de él tenía o prefería el destinatario. Ahora bien, ese Q. genital, faunesco, alguna vez hasta fría e inesperadamente calculador —así en la carta del 6/IX/905—, se enamora de nuevo, como en 1898. Lo confesará a regañadientes en la carta XLIX: “Ando muy mal de primavera... me siento con las mismas ridículas exageraciones sentimentales de hace ocho [o nueve] años”. Y piensa casarse. Ya no despilfarra confidencias en el orden íntimo. Ya no habla de fáciles aventuras galantes ni volverá a hablar de mujeres en desaprensivo y copioso plural.

— XLIX (1°/X/907) —

(¹³⁹) El cuento —v. nota 52— se publicó en *Caras y Caretas* el 4 de enero de 1908, pero con un dibujo de Mateo Alonso.

— L (8/X/907) —

(¹⁴⁰) La enfermedad, que Delgado y Brignole en su “V. y O. de H. Q.” daban por superada en 1903, subsistía a fines de 1907 y aun se referirá a ella Q. en vísperas de su casamiento.

(¹⁴¹) Alude al cuento "Recuerdos de un sapo".— V. nota 137.—

(¹⁴²) Sin nombrarla, sigue hablando de Ana María Cirés, cuyo es el "detalle de oro".

(¹⁴³) Continúa especificando el carácter de sus elefantes, a fin de ilustrar a su posible ilustrador. (V. notas 52 y 139).

— LI (1/XII/907) —

(¹⁴⁴) La dureza y agresividad con que enfrenta a sus suegros en cierne es premonitoria. Véase lo que cuentan Delgado y Brignole sobre las relaciones de Q. y los padres de Ana María (op. cit., Cap^o XIII).—

— LII (6/II/908) —

(¹⁴⁵) V. nota 50 y carta XI.— Cf. Delgado y Brignole, op. cit., págs. 67.—

(¹⁴⁶) En esta notable carta, Q. recuerda —de paso— el fugacísimo, catastrófico viaje a París, donde estuvo —menos de dos meses— como ciclista cierto e incierto poeta y de donde retornó barbado para siempre.

— LIV [III/908] —

(¹⁴⁷) Dato la carta con la base de la fecha atribuible a la siguiente, que es su obvia y no distante continuación: pues si en una (LIV) Q. se refiere a la busca de los masterpieces, en la otra (LV) los da por hallados.

(¹⁴⁸) Ya este personaje —de trascendencia puramente onomástica— había sido nombrado por Q. dos años atrás, en la carta del 26/III/906.— (Sobre la mención —inmediata— de Gomensoro y su libro, ver nota 112).

— LV [1º/IV/908] —

(¹⁴⁹) Trátase de una tarjeta epistolar sin fecha. Doy la del matasellos.

(¹⁵⁰) No hay elementos bastantes para explicar el envío de las obras pictóricas ni el valor de ciertas alusiones. ¿Se refiere, por ejemplo, al casamiento del Migliorero? En ese caso —lo que parece difícil— estaría equivocada la fecha apuntada en "V. y O. de H. Q.", pág. 173: "Brignole se casó justamente a fines de 1907".—

— LV [14/V/908] —

(¹⁵¹) Doy la fecha del matasellos.—

— LVIII (21/X/908) —

(¹⁵²) HISTORIA DE UN AMOR TURBIO. — V. nota 131.—

— LIX (1/XI/908) —

(153) V. nota anterior.

(154) Mercedes Elizalde, en la novela.

— LX (11/XI/908) —

(155) V. carta del 21 de octubre anterior.—

— LXI (4/IV/909) —

(156) Los hombres del 900 solían hablar mal del casamiento hasta cuando se casaban. Claro que Q. no lo hacía en el tono de Roberto de las Carreras. Pero su índole “à rebours” necesitaba embozar con palabras duras suaves intimidades. Véase, por ejemplo, la carta del 3 de diciembre siguiente, donde hasta “su disparatado estómago que el diablo se lleve” habría resultado decisivo factor matrimonial.

— LXII (29/IX/909) —

(157) Hipocondría y dispepsia, en negra alianza, multiplicaban los arrebatos de Q., capaz, no obstante, de radicales arrepentimientos.

— LXIII (21/X/909) —

(158) El cuento se titula “En un litoral remoto” (el de las playas uruguayas del este, que eran entonces un desierto) y se había publicado en *C. y Caretas* veinte días antes, el 2 de octubre de 1909.— En Tezanos trazó Q. su contrarretrato: un hombre que busca la soledad y no es capaz de resistirla.— (Como en el cuento no hay *perro sordo* ni *víbora*, pese a lo cual el autor habla de ello a Maitland, diciéndole que dejó a un lado esos elementos para no dañar la verosimilitud de la fábula, podría pensarse que el destinatario, como en el caso de “La lengua” y “Las rayas”, le había comunicado el asunto).—

— LXIV (3/XII/909) —

(159) Q. anuncia a Maitland, con razones relativas únicamente al aspecto práctico de la cuestión —necesidad de ordenar la casa y pactar con la dispepsia— que se casa el 30 de ese mes (diciembre de 1909). V. nota 156.

(160) El hombre que ahora se manifiesta ya no es el de dos años antes. (V. nota 138). Y aunque tenga horror al énfasis, no deja de hablar con cierto

— LXV (15/I/911) —

(161) Q., que se instaló en Misiones después de su casamiento, había dejado correr más de un año sin escribir a Maitland.

(162) Mídase la intensa emoción del solitario ante la muerte de su antiguo y atormentado camarada. (Vide nota 6).

(163) Catorce días después, el 29 de enero, nació una niña, a la que Q. llamó Eglé, nombre que había puesto años antes a la principal figura femenina de su primer novela (acaso por modificación de otro nombre, Aglaé —o Aglaya—, la hija menor del general Epantchine en "El Idiota").—

— LXVI (16/III/911) —

(164) Debe tenerse en cuenta el párrafo para esclarecer las ideas de Q. en el orden social y político. Importa, a la vez, lo que dice de sí mismo en el orden moral.

(165) Q. persiste en los juegos silogísticos (vide nota 74), esta vez, acaso, para neutralizar de antemano bromas posibles sobre la influencia del padre o de la madre en la producción específica de sexos.

(166) Q. firmaba esos folletines con el seudónimo de S. Fragoso Lima. (En C. y Caretas: "Las fieras cómplices", 1908: n. 514 a 518; "El mono que asesinó", 1909: n. 552 a 557; "El hombre artificial", 1910: n. 588 a 593; "El devorador de hombres", 1911: n. 658 a 662; y "El Remate del Imperio Romano", 1912: n. 707 a 712.— En Fray Mocho: "Una cacería humana en Africa", 1913: n. 47 a 54).

— LXVII (20/VI/911) —

(167) No hemos visto las cartas de Fernández Saldaña. Pero —claro está— conocemos las de Quiroga...

— LXVIII (28/VIII/911) —

(168) En Caras y Caretas, el 28 de marzo de 1925, como parte de una serie, Q. sacó a luz "El Tigre", página en que habló de la fierecilla mencionada en esta carta. Era, en rigor, una tigre, que tuvo en su bungalow de las Misiones: criada, primero, por una gata, mientras "los gatitos legítimos maullaban de hambre"; nutrida luego con "mamaderas entibiadas, dosificadas y vigiladas con atención extrema...".— Agrega el narrador que la tigrecilla caminaba "entre los perros y un coatí... con su gran lazo celeste al cuello y sus ojos del mismo color...". Pero, cierta vez, como la fierecilla se apoderó de una gallina clueca, Q. la cogió por el cuello y la hizo rodar por la arena: "En un costado del patio, entre dos palmeras, estaba ese día —esperando— una piedra...".— Así murió la bestia de dos meses. (Esta página, con algunos cambios, fue recogida por el autor en SUELO NATAL, Buenos Aires, F. Crespillo, 1931, libro que firmó junto con un maestro, Leonardo Glusberg, y estaba destinado a los escolares de cuarto grado.— El lance referido, a par de otros, no era especialmente apto para niños).

(169) Q., chacarero y herborizador, tenía la pasión de la naturaleza. Pero no dejaba de serle grato, al parecer, el que pudiera contársele entre los "Tolstoy legumbreros".

(170) Q. tentó mil menudas empresas comerciales. Los habitantes de San Ignacio —se ha dicho— lo presentaban como un hombre extraño que trabajaba en muchas cosas y escribía después sus cuentos para narrar cómo se había arruinado.

(171) Darío Quiroga, nacido, según apunta su primogenitor, el 15 de enero de 1912, se suicidó —como su madre, como su padre, como su hermana Eglé—. El hecho ocurrió en 1951. Ulises Petit de Murat, en una reciente novela, "El miserable amor", Buenos Aires, Ediciones Dintel, 1959, ofrece visiblemente, aunque sin mengua para los derechos de la imaginación, un retrato de Darío en el protagonista.

(172) En esta carta, que no podrán descuidar tampoco los biógrafos futuros, Q. anima recuerdos del viejo Salto y de su propia niñez.

(173) Tal vez nunca obtuvo esa medalla al mejor plantador. Con todo, es elocuente que por un momento la ambicionase o creyese que le correspondería. Su obra, al cabo, es anchuroso testimonio de esa aproximación a la naturaleza, descubierta, de pronto, como el más fascinador de los artificios.

(174) Pregunta Q. el 20/VI por la conferencia de Darío sobre Herrera y Reissig (muerto dos años antes, el 18 de marzo de 1910): conferencia que se dictó en el Teatro Solís, de Montevideo, algunas semanas más tarde, el 11 de julio de 1912. Para Darío, el autor de "Los peregrinos de piedra" era un "gran poeta", un "mágico lírico", en quien "se manifestaba, ardiente en Dios, el serafín de la única y verdadera poesía".

No contentaron a Q. esos elogios, ni los homenajes que los acompañaron, como lo prueba la carta siguiente.

(175) Q., una vez más (véase nota 115), demuestra que no sentía —ni estimaba— a Herrera y Reissig.

Años más tarde, en "El caso Lugones-Herrera y Reissig" (vide *El Hogar*, Bs. As., 17/VII/925), dirimirá públicamente con bastante ecuanimidad sin duda las deudas indiscutibles —aunque parciales— del poeta uruguayo con el argentino y hasta llamará al primero "gran muchacho".— Pero en esta carta íntima —sin advertir que era compatible la influencia del autor de "Los doce gozos" en el de "Los parques abandonados" con la influencia de éste en las nuevas generaciones— se pronuncia apasionadamente: dice que el juicio de Darío es un disparate y añade que tal juicio lo lastima... Eso declara después de haber invalidado él mismo su opinión: al confesar en líneas precedentes que ignoraba la obra de Herrera "desde 1903", lo que significaba conocer los cortos comienzos y desconocer los siete años finales de una labor cada día más densa, profunda y original. (Con estas verificaciones, sin

tomar partido, procuro integrar el conocimiento de las relaciones entre Herrera y Quiroga).

(176) No conocemos ni hemos visto citado por nadie hasta hoy ese libro en checo. Debe de ser una antología, siquiera parcial, de autores rioplatenses o hispanoamericanos. Q. ya impresionaba a los extranjeros —en 1911 o 1912— no sabemos si por sus tres obras editadas —dos de ellas aún borrosas— o por los cuentos dispersos en publicaciones periódicas de Buenos Aires y Montevideo.

— LXXIV (16/X/912) —

(177) Q. habla de dos revistas salteñas (una de las cuales, por lo pronto, si no se refiere a dos números del mismo órgano, debía de ser *Le Chat Noir*). Y menciona a dos escritores que eran extremadamente jóvenes: pero equivoca el nombre de uno de ellos, juega con el del otro y se disgusta de que ambos muchachos sean decadentes. “Yo... —dice corrigiéndose— no fui decadente sino difícil...”

— LXXV (6/XII/912) —

(178) “El libro fiel”, París, H. Piazza, 1912.

— LXXVI (31/XII/912) —

(179) En un examen de conciencia, al cumplir sus treinta y cuatro años, Q. cree haber hecho lo suyo —salvo dinero—, aunque se había postulado, en su flamante Consistorio, doce años antes, como candidato a la gloria en calidad de poeta, mientras Maitland lo hacía en calidad de héroe —o mártir— hispanoamericano. V. nota 192.

(180) “Los inmigrantes”, cuento publicado poco antes en *Fray Mocho*, Buenos Aires, diciembre 6 de 1912, fue luego recogido en *EL SALVAJE*.

— LXXVII (16/II/913) —

(181) Con la muerte de Ferrando, el Consistorio se deshizo. Pero Q. siguió manteniendo con Brignole, Fernández Saldaña, Asdrúbal Delgado y Eduardo de las Muñecas las más afectuosas relaciones. Sólo Julio Jaureche —v. nota 4—, a quien el antiguo Pontífice desahucia ahora con esa frase cruel, había desertado de la órbita cordial. No es fácil establecer las razones y circunstancias del distanciamiento. Dígase, con todo, que Jaureche, dedicado al ejercicio de la odontología en Concordia —sería injusto el posible epigrama del “brahmín loco” metido a dentista— y profesor de español y de francés en el Instituto Politécnico de su ciudad natal, no fue, como pudiera creerse, infiel a su juventud. Eso sí: perseveró en el decadentismo. Y escribía composiciones en francés o traducía en verso a poetas de esa lengua. Nacido en Salto el 6 de mayo de 1879, allí murió a los treinta y siete años, el 3 de noviembre de 1916, según datos que me ha proporcionado D. José L. Gomensoro.

(¹⁸²) Como se vio, más de una vez fue preciso calcular o completar la data de una carta. Lo mismo ocurrió con las once que siguen. De ahí —otra vez— el uso de los paréntesis rectos, destinados a señalar palabras o cifras que no figuran en los originales.

(¹⁸³) Veintiún años separan esta carta de la precedente. Hubo así, entre los amigos, un silencio de impresionante latitud, pese a que Q. escribió una o alguna vez a Maitland por esa época (vide carta de aquél a J. M. Delgado, del 8/I/919).

Q., cónsul del Uruguay en San Ignacio, había sido declarado cesante por resolución del 15/IV/934, durante la dictadura de Terra. Esta carta y las ulteriores —igual que las remitidas por entonces a Julio Payró, Ezequiel Martínez Extrada, Asdrúbal Delgado, Enrique Amorim y César Tiempo— reconocen temas comunes, tocados de frente o de paso: las gestiones para obtener la reposición o, si ésta resultaba imposible, el logro de una jubilación inmediata acompañada por un nombramiento de cónsul honorario que permitiera al escritor residir en la Argentina; luego, en pugna constante con amargos apremios cotidianos, la espera de la liquidación, el giro y las cuotas; en seguida, la quiebra del hogar y de la salud, motivo postrero de la correspondencia.

(¹⁸⁴) César Tiempo (Israel Zeitlin), poeta, dramaturgo y ensayista argentino, de raza judía, co-director en Buenos Aires de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, se encargó de publicar MAS ALLA y medió eficazmente, por añadidura, ante sus amigos uruguayos, para contribuir a la solución de los problemas que abatían a Quiroga.

(¹⁸⁵) El original de esta carta, escrito a máquina, se singulariza por la falta casi total de acentos en virtud de la deficiencia física alegada por el remitente. El detalle es conmovedor. Pero parecería artificioso reproducir aquí la fuga de tildes.

(¹⁸⁶) La alusión a Capdevila es textual. (Parece innecesario esclarecer que "Garín" es una tradición catalana, compuesta por Apeles Mestres en 1898).

(¹⁸⁷) Hugo Ricaldoni y Alfredo Mario Ferreiro —éste, especialmente— habían entrado por la literatura en la política. El pedido de Tiempo no los halló remisos.

(¹⁸⁸) Italo Perotti, poeta, político y diplomático uruguayo, desempeñaba funciones oficiales en Buenos Aires.

(¹⁸⁹) Q., que consideraba concluida su carrera literaria, se ve forzado a escribir, dada su situación. Pese al "profundo desgano" —compatible con

"los buenos propósitos" que invoca en una carta a Asdrúbal Delgado (III)—, colaboró aún —desde fines de 1934— en tres órganos porteños, *Crítica*, *El Hogar*, y *La Prensa*, a los que envió: ya cuentos —o, mejor, semicuentos—, ya artículos de factura narrativa, ya "croquis del monte".

Creo de indudable interés hacer las especificaciones de rigor correspondientes a los años finales, pues la bibliografía de Q. también en esa parte ofrece vacíos.

1º) Trabajos publicados en "*Crítica* / La revista para todos los hogares argentinos" (suplemento del diario de ese nombre): en 1934, "La guardia nocturna" (el 24/XI) y "Tempestad en el vacío" (el 29/XII); en seguida, al empezar 1935, "La lata de nafta" (el 12/I).

2º) Trabajos publicados en *El Hogar*: "Croquis del monte / El llamado nocturno" (el 8/III/1935) y "Croquis del monte / Su olor a dinosaurio" (el 14/VI del mismo año).

3º) Trabajos publicados en *La Prensa*: en 1935, "Los hombres hambrientos" (el 10/III), "La hormiga minera" (el 28/IV), "Tierra elegida" (el 7/VIII), "Jazmines y langostas" (el 25/VIII), "Frangipane" (el 29/IX) y "El invitado" (el 27/X); después —tras un silencio que dura más de un año—, "La tragedia de los ananás / Croquis del monte", postrera página del autor, el 1º de enero de 1937.—

— LXXXI (19/II/ [1935]) —

(190) Ver nota precedente. *La Prensa* de Buenos Aires fue la última tribuna de Quiroga.—

(191) He aquí el texto de la partida original, cuyo facsímil el Prof. Maximino Vigo envió desde Salto en 1947 a la entonces Comisión de Investigaciones Literarias, germen del Instituto: "**QUIROGA, HORACIO SILVESTRE** — El día diez y nueve de mayo de mil ochocientos setenta y nueve: el presbítero don Juan Bautista de Aguinaga con licencia de mí el infrascrito cura vicario de esta parroquia de Nuestra Señora del Carmen del Salto Oriental bautizó en ella solemnemente a Horacio Silvestre que nació el día treinta y uno de diciembre del año próximo pasado, hijo legítimo de Prudencio Quiroga, argentino, y de Pastora Forteza, oriental: abuelos paternos Juan y Ciriaca Narvajas; abuelos maternos, Juan y Francisca Saldaña, fueron padrinos Francisco Forteza y Magdalena Forteza de Trillo a quienes instruyo. Por verdad lo firmo. — Lic.do Pedro García Salazar".—

— LXXXII (28/VII/ [1935]) —

(192) Q. alude a un devaneo juvenil de Maitland, enfatizado en el Consistorio treinta y cinco años antes: el designio de morir como un héroe en Guayaquil, tras una campaña fantástica (quizá para salvar al Ecuador de alguna supuesta agresión extranjera). Es el tema apuntado en la carta a Maitland del 31 de diciembre de 1912, aunque ahora Q., trascordado, hable del Perú, confundiendo el escenario geográfico de la hazaña. De ahí que su amigo se apresurase a corregirlo, como se ve por un pasaje de la carta siguiente.

— LXXXIII (10/VII/ [935]) —

(¹⁹³) Sigla de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense —editorial que tenía sede en Montevideo y Buenos Aires—. V. nota 184.

(¹⁹⁴) Sobre el libro de Fernández Saldaña relativo al episodio histórico de la Barca Puig, Q., pese a sus buenas intenciones, no escribió a César Tiempo hasta el 23 de octubre siguiente. (La alusión inmediata, sobre la "actuación efímera en el Paraguay" del mismo Fernández Saldaña, se explica porque éste fue en dicha república, a fines de 1921, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la nuestra).

(¹⁹⁵) Alude al cáncer de cuya existencia tendrá idea cabal sólo a principios de 1937, certidumbre secreta que lo lleva al suicidio.

— LXXXIV (26/IX/ [935]) —

(¹⁹⁶) Esta carta corresponde al momento más grave de lo que llamaba Q. sus "fatalidades económicas".

— LXXXV (23/X/ [935]) —

(¹⁹⁷) Q., conforme a lo que establece él mismo en otra carta (LXXXI), había ingresado en la diplomacia comercial como "secretario contador" en 1917, cuando se hallaba en Buenos Aires. Los "18 años de pasto propicio" son los corridos desde aquel momento hasta su cese, en 1934. Y teme que transcurra otro lapso igual antes de que tengan fin sus tribulaciones.

(¹⁹⁸) El novelista Enrique Amorim, natural de Salto asimismo, tuvo, como César Tiempo, Asdrúbal Delgado y Fernández Saldaña, intervención decisiva en la reparación perseguida pues consiguió que Quiroga fuese nombrado, por el ministro Arteaga, cónsul honorario en San Ignacio con una pequeña asignación mensual. De esa manera pudo aspirar el viejo escritor al goce de la jubilación sin el riesgo de verla afectada por los altos impuestos al ausentismo.

(¹⁹⁹) Ya anticipé que Q. habló por primera vez a César Tiempo del libro de Fernández Saldaña ese día, el 23 de octubre. (Las cartas del autor de MAS ALLA al mismo César Tiempo —recién obtenidas— se publicarán, con otras, en un próximo volumen del Instituto).—

— LXXXVII (10/V/ [935]) —

(²⁰⁰) Tras el nombramiento honorario, Q. había conseguido la jubilación y ahora recibe el giro que le permitirá salir a flote y respirar. ¿Definitivamente? Dos nuevos quebrantos se juntan, como dije, y suceden a la superada crisis económica: el de la salud y el del hogar. Con su hirsuta franqueza habitual, Q. manifiesta —en el penúltimo párrafo de esta carta— que "los transtornos matrimoniales son más graves que los de la próstata".

(²⁰¹) El enternecido solitario atestiguó con miel (literalmente) su agradecimiento a los amigos viejos y nuevos: Asdrúbal Delgado, Maitland, Tiempo (Amorim se había ido a Europa), haciendo los envíos desde su legendaria meseta misionera.

(²⁰²) Valiéndose de una escala administrativa, Q. invoca la operación del Dr. Gabriel Terra, análoga a la que él mismo creía necesitar.

(²⁰³) V., en el primer tomo del epistolario, la carta XXVII, a Asdrúbal Delgado (fechaada asimismo el 10 de mayo de 1936).

— LXXXVIII (9/IX/ [936]) —

(²⁰⁴) Ya se sabe, en especial por las cartas a Martínez Estrada, cuándo y cómo salió Q. de las Misiones. En Buenos Aires, ante la evidencia de su mal, se quitó la vida el 19 de febrero de 1937: apareando su destino al de su primera esposa, Ana María Cirés; y dando trágica pauta a los dos hijos que de Ana María le nacieron: Eglé y Darío.—

ROBERTO IBÁÑEZ

ÍNDICE DE LÁMINAS

- I. — Retrato de Quiroga por Augusto Torres. (Óleo realizado especialmente para el I. N. I. A. L., en 1958).—
- II. — Quiroga hacia 1898. — Desorbitado...
- III. — Figuras del Consistorio (1901). Cuatro apuntes directos de J. M. Fernández Saldaña, Monago menor de la capilla.
 1. — Horacio Quiroga, Pontífice.
 2. — Federico Ferrando, Arcediano.
- IV. — Figuras del Consistorio (sigue).
 3. — Julio Jaureche, Sacristano.
 4. — Alberto Brignole, Campanero.
- V. — Un documento del Consistorio: Invitación para un "five o'clock tea"... nocturno. Facsímil del anverso y del reverso.
- VI. — Carta de Quiroga a José María Fernández Saldaña. Fechada: "Saladito, Mayo - 31 - [190]5". — Facsímil de la primera plana.—
- VII. — Carta de Quiroga a José María Fernández Saldaña. — Facsímil de la segunda plana. (V. lámina anterior).
- VIII. — 1 — Quiroga a principios de 1905 cuando residía en Saladito. Fotografía tomada en Corrientes.
2 — Quiroga hacia 1908, cuando publicó "Historia de un amor turbio".
- IX. — Quiroga, batiéndose con un adversario fingido. Fotografías publicadas en "Caras y Caretas". (V. nota 100).
- X. — Quiroga (a la derecha del lector) con Alberto Brignole, en 1917, cuando se editaron "Cuentos de amor, de locura y de muerte".
- XI. — Quiroga en sus postrimerías.— (Misiones, 1936).—

ÍNDICE DE LAS PÁGINAS

- I. - Introducción. - 1.
- II. - El problema de la educación. - 2.
- III. - El problema de la cultura. - 3.
- IV. - El problema de la ciencia. - 4.
- V. - El problema de la economía. - 5.
- VI. - El problema de la política. - 6.
- VII. - El problema de la religión. - 7.
- VIII. - El problema de la filosofía. - 8.
- IX. - El problema de la historia. - 9.
- X. - El problema de la geografía. - 10.
- XI. - El problema de la sociología. - 11.
- XII. - El problema de la psicología. - 12.
- XIII. - El problema de la medicina. - 13.
- XIV. - El problema de la agricultura. - 14.
- XV. - El problema de la industria. - 15.
- XVI. - El problema de la comercio. - 16.
- XVII. - El problema de la transportación. - 17.
- XVIII. - El problema de la comunicación. - 18.
- XIX. - El problema de la energía. - 19.
- XX. - El problema de la defensa. - 20.
- XXI. - El problema de la paz. - 21.
- XXII. - El problema de la justicia. - 22.
- XXIII. - El problema de la libertad. - 23.
- XXIV. - El problema de la igualdad. - 24.
- XXV. - El problema de la fraternidad. - 25.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Páginas</u>
Láminas	5
Guión	19
Prólogo	21

CARTAS DE HORACIO QUIROGA

Carta a Alberto J. Brignole	43
Cartas a José María Delgado (I a XXXVII)	51
Cartas a José María Fernández Saldaña (I a LXXXVIII)	79
Notas	161

INDEX

Page

1	Introduction
2	Chapter I
3	Chapter II
4	Chapter III
5	Chapter IV
6	Chapter V
7	Chapter VI
8	Chapter VII
9	Chapter VIII
10	Chapter IX
11	Chapter X
12	Chapter XI
13	Chapter XII
14	Chapter XIII
15	Chapter XIV
16	Chapter XV
17	Chapter XVI
18	Chapter XVII
19	Chapter XVIII
20	Chapter XIX
21	Chapter XX
22	Chapter XXI
23	Chapter XXII
24	Chapter XXIII
25	Chapter XXIV
26	Chapter XXV
27	Chapter XXVI
28	Chapter XXVII
29	Chapter XXVIII
30	Chapter XXIX
31	Chapter XXX
32	Chapter XXXI
33	Chapter XXXII
34	Chapter XXXIII
35	Chapter XXXIV
36	Chapter XXXV
37	Chapter XXXVI
38	Chapter XXXVII
39	Chapter XXXVIII
40	Chapter XXXIX
41	Chapter XL
42	Chapter XLI
43	Chapter XLII
44	Chapter XLIII
45	Chapter XLIV
46	Chapter XLV
47	Chapter XLVI
48	Chapter XLVII
49	Chapter XLVIII
50	Chapter XLIX
51	Chapter L
52	Chapter LI
53	Chapter LII
54	Chapter LIII
55	Chapter LIV
56	Chapter LV
57	Chapter LVI
58	Chapter LVII
59	Chapter LVIII
60	Chapter LIX
61	Chapter LX
62	Chapter LXI
63	Chapter LXII
64	Chapter LXIII
65	Chapter LXIV
66	Chapter LXV
67	Chapter LXVI
68	Chapter LXVII
69	Chapter LXVIII
70	Chapter LXIX
71	Chapter LXX
72	Chapter LXXI
73	Chapter LXXII
74	Chapter LXXIII
75	Chapter LXXIV
76	Chapter LXXV
77	Chapter LXXVI
78	Chapter LXXVII
79	Chapter LXXVIII
80	Chapter LXXIX
81	Chapter LXXX
82	Chapter LXXXI
83	Chapter LXXXII
84	Chapter LXXXIII
85	Chapter LXXXIV
86	Chapter LXXXV
87	Chapter LXXXVI
88	Chapter LXXXVII
89	Chapter LXXXVIII
90	Chapter LXXXIX
91	Chapter LXXXX
92	Chapter LXXXXI
93	Chapter LXXXXII
94	Chapter LXXXXIII
95	Chapter LXXXXIV
96	Chapter LXXXXV
97	Chapter LXXXXVI
98	Chapter LXXXXVII
99	Chapter LXXXXVIII
100	Chapter LXXXXIX
101	Chapter LXXXXX

EX LIBRIS

Esta obra se terminó de imprimir el 24 de diciembre de 1959, en los talleres de la Impresora Rex S. A., Montevideo.

Colaboraron en la corrección y vigilancia de las pruebas los miembros del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios: Sra. Clara Silva de Zum Felde, Prof. Nelly Trapanese de Felle y Sres. Julián Ripoll, Francisco Díaz y Alberto Oreggioni.—

